



**Gustavo Torres Herrera**

# CRISÓSTOMO

Nacimiento de un mito



UNIVERSIDAD  
La Gran Colombia

# CRISÓSTOMO

Nacimiento de un mito



UNIVERSIDAD  
La Gran Colombia

**Gustavo Torres Herrera**

2023

## **CRISÓSTOMO**

Nacimiento de un mito

Primera edición, 2023

ISBN: 978-627-7626-04-1

e-ISBN: 978-628-7626-05-8

© Gustavo Torres Herrera

© Universidad La Gran Colombia

Carrera 5.a n.º 12 - 49, bloque H (piso 3)

Bogotá, D. C., Colombia

PBX: 327 69 99, ext.: 1048, 1049, 1050

investigaciones.editorial@ugc.edu.co

### **Edición e impresión:**

Ediciones Carrera 7 SAS

Calle 73 # 53 - 37

Teléfono: 2727837

gerentecarrera7@hotmail.com

Diseño y diagramación: Nathalia A. López Ramírez

Fotografías Portada: Máximo Rojas Piragauta

“**CRISÓSTOMO, Nacimiento de un mito**” ha sido impreso en paper Earth

Pact , elaborado 100% con fibra de caña de azúcar, libre de químicos y blanqueadores.

Con esta edición la Universidad La Gran Colombia  contribuye a la sostenibilidad del medio ambiente al utilizar materiales ecológicos producidos en Colombia.

Impreso en Colombia • *Printed in Colombia*

*Dedicado a "Pirita" por sus pensamientos para esta aventura literaria tras la huella del hombre del Orinoco, en conversaciones sobre historias y reseñas, lecturas e interpretaciones en mi búsqueda de la palabra exacta.*

**Gustavo Torres Herrera**



## Presentación

**S**e presenta la fascinante obra literaria *Crisóstomo: nacimiento de un mito* del académico Gustavo Torres Herrera, que relata, pintando delicada y minuciosamente, leyendas construidas ancestralmente en la región del Orinoco, sabanas del oriente de Colombia, cuyos habitantes son hermanos con los venezolanos en la llaneridad casanareña, forjadora de la libertad democrática que va desde Panamá hasta Bolivia, e incluye por tanto, a Colombia, Venezuela, Ecuador y Perú

La composición del texto rememora el imaginario regional que los niños esperaban religiosamente en las tertulias de los mayores, después de la jornada laboral, entre las cinco de la tarde y las ocho de la noche, en las que se escuchaban los cuentos de Pedro de malas y los originarios del Silbón, la Bola de Fuego, la Madre Monte, la Llorona y el Diablo; o las adivinanzas, parte del encuentro de los juegos, en los espacios de la diversión familiar y vecinal.

El llanero habita una región extensa y profunda que invita a escudriñar el infinito; allí, la mirada se pierde en la inmensidad conformada por una planicie verde

multicolor y un cielo blanco, azul, gris o arrebolado, en las mañanas, a la salida del sol, o en las tardes, cuando se acerca el fin de la jornada. En los trabajos del llano, el equipo surge de la compañía con los parientes en la cotidianidad de las jornadas; no obstante, la mayoría del tiempo el hombre de estas tierras permanece solitario, razón para hacer de su caballo y su sombrero la compañía diaria. Aún así, el espíritu se suple con la presencia inmaterial de las figuras propias de estas latitudes; fuente y quintaesencia de las conversaciones, las narrativas y las leyendas.

El hombre de estas tierras, tanto el hombre mismo como la mujer, vive en un imaginario permanentemente reconstruido y generoso que rebrota en una personalidad siempre abierta y transparente, compartida y solidaria; consigo mismo y con su prójimo. Por tanto, sus anhelos son comunes y sus compromisos un mar de lealtad.

Las líneas que anteceden retratan con una perfección inigualable el texto narrativo de la aventura orinocense que se ve abocada a afrontar realidades inusuales, complejas e inciertas; pero, al fin y al cabo, el objeto propio de la aventura humana en una tierra inhóspita preparada para resistirse a la conquista; en abierta contradicción con la acogida primigenia de los nueve meses de la gestación materna.

Invito a saborear este texto lleno de azares; acaso que van construyendo la historia llanera con un ramillete de leyendas forjadores del carácter propiorecio y, al mismo tiempo, generoso de los habitantes de este territorio.

**Marco Tulio Calderón Peñaloza**  
*Rector Universidad La Gran Colombia*



## Nota del autor

**L**a exploración histórica nos lleva por páginas disfrazadas de verdad que repiten el paradigma de la “conquista” española en América, cuando a la luz de la investigación se trata en realidad del “encuentro de dos mundos”.

Esta historia es la de los españoles que remontan el mar y creen descubrir; la de Cristóbal Colón y sus acompañantes cuando se enteran de territorios con poblados deslumbrantes llenos de riquezas y cercados por El Dorado; el tesoro que desborda la ambición y termina convertida una obsesión.

El encuentro de españoles con indígenas está marcado por la codicia de aquellos y la oposición que enfrentan en defensa del territorio nativo; por el desafío entre el Viejo Mundo del rey y la comunidad indígena del llamado “Nuevo Mundo”; por la rivalidad de la naturaleza aborigen y la representación tutelar impuesta por vasallos; por la fe de una religión católica con el estandarte de la expansión y riqueza, contra la tradición oral del mundo de los dioses grabados en piedra; por la España que creyó llegar a Asia y la América que halló otros congéneres; y

entre el paraíso indígena de visión natural y fantasmagórica, frente al apetito material de quienes dicen venir de un mundo superior. En definitiva, el poder imperial que, en nombre de Dios, toma posesión de los territorios de unos seres sin alma, ignorantes y vistos como animales, contra los nativos a quienes les esculcan sus lugares y sus dioses, que pronto les desplazan a la fuerza.

Con Cristóbal Colón arriba a la isla La Española un joven aventurero que contempla una indígena de piel canela, facciones hermosas, vivaces ojos negros como luceros que iluminan su sonrisa de nácar, cabello negro lacio y brillante, con una corona de plumas que resalta la cima de sus pechos duros y torneadas caderas. En mutua atracción, ellos sonríen, y la mirada de Gauta Pirodri en llamaradas desprenden el deseo, mientras que la nativa advierte una extraña belleza varonil.

Luego de besos con pestañas en su correspondencia de miradas, interpretan el lenguaje del corazón, y Garza Morena, contra los cánones de sus dioses ancestrales (sol, luna y estrellas como espíritus de lo eterno), entrega su cuerpo reservado para el hijo del cacique Guacanagari, mientras que Pirodri termina de desnudar el atuendo que escasamente lleva puesto la bella, y en arenas de oro de la isla de La Española la hermosa indígena pierde su inocencia entre aplausos de palmeras.

Aquellos visitantes cambian las costumbres nativas, ambicionan sus riquezas, fecundan vientres indígenas, y ese encuentro furtivo del muchacho navegante con Garza Morena recibe el nombre de Tucán, que tiene la fisonomía de Gauta Pirodri y la piel trigueña de la hermosa indígena.

Tiempo después, fruto de las exploraciones hacia la zona continental de Venezuela, Gauta Pirodri queda perplejo en el estuario del Orinoco, que lo atrapa con el encanto de sus raudales, peligros y misterios, con serpientes gigantes que se arrastran por la hierba, caimanes que bostezan en la espera de su presa en contornos del indomable verde. Y todo le parece como una ilusión óptica entre aves de colores y fieras, por comarcas vegetales lastimadas de un olor a ebriedad desordenada propio del tropical intenso.

Los españoles llegan a imponer el estandarte cristiano del Padre Creador, mientras que Pirodri encuentra el mensaje de Dios en la brisa cantarina de bandadas, parloteos y gorjeos de aves coloridas; por aguas arrasadoras, entre vahos y rayos dorados que mantienen los secretos de la jungla, en el río de la serpiente que hará vivir a Pirodri hazañas fantásticas y convertirá en su realidad.

Pero así como los “conquistadores españoles” buscan míticas ciudades de oro, pierden la cabeza por la codicia y parten a lugares distantes por las rutas que les indican,

igualmente unos “europeos ambiciosos” toman rumbo lejano para remontar el río Apure y también el Meta hasta llegar a unas cordilleras donde se dice que sus habitantes rinden culto al sol y se bañan con polvo de oro en una laguna sagrada.

Esas rutas para acceder a El Dorado se difunden entre unos y otros, que recorren largos trechos, atraviesan ríos, surales y matas de monte, para continuar el ascenso por riscos de la cordillera Oriental y arribar al territorio del tesoro.

Mientras tanto, unos “aventureros europeos” penetran el río de la Serpiente, abren caminos en territorios que divisan a lo lejos en Venezuela, terminan embrujados en el paisaje color de la esperanza y el aroma virginal de mágicos amaneceres de colores, y en la tarde con la explosión de tonalidades que son preámbulo al concierto de ruidos de un enigmático mundo nocturnal.

Con la información de que el verdadero tesoro se encuentra a muchas lunas, esos hombres toman un camino sobre el agua, que conduce a un río aún más inmenso, con un doble propósito: creen poder encontrar otro trayecto para extender su negocio de llevar ganados, y, llegar por la madre selva hasta unos pozos brillantes con cuencas de oro y ciudades de piedra donde sus naturales rinden culto al sol, que los protege.

El recorrido en el enmarañado verde conduce al Amazonas por caminos sobre el agua, hacia un imperio aborigen que mantuvo relación con seres desarrollados hace centurias, y dejaron su testimonio en líneas con forma de animales destapadas por el tiempo. Indígenas con un legado de construcciones en cimas verdes donde silba el viento, con tesoros que custodian unos pájaros de alas gigantes que vigilan el firmamento. Expresiones precolombinas de la cultura inca, civilización que, junto a la maya y azteca, floreció antes del arribo de Colón a América.

Entonces, aquellos arriesgados “aventureros”, atraídos por esa ruta diferente a la de los “conquistadores españoles” y “ambiciosos europeos”, parten con la idea de desarrollar su ganadería y movidos por el interés en saber más de esos hombres con historias y riquezas escondidas.

En la exploración de esa ruta, Crisóstomo, Tucán, Honorio y sus remeros Yavimay y Yaguidua toman el río majestuoso y hallan la piedra del Medio, que, según la leyenda indígena, es una cabeza de serpiente, y evoca el mito griego de la hidra de Lerna, la sierpe de siete cabezas que protege la entrada subacuática de los inframundos. Después de muchas lunas, hallan paredes de piedra con símbolos, dibujos de animales y de cacería, que sirven para que los remeros comenten el dicho de

sus taitas, de un singular grupo indígena distante río arriba que ha dejado igualmente en rocas su testimonio del encuentro con unos seres maravillosos que han sido sus acompañantes.

Sin embargo, el principal acierto de los descendientes de Pirodri con su línea aventurera fue fundarse en Coro, llamado New Augsburg por las huestes alemanas, desde donde extienden sus lazos comerciales. En la migración por territorio venezolano, encuentran comunidades indígenas que han vivido allí desde tiempo atrás, remontan ríos, toman el Orinoco y sus afluentes, rebasan Guayana y terminan en los Llanos. Esos “aventureros europeos” llegan a la cuenca del Orinoco a fomentar el comercio propio de sus venas, la ganadería que pensó siempre Gauta Pirodri, uno de los pioneros de tal actividad en América, y que desarrollaron sus descendientes en razón de la amistad con indígenas a su paso.

Tales aventureros con diferentes concepciones e ideas calvinistas, luteranas y católicas, mediante un tácito pacto de silencio frente al aspecto religioso, impulsan con vacunos y cabalgares una ganadería de arreo por el Orinoco, que inicialmente dan por trueque a los indígenas, y, con el tiempo, a través de comercio con comunidades religiosas que se establecen en aquellos territorios.

No obstante, esa descendencia europea toma un rumbo diferente, logra con el ganado un pan de oro en

una zona donde, por sus especiales condiciones ambientales y geográficas, algunos animales se extravían y asustan con las fieras e inclemencias del salvaje natural, para formar cimarroneras que dan origen a la raza del ganado criollo casanare.

Esta historia es una parte de los episodios de la travesía de Crisóstomo, un náufrago del amor obsesivo que devora su cerebro, a tal punto que parece una mariposa inquieta y pálida con sus ojos tristes de un gris muerto, donde, a pesar de que las mañanas inundan de luz un mundo maravilloso su mente permanece atada en nubes ligeras con oleadas de tinieblas en su corazón.

El enigmático Crisóstomo viaja con Tucán, que lleva ancestros paternos en el brillo de sus ojos claros y, orgulloso de su sangre indígena, quiere tener un collar de dientes de jaguar y conocer más de ese desconocido camino de agua, que se le convirtió en un sueño, como se lo contó Pirodri.

Crisóstomo y Tucán, en compañía de Honorio de Navarrete, un prófugo que cosechó ilegalidades, sacrificó indígenas y violó sus mujeres, viajan apoyados de unos remeros indígenas conocedores de la ruta y sus raudales, e inician un recorrido por el río de la Serpiente, que los atrapa con su naturaleza, en un periplo que luego de varias circunstancias termina por inmortalizar un aventurero que teje su propia historia, en el mar Verde al Otro

Lado del Sol, que no es otro que la llanura misma llena de encantos y misterios.

Pero mientras que en los lugares donde se asentaron españoles hubo violencia, sometimiento y dominación, por la ruta del Orinoco los “aventureros europeos” tuvieron empatía con las comunidades indígenas. Los visitantes no piensan en el botín que la codicia impone a la mayoría. Es un grupo ajeno a la ambición, que explora territorios sin atacar ni arrasar a la comunidad indígena, que los convierte en aliados ante enemigos de otras etnias. Tampoco imponen su criterio y toman de nativos la luz de sus destellos que avivan con sus propios mitos. Entonces, unos y otros propician espacios de convivencia, porque respetan dioses y creencias indígenas para crear una identidad que resultará fundamental en el tiempo.

En esos hombres que se arriesgan a conocer de manera diferente lo que otros terminaron por llamar el “Nuevo Mundo”, basta imaginar todo cuanto se abre ante sus ojos. Ellos desafían la aventura, escuchan de monstruos, leyendas fantásticas, y se hace más llamativa la ruta exuberante porque buscan la esencia del ser en la vida misma. Crisóstomo desea borrar sus recuerdos amorosos, mientras recorre de la mano de Tucán escenarios que van a nutrir su historia, y navegar junto a Honorio, a quien lo carcome un delirio de persecución.

El río de la Serpiente alimenta mitos y leyendas de hombres aguerridos en esa tierra feraz y oculta, de imágenes bravías en lugares de vegetación que parecen embalsamados, como en zonas pantanosas de un verde dormido entre rayos que se filtran en forma de conos grises bajo matorrales, las flores exóticas apagan sus colores, y cuando las nubes doradas acarician el fuego de la tarde, en claroscuro, los insectos y plumillas de oro flotantes parecen topacios y diamantes.

Un medio exótico de fieras que luchan para marcar su territorio con el nombre de sobrevivencia. Allí, los peces devoran hombres hasta dejar sus huesos limpios, los zancudos pululan entre árboles húmedos, las hormigas arrieras llevan una carga de hojas pesadas, y las mariposas de colores pintan rutas del arisco panorama.

Mundo de tierras inhóspitas donde unos aventureros, ante la belleza que rompió sus propios pensamientos, se apoyaron en aborígenes y fundaron en lugares que les hicieron sentir la libertad del viento y la cercanía al silencio, hasta conquistar corazones con bravura y pasión para formar generaciones que por la vía del Orinoco se extendieron por llanos de Venezuela, cruzaron el Apure, el vibrador Arauca con las planadas mágicas donde silva la brisa entre confines del cielo, y llegaron al río Casanare entre un verde de encantadora belleza para tocar ade-

lante el Pauto desde las estribaciones cordilleranas hasta bordear abajo el río Meta.

Pasaron centurias y se fue forjando la historia y sentimiento por un territorio, hasta remontarse a la época de los abuelos viejos, los que vivieron entre rutas de olvido, silencio, noches negras y sin estrellas donde vibraban chicharras y sobre la llanura el ruido del viento que agitaba las ramas de los árboles del patio de la casa vieja del hato de La Lupuna, con el canto de la guacaba y su lóbrego sonido, que era presagio de una noticia que invadía los rostros destemplados.

Estas líneas recogen la expresión de una llanura de ilusiones y esperanzas, añoranzas y nostalgia, búsqueda y misterios, historias en sabanas que atrapan figuras y voces, evocación del aire familiar de aquellos viejos, que, igual que estrellas fugaces, con la impronta de pasos hacia la eternidad, dejaron sus palabras en la luz de velas que bailaban entre ruidos volátiles de insectos que interpretaban el canto natural. Por eso en la llanura, cuando se trata de tales seres maravillosos, algunos ven sombras, mientras que otros divisan luces, y son sus almas virtuosas que deambulan en noches de luna de plata para proteger todo lo que amaron y quisieron.

Unos “aventureros europeos” que permearon y respetaron las creencias aborígenes en las llanuras bravías, y llevó a Crisóstomo errante por las sabanas para con-

vertirlo en Bola de Fuego, la llamarada que se acerca, rueda y pasa como manifestación del amor por Esperanza; y que nunca muere, ya que es un mito que pervive, y que también fue transformado en el sonido triste del Silbón, que implora abrigo en su soledad. Uno, visión; el otro, canto, que producen desazón y asombro.

Ciertamente la Bola de Fuego y el Silbón penetraron a Casanare y hacen parte de las leyendas de la llanura colombo-venezolana, porque aquellos europeos fortalecieron el mito de sus ancestros cuando vivificaron sus propias creencias. Esos aventureros forjaron los mitos del Silbón y la Bola de Fuego en las comunidades indígenas, tanto como fue para ellos la piedra de Santiago, que trajeron en su ruta hacia América, y a la que justamente estas últimas dieron significado en el azabache con el corazón de un árbol, que terminó por constituir con el paso de generaciones una segura protección de prosperidad y bienaventuranza.

Pero mientras que el Silbón y la Bola de Fuego son mitos que entraron por el Orinoco, la Mancarita ingresó por la serranía desde lugares de mestizaje entre españoles e indígenas, como un fantasma del abuso con la naturaleza indígena, y fue tomando fuerza por las vías de penetración de colonizadores de otras zonas de influencia hacia los Llanos; por caminos donde los hombres transportaban madera y llevaban sal para las fincas en

botijas; por rutas de caporales que trasladaban ganados, por trochas de arrieros con sus cachivaches, telas y petacas que dejaron su voz en las paradas de tiendas, descansos obligados y posadas sobre la cordillera; en la ruta naciente de poblaciones del piedemonte donde aquellos cuentan todo lo que escuchan, lo que ya saben, e incluso cuanto se imaginan. Hasta que sus palabras ruedan hacia el horizonte por caminos de agua y se extienden hacia el Llano para alimentar y hacer parte de otras historias y leyendas.

Entonces, la Mancarita termina siendo escuchada por los viajeros de esas rutas, y llevaron su historia hacia el piedemonte llanero que besa sabanas, pero que desaparece en los grandes ríos. Su conocimiento se debe a aquellas voces que tomaron su nombre y lo dieron a conocer a otras generaciones, entre historias contadas por caporales, peones y viejos de los hatos entre palizadas y caballerizas de antaño.

Esos “aventureros europeos” dejaron sus semillas en indígenas, cuyo fruto es el hombre del Orinoco, presente en los ojos claros y piel morena de catiras hermosas; una descendencia que abarca más de cinco siglos, pero no es la misma desde que se acabaron los llaneros viejos, y evoca el horizonte iluminado, que de seguro muchos convertiremos en las sabanas de nuestro cielo.

\* \* \*

**I**sabel Moniz, madre de Felipa Moniz de Perestrelo, esposa de Cristóbal Colón, entrega al navegante unas cartas de marear de rutas secretas dejadas por su marido fallecido, con las que conjetura que si los portugueses navegan tan lejos del mediodía, él podría navegar la vuelta de Occidente, y hallar tierra en el viaje.

En el primer viaje de Colón, llega a San Salvador el 12 de octubre de 1492, isla del archipiélago de Las Lucayas, conocida además como Guanahaní. Luego la expedición avista las islas de Santa María de la Concepción, La Fernandina, La Isabela, también la isla “Juana” (Cuba), y hacia el sur se encuentra con Haití, que denomina “La Española”, y pocos días después se sorprende con el colorido de las aves que se encuentra, tanto que cree estar en el paraíso.

Al regresar Colón del continente americano, es nombrado por los reyes católicos almirante en todas las islas y tierras descubiertas; gobernador de estas; debe recibir la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro y plata que se obtengan; y se compromete a asumir una octava parte de los gastos de las armadas que salgan para las Indias, por lo cual recibe la misma proporción de las ganancias.

Meses después, zarpa con una nueva expedición, en septiembre de 1493, que llega a comienzos de noviembre a Dominica y pasa por las Antillas Menores (María Galante, Guadalupe, Montserrat, entre otras). En La Española funda La Isabela, primer establecimiento en el Nuevo Mundo, recorre la costa sur de Cuba, que cree que era tierra continental, y arriba luego a Jamaica. Esa expedición regresa en junio de 1496 a Cádiz.

Con la expectativa que existe por los terrenos conquistados, Colón obtiene nuevos beneficios, como el nombramiento de adelantado a su hermano Bartolomé, licencia para fundar su mayorazgo, y logra que se admita al servicio de la Corte a su hijo Hernando.

Al tercer viaje de Cristóbal Colón (1498), pasa por las islas Canarias y toca el continente americano en la desembocadura del Orinoco, tras cruzar frente a la isla de Trinidad.

Sorprendido de la boca del río Orinoco, Colón cree encontrarse próximo al paraíso y se sorprende con el caudaloso río que se enfrenta al mar a donde llega. Entonces, por las aguas del Orinoco y la verde selva, la llama "Tierra de Gracia". Después continúa el viaje por el golfo de Paria, bordea la costa cerca a la isla Margarita, donde encuentra perlas, y alcanza La Española. Así, llega a territorio de la actual Venezuela, y en los años siguien-

tes se presentan otras expediciones, entre las que sobresalen las de Alonso de Ojeda y Rodrigo de Bastidas.

Colón y los expedicionarios que le siguen buscan oro para Isabel I cuando la magia de El Dorado los atrapa a todos. Sin embargo, esos viajes fracasan al no hallar tierras ricas en metales preciosos o mercaderías de valor esperadas, mientras el almirante sigue obsesionado con descubrir oro y ganancias a como dé lugar. Incluso, piensa en la esclavitud e introducir cultivos de caña de azúcar, ya que lo importante es obtener rendimientos, aunque para cumplir tal propósito deba repartir tierras entre los pobladores.

Colón continúa sus viajes con osados marineros, embarca soldados que llevan sus propias armas, labradores y artesanos dispuestos a cualquier cosa, personal de oficios varios con sus instrumentos, todos sin sueldo pero con el anhelo de una cuota de ganancias de los descubrimientos. Junto al grupo de analfabetos, viajan con las mesnadas conquistadoras unos cuantos bachilleres, licenciados, y clérigos encargados de imponer la fe cristiana, mientras en no pocos empieza la duda de que el dicho de Colón y el lugar donde se encuentra es diferente al de Marco Polo, en el Extremo Oriente.

De España se desplaza gente popular, intrépida y resuelta, pero viajan también muchos sin esperanza. Quienes llegan vienen en nombre del rey para imponer a su dios, y buscar la gloria de un imperio y riquezas personales a cambio de eterna bienaventuranza. La misión es rescatar a esos primitivos que rinden culto a los dioses de la naturaleza, sin que les importe arrasar costumbres, y menos su lengua, ya que para ellos los indios son seres irracionales y sin alma.

Luego vienen otras expediciones, conocidas como “Viajes Menores”, que tocan el continente americano y exploran la costa venezolana, donde se han establecido varias comunidades indígenas: los caribes del oriente, desde la península de Paria hasta Borburata (cerca de Puerto Cabello, en Carabobo); los waraos, en el delta del Orinoco y en los Llanos; los otomanos, guanos, taparitas y yaruros, en la desembocadura del Apure en el Orinoco; los arawacos, ubicados en el sur hacia los Llanos (hoy Falcón, Lara y Yaracuy); y caribes nómadas, en la Guayana venezolana, al sur del Orinoco.

La expedición de 1498 fondea en una ensenada, hoy conocida como Güinimita, Ucarita, Patao o Vacua. Un desembarco que tradicionalmente se considera en la desembocadura del río San Juan (hoy Puerto Macuro). En la punta del Arenal (Punta Icacos), una canoa con un grupo de 24 hombres de buena contextura se les acerca

y da la bienvenida a su mundo con flechas lanzadas con sus arcos. Después viene la primera visión continental de Venezuela, cuando vislumbran hacia el sur el delta de un gran río.

La preocupación expedicionaria es el beneficio económico; Colón indaga, con unos y otros, por el oro que adorna los cuerpos indígenas. Ellos le señalan una frontera hacia el poniente en un territorio habitado por tribus caníbales. Les pregunta por la ubicación de las perlas, y le indican que al occidente y al norte del lugar en que se hallan; entonces Colón prosigue su viaje hacia el golfo de las Perlas, sin hallar ninguna; luego gira al sur y entra a un golfo inmenso donde sale un inmenso río.

Continúa su navegación hacia el occidente de la península de Paria, hasta Araya; allí divisa las islas de Margarita, Coche y Cubagua. Entre esa vegetación verde y exuberante, cree estar en el paraíso, y sigue convencido de estar en Asia.

Colón toma posesión de La Tierra de Gracia (actual Venezuela), mientras que el reconocimiento de la costa, desde Margarita al cabo de la Vela, se debe a Alonso de Ojeda, en una expedición donde obtiene perlas en Paria y granos de oro, por lo que resulta nombrado gobernador de Coquivacoa, en 1501, y se le permite regresar a aquellas tierras, excepto a la zona de Paria.

Ojeda, en asocio de Juan de Vergara y García de Ocampo, adelanta una nueva expedición con cuatro navíos, en 1502; cruza por Canarias y cabo Verde hasta el golfo de Paria. Como aquel lugar le está vedado, sigue por la costa para lograr provecho en el mar de las Perlas, frente a Margarita.

La consigna es sustraer oro y perlas a los indígenas, bien a la fuerza o a cambio de baratijas. Intenta fundar una colonia en tierra firme y, acusado de inescrupuloso, es encadenado hacia mayo de 1502 en Santo Domingo por un pleito del que finalmente es absuelto.

Antes, en 1499, Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra zarpan en una carabela poco después de Ojeda y recorren Margarita, el golfo de Paria y Maracapana; siguen la costa occidental hasta llegar a Curiana, según Bartolomé de las Casas, en las cercanías de Coro. Recogen muchas perlas y, en busca de oro, están en Cuchieto (entre Ocumare de la Costa y Puerto Cabello), para regresar, a comienzos de 1500, a España con el mejor resultado de expedición alguna hasta ese momento.

Las exploraciones subsiguientes a las costas venezolanas llevan el nombre de Rodrigo de Bastidas, quien sale de Cádiz, en octubre de 1500, acompañado por Juan de la Cosa y Vasco Núñez de Balboa, pasa las Antillas Menores y, en la ruta del tercer viaje de Colón, recorre en sentido este-oeste la costa venezolana, explora la boca

de Serpiente, la boca de Dragón y la costa norte de Paria; continúa hacia el oeste, reconoce el golfo de Coquivacoa y el cabo de la Vela, y avanza hasta bahía Retrete, a donde llega Colón en su cuarto viaje al navegar en sentido contrario al año siguiente.

Alonso de Ojeda dirige dos expediciones, en 1499 y 1502. En el último viaje, recorre la costa de Paria hasta el cabo de La Vela, y junto a sus acompañantes consigue oro y perlas para regresar a España. Con esas expediciones de Ojeda, comienza en el territorio venezolano el comercio y la esclavitud indígena, que lleva mano de obra a las Antillas Mayores y otros como parte de la presentación de su trofeo en España. La Corona española ejerce soberanía sobre los nuevos territorios, y con el resultado de las perlas obtenidas propicia poblamiento en Cuba-gua, Margarita y Cumaná, cuya explotación es organizada desde La Española y San Juan.

En 1503 se funda en Sevilla La Casa de Contratación que regula y vigila el movimiento migratorio a las Indias, y en 1510 el rey Fernando ordena el registro de los viajeros, y para facilitar su control envía copia a las autoridades en La Española.

En contraprestación a las retribuciones económicas de inversionistas, la monarquía les autoriza beneficios, mientras la ruta mediterránea para ir a la India pierde relevancia, ya que la nueva vía se hace a través del océa-

no Atlántico. El monopolio del comercio es de los países colonizadores y surgen nuevos productos, como tabaco, palo de agua o tronco de la felicidad, añil, papa y cacao.

De esta manera, surgen en tierras venezolanas los primeros núcleos poblacionales: Nueva Cádiz, en la isla de Cubagua, que por 1515 resulta importante en la recolección de productos marinos, hasta que termina arrasada por un maremoto y un huracán; y La Asunción, en Margarita, que lleva los navegantes a esa abundancia de las perlas y la posibilidad de hacer riqueza en esos territorios.

La presencia alemana se remonta a 1520, cuando Carlos I, nieto de los Reyes Católicos, obtiene el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y debe hacer erogaciones a los príncipes electores; se endeuda con los banqueros Welser y Fugger, a cambio de concesiones en sus nuevos dominios americanos. Mientras que los Fugger no se interesan por la Nueva Toledo (Chile), los Welser se interesan por un territorio donde los navegantes europeos quedan sorprendidos de las construcciones nativas dentro de un lago que compararon con los canales de Venecia.

Pero es gracias a la explotación de perlas que surge la figura de “la capitulación”, como un documento de la conquista que permite obtener oro, tierras y piedras preciosas. En 1528, Carlos V firma con la casa Welser,

unos banqueros que prestan elevadas sumas de dinero, una capitulación para explotar el territorio comprendido entre el cabo de la Vela (cerca de Coro) y Maracapana (proximidades de Unare-Anzoátegui) con el compromiso de fundar dos pueblos, construir tres fortalezas y apoyar militarmente al gobernador de Santa Marta.

Los derechos de estos banqueros de Augsburgo sobre esa región se plasman en la capitulación de 1528, negociada por el suizo Heinrich Ehinger y Hieronymus Sailer, y firmada por el propio Carlos V. A partir de ese momento, la capitulación se conoce como Welserland o tierra de los Welser.

Dicha colonización alemana tiene como epicentro el golfo de Coro, donde encuentran un fortín levantado por el capitán español Juan de Ampíes, desde 1527. El contingente de los Welser, con más de doscientas personas, al mando de Ambrosio Talfinger, sale de Sevilla el 7 de octubre de 1528 y llega a Coro el 24 de febrero de 1529. Después Talfinger funda Maracaibo y se dedica a quitar de manera injusta y violenta las riquezas indígenas. Luego actúan como gobernadores Juan Seissenhofer, Nicolás de Federmán, Georg von Speyer, y Philipp von Hutten o Horge Horhemut.

Estos hombres son considerados los primeros habitantes de Nueva Augsburgo (Coro) e intentan establecer el cultivo de la caña de azúcar con esclavos africanos,

pero realmente en estos alemanes lo que persiste es su interés por la riqueza despojada a los indígenas, quienes resisten el embate. Entre tanto, las enfermedades tropicales y el enfrentamiento reiterado con los grupos nómadas aborígenes, dispuestos a defender su territorio de las incursiones por parte de los intrusos, causa estragos entre los conquistadores de los Welser, que buscan con ansia oro por Maracaibo, Cumaná y los Llanos del Apure.

Se dan varias expediciones, como la de Diego de Ordaz, en 1531, y, con el tiempo, las que toman hacia los Andes, que dan origen a la fundación de Tocuyo, en 1545, y la expedición de Alfonso Pérez de Tolosa, en 1547, que llega por los Llanos de Apure igualmente a la cordillera de los Andes.

Por su parte, Federmán se dirige con sus expediciones por los Andes, entre 1536 y 1539, tras el mítico El Dorado y culmina en el territorio de los muiscas o chibchas. Busca con tenacidad el lugar donde un cacique se espolvorea oro en una laguna y la tribu ofrece piedras preciosas a sus dioses. Aquella leyenda despierta, igualmente, la codicia de otros expedicionarios españoles, que con el mismo objetivo emprenden la marcha desde Quito y Santa Marta. Finalmente, Sebastián de Belalcázar, Gonzalo Jiménez de Quesada y Nicolás de Federmán se reúnen y tratan de establecer cómo repartirse el botín.

En 1543, una cédula en la Casa de Contratación de Sevilla, Carlos V ordena que en esos territorios de Indias no pasen sino personas españolas, cristianos viejos y que vengan con sus mujeres, como una forma de mostrar autoridad y que exclusivamente los españoles se hagan al control de las tierras, para ellos descubiertas, y pretendan así adquirir las riquezas que se mencionan pero tampoco aparecen.

En 1546, ante el incumplimiento de lo pactado, Carlos V cancela la concesión a los banqueros de Augsburgo. Philipp von Hutten, último gobernador de Welserland, Bartholomeus Welser y otros sobrevivientes se refugian al sur de Quibor (actual estado de Lara) y surge Cuara, en 1554.

En esa oleada al territorio venezolano, los expedicionarios encuentran comunidades indígenas nómadas asentadas desde tiempo atrás, donde se cree que los primeros pobladores proceden de la Amazonía, que desde allí remontan ríos, toman el Orinoco y sus afluentes, rebasan Guayana y llegan a establecerse en los Llanos. Tampoco se descartan las corrientes migratorias menores desde México, sean las huellas en rasgos mesoamericanos entre guamonteyes, otomacos y guamos del área del Orinoco. Así mismo, se han descubierto vínculos culturales preincaicos a través de los ríos Amazonas, Negro y Orinoco.

Al arribar este grupo de europeos, el territorio está poblado por caribes, arawacos y timoto-cuicas, totalmente establecidos, que conforman la mayor parte de la población aborígen.

Los caribes, que quizá ingresan por el suroriente, son los más numerosos al momento de la llegada de los invasores. Se caracterizan como aguerridos defensores de sus territorios y los enfrentan con valentía. Se localizan en las zonas costeras entre Paria y Borburata, alrededores del lago de Maracaibo, en las márgenes del río Orinoco y sus afluentes, y en islas norteñas de La Trinidad. Entre sus tribus están pariagotos, chaimas, cumanagotos, palenques, píritus, mariches, tamanacos, caracas, teques, quiriquires, ciparicotos, bobures, pemenos y motilones.

Los arawacos provienen de las Antillas y gustan del intercambio comercial de toda clase. Se ubican en el golfo de Paria y en un área desde el sur del Orinoco hasta la desembocadura del río Amazonas. Sus tribus más representativas son baniba, guaipunabis y caberres, en Guayana; los achaguas y piapocos entre el Meta y el Guaviare; los caquetíos, desde la costa coriana hasta los Llanos Occidentales; y los guajiros en la península de La Guajira.

Los timoto-cuicas, pertenecientes a la cultura chibcha o muisca, se encuentran establecidos en la región andina y con importante nivel cultural en sus tribus de timotos, mucuchíes, cuicas, migures y mucuñuques.

Pero, además, en el oriente de Venezuela en el área del Orinoco medio están los sálivas, entre los ríos Sinaruco y Guaviare; los guamos, los maipures, los otomacos, en los alrededores de Cabruta (Guárico); los guahíbos y los yaruro, en las márgenes del río Meta; y los guaraúnos, en las márgenes de los caños del delta del Orinoco.

En el área del lago de Maracaibo, los motilones, en los valles de Machiques, en zonas del río Catatumbo y en la Sierra de Perijá, los guajiros, desde bahía Honda y el Portete, hasta el cabo de la Vela y río de El Hacha. En las riberas del lago de Maracaibo, los onotos y los bubures, y, vecinos de estos, los zaparos o zaparas, aliles, ambaes, toas y kirikires. Otros grupos del área, los pemenos y los buredes. Los caquetíos, en la zona costera entre Coro y el lago de Maracaibo. En la zona andina, chamás y giros (Mérida), timotes y cuicas (Trujillo), jirajaras y ayamanes, chaguas, betoyes y gayones (Lara, Yaracuy y parte de Falcón).

Con el tiempo, se presenta el trueque de productos naturales y artesanales, que da lugar a movilizaciones humanas en la búsqueda de nuevos parajes. Se establece un comercio naciente entre los Llanos (Barinas, Portuguesa, Cojedes y Apure) y la zona andina, la costa del Caribe y la cuenca del Orinoco, donde se utilizan caracoles de agua dulce como moneda en algunos puntos de intercambio, como el mercado de pescado del Orinoco Medio,

el de curare del Alto Orinoco o las playas de tortugas del río Guaviare.

Otras expediciones se inician de manera diferente y con la intención inequívoca de vivir lo desconocido, como lo hacen los exploradores del sur que toman el difícil acceso por grandes ríos y enfrentan las acciones de defensa que los aborígenes ejecutan contra los intrusos, hasta que los propios indígenas se dan cuenta de que ellos son distintos. Son unos europeos que cruzan la frontera de agua, que, más allá del Caribe ante sus ojos, hallan la América continental cargada de verde, donde labran su historia cuando sus pies aventureros arriesgan vidas entre la tierra oscura, marrón y greda amarilla, barro negro, y tierras teñidas de ocre, rojo y gris. Ellos exploran territorios pero no los atacan, tampoco arrasan, estimulan sus dioses y creencias, y por eso los convierten en aliados ante sus enemigos de otras etnias.

De aquel grupo de hombres hace parte Tucán, quien busca lo que le ha dicho Gauta Pirodri, ese viejo que lo embarca tácitamente en el rumbo de lo desconocido y lo enfrenta al gran delta del Orinoco, abrebocas de ese mundo maravilloso pintado con sus palabras; un viaje donde, por circunstancias del destino, hace compañía a Crisóstomo, un marinero que da al mismo punto sin un propósito diferente que olvidarse del amor que causa su desvelo, porque fue rechazado por la verdadera Espe-

ranza y luz de su vida. A aquella ruta se suma un poco más adelante Honorio, el acompañante de la cara rayada con sus acciones, que huye de su delirio de persecución.

Gauta Pirodri es pionero de los aventureros dispuestos a conocer la tierra continental con la persistente idea de llevar vacunos desde La Española, cuando ninguno piensa en esa posibilidad, y quienes vienen a desarrollar por la ruta del Orinoco esa visión mercantil son Gaspar Pirodri y Ovando, Tucán y sus hijos Baltasar y Gacela, una mujer determinante en las huellas familiares como protegida de María José, la hija del gobernador Nicolás de Ovando y Cáceres.

Finalmente, a los Pirodri, de sangre generosa que corre bajo la piel, no les resultan extraños los sentimientos delicados del alma, tienen sed aventurera y exploradora, que es la que los lleva a conocer el mar verde más allá de donde se oculta el sol.

“Los Pirodri” forman parte de ese grupo especial de alemanes e italianos que por la ruta del río de la Serpiente, llegan a una tierra cautivadora y cruzan con otras vidas, mientras la brisa acaricia sus rostros con el pan de sol desde el nacimiento del día hasta su agonía entre la brisa, cuando la luna de plata en una hamaca de zafiro ilumina como si fueran unas ciudades fantásticas, los moriches, y el silencio apaga el canto de las aves, des-

cansan los vacunos y duermen los cascos de caballos en la sabana.

Entre los extraños visitantes, no todos piensan en el botín que la mente impone a la mayoría. Un grupo llega a esos territorios de indígenas puros, a explorar, pero ajenos a los sentimientos de codicia, ambición y mezquindad.

La amalgama de españoles con indígenas está marcada por la codicia de aquellos y la oposición que enfrentan en defensa del territorio nativo; por el desafío entre el Viejo Mundo del rey y la comunidad indígena del llamado "Nuevo Mundo"; por la rivalidad de la naturaleza aborigen y la representación tutelar impuesta por vasallos; por la fe de una religión católica con el estandarte de la expansión y riqueza, contra la tradición oral del mundo de los dioses grabados en piedra; por la España que creyó llegar a Asia y la América que halló otros congéneres; y entre el paraíso indígena de visión natural y fantasmagórica, frente al apetito material de quienes dicen venir de un mundo superior. En definitiva, el poder imperial que, en nombre de Dios, toma posesión de los territorios de unos seres sin alma, ignorantes y que son tachados de animales, mientras los nativos, en desconcierto total, encuentran que estorban en sus lugares, tan propios como sus dioses, que los otros empiezan a desplazar y arrasar.

Entre los europeos desafiante de la aventura y atraídos por la exuberancia de la selva, Crisóstomo busca borrar recuerdos, o recorrer escenarios para formar historias alimentadas por otros, igual que Tucán, o navegar en ese medio agreste que carcome angustias del corazón y la conciencia, como Honorio de Navarrete. A ninguno de ellos les importa escuchar hablar de monstruos y leyendas fantásticas porque el hecho hace más atractiva la ruta con esos relatos que son la vida misma.

El territorio tropical verde esmeralda presenta zonas inhóspitas bajo el azul del cielo y en sitios aparece embalsamado y apaga el color de las flores. Y cuando las nubes son acariciadas por el fuego dorado de la tarde, en claroscuro ilumina insectos y plumillas de oro flotantes, y la entremezcla parece de diamantes y topacios, para alimentar las fantasías en el Orinoco bravío.

\* \* \*

Mientras Fernando de Aragón, con astucia, tiene los ojos puestos en el mediterráneo, su esposa Isabel la Católica apoya a Cristóbal Colón, quien en las primeras expediciones viaja acompañado de personas al margen de la ley, soldados creadores de hazañas y analfabetos que, en nombre del rey, inician el sometimiento de nativos a punta de fuerza.

Los españoles desarrollan su ambición en el Nuevo Mundo, que, según ellos, descubren, cuando realmente invaden un lugar sin piedad alguna y alimentan su apetito de obtener oro, plata y metales preciosos, a tal punto que en menos de cincuenta años arrasan varias culturas indígenas para alcanzar sus fines económicos.

Unos conquistadores de espada a punta del uso de la fuerza y destrucción entre sables de violencia, para lograr lo que pretenden bajo el estandarte de la imposición de la fe. Hombres a caballo con la fijación en tesoros que quieren entre sus manos, y confirman que su verdadero éxito es la capacidad de doblegar sin escrúpulos a quienes necesitan como vasallos.

Con los viajes de Cristóbal Colón, España logra unas tierras, que llaman conquista del Nuevo Mundo, con la ambición por El Dorado, que se dice que existe pero no lo encuentran, y que buscan con ansia y desespero, a tra-

vés de expedicionarios y capitulaciones, como medio de pago de préstamos particulares a la Corona, para el sostenimiento y financiación de la colonización de los territorios americanos.

España incurre en elevados gastos por la conquista y periplo de sus expedicionarios; sus arcas debilitadas determinan que se avizora un imperio en decadencia, de tal manera que la fórmula para aliviar sus deudas y finanzas es permitir a los prestamistas de la Corona recuperar sus inversiones mediante la exploración de tierras conquistadas a través de concesiones o capitulaciones.

Diferente a ellos, otras personas escuchan y anhelan conocer las tierras que dicen los españoles haber descubierto recientemente. Anhelan explorar lo que otros no alcanzan. Son unos hombres de espíritu aventurero, con visión comercial, que llegan a territorios agrestes sin hacer uso de fuerza y menos de violencia. Y, bajo esa concepción, se extienden por unos territorios potenciales para sus negocios, porque logran relaciones especiales de trato con nativos a partir del respeto a sus creencias.

Con el paso del tiempo, se presenta una colonización mercantil que genera riqueza. Este grupo sin abolengos pero llenos de talentos, laboriosos, sin extravíos en sus sentimientos, no impone necesariamente su criterio, incluso propicia espacios de convivencia y de reconocimiento de la identidad al tomar de los nativos la luz de

sus destellos, que alimentan los mitos nativos con expresiones de su mundo.

En esos territorios, que atrapan sus sueños, tras generaciones de colonización, aquellos hombres visualizan negocios, y en centurias se moldea la fuerza del carácter arrasador de gente indomable con mirada horizontal que refleja todo lo que valen, para formar la identidad de un pueblo de espíritu libertario, con la importancia por la mujer en el rol familiar.

\* \* \*

Es en América donde los navegantes ven que pueden hacer realidad muchos de sus sueños. Españoles con sed de riqueza en búsqueda de lo desconocido, con el espejismo de El Dorado, cuando saben de la existencia de chozas de oro. Y con ellos, también, unos europeos que se lanzan hacia la inmensidad de la selva por el maravilloso Orinoco con su espíritu de aventura por una ruta de encantos y misterios.

El tesoro de poblados antiguos escondidos y contruidos de oro, cuyas muestras hallan los visitantes del otro lado del mar en pechos indígenas; los destellos que imaginan cuando oyen que su templo se halla lejos hacia la serranía y que, según otros, es una ciudad oculta en el corazón del más allá, despierta ambiciones, hace perder la razón en las huestes conquistadoras necesitadas de responder al objetivo de alimentar las alicaídas arcas soberanas, aunque es innegable también la idea de saciar la sed de riqueza personal. Españoles con sonrisa preñada de codicia, detrás de su objetivo, sin importarles si sus cuerpos reflejan sellos de manchas violadas en los rostros, manos y pies hinchados por picaduras de insectos entre el sol que derrite y la sed que no los abandona un solo instante.

Ellos averiguan, de diferentes formas, la ubicación del codiciado tesoro, que para algunos está más allá del

mar, después de los ríos entre montañas de una cordillera donde una tribu rinde culto al sol y en sus ritos el cacique indígena es bañado con polvo de oro entre balsas apiladas de dorado durante las ceremonias especiales que realizan en una laguna, un lugar donde los indígenas no permiten el grito en sus orillas, porque no debe turbarse el sueño de la divinidad. En cambio, otros dicen que se halla por la ruta impenetrable e inclemente de la selva entre el rugir del viento y la fosca negrura de las nubes, donde se abre la sierpe de un río que conduce entre rayos caniculares hacia poblados deslumbrantes y perdidos de riquezas fabulosas en rutas desconocidas.

Una vez se produce el encuentro de dos mundos cuando llegan a las Antillas, y después, al penetrar a la zona continental, tras el espejismo de El Dorado, para los españoles la ilusión resulta mayor con historias que otros siguen mencionando de unos pozos brillantes entre canales serpenteantes del río Inambari y otros ríos de oro en las selvas del Perú, otros dicen que en Xerira, y algunos afirman de la existencia de abundancia de oro en los llanos de un reino llamado Meta.

Mientras tanto, los indígenas desconfían de esos hombres que no conocen de dónde vienen, pero que fácilmente se sabe lo que en realidad quieren, extraños que a través de la fuerza se imponen, además de quererlos exterminar.

Están lejos de saber los intrusos que las versiones acerca de los poblados con rayos de oro son la forma de evitar la permanencia en sus territorios, entonces les aseguran que existe una deslumbrante riqueza y los mandan por diferentes caminos como una manera de dejar de sentir su violencia y opresión.

Pero, a su vez, por aquellas rutas inciertas, no por el tesoro de El Dorado, sino con espíritu aventurero, unos europeos exploradores penetran a espacios de aroma tropical y yerbas frescas. Son osados, de espíritu andariego que toman la ruta del río de la Serpiente y los terrenos del Jaguar, donde el primer paso es penetrar en el difícil rumbo del estuario y, con suerte, enfrentar la ferocidad caribe para descubrir un enigmático mundo nunca visto. Y en esa coincidencia de culturas y de mundos, Tucán, un indígena del color de la miel de caña por el sol y el clima cálido, que lleva sus ancestros paternos en el brillo de sus ojos azules, orgulloso, como pocos, de la sangre derivada de su madre, quiere conocer también aquel río, tener un collar de dientes de jaguar y saber más de congéneres desconocidos que recorren o viven en zonas aledañas a ese majestuoso caudal de agua que se le convirtió en un sueño que lo es todo, como se lo dijo Gauta Pirodri.

Aquellos arriesgados exploradores toman la ruta por el Orinoco, inicialmente por el escudo del río de la

Serpiente, entre tribus feroces que reciben a los extraños de tal manera que no les quede el deseo de volver. Sin embargo, después de sobrepasar esos espacios fluviales de riesgo y miedo frente a los ataques, encuentran otros grupos indígenas que ven en tales extraños sus aliados para combatir a las tribus guerreras que siempre los han enfrentado con su agresividad.

Mientras tanto, “los conquistadores” que persiguen míticas ciudades de oro y metales preciosos, ese hecho se les convierte en obsesión. Esos hombres necesitan la ubicación exacta para ir por el botín, y entonces deben escoger las rutas que les señalan: algunos, como los guahíbos, navegantes de los caudalosos ríos llaneros, dicen que ellos adquieren el precioso metal de tribus lejanas, por lo que deben remontar el río Apure y también el Meta hasta unas cordilleras habitadas por los muiscas. Otros mencionan que el verdadero tesoro se ubica únicamente en las tierras de indígenas que rinden culto al sol y donde sus habitantes se bañan con polvo de oro en una laguna sagrada. Y algunos replican que el tesoro está camino al sur en la ruta de los maravillosos incas, mientras los intrusos creen (con las informaciones recibidas) que la serpiente de agua los puede llevar a un río inmenso en la verdadera ciudad de los destellos.

La información de los indígenas habitantes de la llanura llega a los oídos de los conquistadores Diego de

Ordaz, Alonso de Herrera, Jorge de Spira, Felipe von Hutten, Nicolás de Federmán, Hernán Pérez de Quesada, entre otros, quienes recorrieron entonces extensas regiones de la Orinoquía. Nicolás de Federmán, proveniente de Coro, tuvo la osadía de atravesar territorio araucano para ascender por los riscos de la cordillera oriental hasta llegar a territorio muisca. Unos y otros atravesaron ríos, sabanas, surales y matas de monte con destino a Santa Fe y Tunja.

Entre tanto, con el tiempo y recorrido de vida, Gauta Pirodri termina por ser reconocido entre navegantes y exploradores peninsulares en La Española por su lealtad como acompañante de Cristóbal Colón en sus travesías hacia el Nuevo Mundo; su cercanía con el almirante al haber descubierto las farsas testimoniales tramadas en su contra por Francisco Bobadilla y Honorio de Navarrete; ser el afortunado que tomó por esposa a la hija del gobernador Ovando y que lo llevó a establecerse en aquella isla; y por mantener un trato especial con Diego Colón, razones suficientes por las que se fue ganando un importante espacio económico y posicionamiento político, tanto que es visitado directamente en su casa por Diego de Ordaz, quien le comenta de la capitulación a su favor obtenida de la Corona desde el cabo de la Vela hasta la desembocadura del Orinoco y el propósito que tiene de acceder a esos poblados de rayos dorados de los que muchos hablan.

Ciertamente, Diego de Ordaz obtiene una licencia de exploración del Orinoco y pregona su intención de colonizar parte de otro río aún más grande, pero en realidad se siente atraído, como muchos, por el fabuloso El Dorado. Entonces, por el conocimiento de Pirodri, solicita su colaboración e información sobre la ruta que pretende, ya que tiene claro que él, como pocos, sabe mucho de ese oculto lugar. Diego de Ordaz está enterado, para ese momento, de que Pirodri está tullido desde hace unos años, pero ignora que además quedó mudo. Una vez confesada su intención y ante la adversa situación en que se ve envuelto, más como una salida decorosa y de respeto al anfitrión, le pregunta si conoce de alguien que pueda acompañarlo a aquel paraje de embrujo que tantos mencionan, un recomendado que conozca la ruta. Pirodri piensa que le contó sus aventuras por el Orinoco al indígena que lo acompaña, y, ante su estado de mudez, por señas, recomienda a Tucán, quien parte en 1531 en esa expedición que pretende el mítico El Dorado.

Cuando Garza Morena sabe del viaje de su hijo, encuentra sus sentimientos enfrentados. Alguna vez, sin quererlo, le escuchó a Pirodri su travesía por el Orinoco lleno de desconocidas emociones y riesgos, pero, ahora que es Tucán quien le dice que viaja en esa expedición, se siente orgullosa porque su hijo va a conocer todo lo que Gauta Pirodri alcanzó a contar antes de quedar en el silencio de su voz. Entonces, al momento de partir

con su mirada generosa y profunda, pide buen regreso a los dioses de la sierra, que recuerda le rendían culto los miembros de su tribu cuando ella era muy joven. Luego busca algo que guarda en un lugar secreto entre nudos de recortes de tela vieja en su vivienda, lo llama hacia un lado y le entrega la verdadera protección: una piedra de color negro con matices azulados, morados y peso ligero, su azabache y talismán, el único recuerdo del artífice de la vida de su hijo.

Garza Morena recuerda que la piedra le fue obsequiada por Pirodri al regresar a La Española tras su primer viaje y terminó por conquistarla, la misma que guarda por años como testimonio de aquel amor, que cuando Pirodri vuelve a partir indiferente tras haber tomado lo mejor de su inocencia, ella le entrega su valioso Tucán con el fin de que viera en el ave un símbolo de su entrega, de que la recordara y fuera el mismo del que se enamoró.

Pero la ironía fue mayor. Pirodri la olvida fácilmente, como dejó el ave con la que ella pretendió demostrarle el significado en su vida. En cambio, ella terminó por darle el nombre de Tucán al fruto de ese encuentro maravilloso convertido en vida, y Garza Morena guarda desde entonces la particular piedra como símbolo de su amor, sin pensar que es la lumbre protectora del camino de su prole, después de aquellos días de tortura que debió

vivir cuando, enterados el hijo del cacique Guacanagari y los tainos, fue rechazada por su comunidad.

Aunque nunca se lo dijo a nadie, con el tiempo Garza Morena llega a saber que ese regalo es un amparo especial y augura buen regreso, porque atrae bendiciones del dios cristiano. Ella guarda esa piedra mágica y viene a saber años más tarde lo que representa, cuando escucha al gobernador Ovando, que ante su regreso definitivo a España al despedirse de su hija María José le entrega una piedra similar y le dice que la conserve.

Garza Morena, como quiere aprender tanto de esos extraños que terminaron por envolver su vida, considera que si el gobernador Ovando le da esa piedra protectora a doña María José, ella debe entregarle igualmente el amuleto a su hijo Tucán, más cuando sabe, en el silencio de sus pensamientos, que lleva la esencia de Gauta Pirodri, la persona que le abrió los ojos a su hijo por el mundo del Orinoco, que tanto le enseñó, sin saber uno ni otro que era el propio padre quien estaba contando esas historias a su desconocido hijo.

Algo más de tres décadas después de que lo hizo Colón, se atreve Diego de Ordaz a tantear las bocas del Orinoco entre aquella multitud de islas y laberintos de caños, territorio de los guaraunos donde hasta los mismos nativos navegantes se pierden a veces. Nadie sabe

el número cierto de las bocas del Orinoco, pero es una encrucijada de desagües.

Diego de Ordaz quiere entrar, sin éxito, por ese río Orinoco maravilloso y majestuoso, que nace en Parima y que, en su curva armoniosa, recibe como afluentes el Guaviare y el Atabapo, y otros como el Apure, el Arauca, el Meta, el Casiquiare, el Iquapo, el Cuchivero, Caura y el Caroni.

El espíritu de Pirodri renace en Tucán, cuando inicia el viaje en la mañana de un día de ilusiones por conocer aquel mundo extraño, consciente de una incertidumbre en la búsqueda del río de la Serpiente, que escuchó en las historias a Gauta Pirodri.

Tucán, como le dicen los taínos que aún quedan, en una de las paradas de la ruta del estuario de donde no logran salir, conoce a un marinero proveniente de la península ibérica, quien, refundido en sus propios pensamientos sin futuro, tiene una barcaza con la que desea explorar río arriba en el sueño de llegar a donde nadie lo ha hecho jamás desde este lado y perderse entre el muro verde para dejar atrás todo lo que ama y quiere. Aquel hombre recorre ese mundo extraño y desconocido con el aturdido tropel de sus recuerdos tratando de hacerse a la idea de que si fue rechazado debe alejarse para olvidar la ruina amorosa que lo atormenta.

Fascinado por ese mundo desconocido, una vez escucha Tucán que Diego de Ordaz quiere desistir de la expedición, debido a las dificultades, le propone que continúen la travesía.

En la falca, navegan a vela hacia un mundo inexplorado, con lentitud a fuerza de las tempestades, como la lucha viajera de quien se arriesga a un huracán y en defensa tose contra la corriente. Sus navegantes se mantienen sobre ese planchón que desprende por momentos alaridos secos a su paso; y así avanzan por el río, hasta que una y otra vez terminan sus miradas en las hamacas que arropan el cansancio y los sueños por el río.

Es una peregrinación de riesgo y aventura, que viaja con la esperanza y fuerza de esos hombres que cuando encalla la barcaza en los bancos de arena superan el impase con la fe del navegante en sus velas y prosiguen la marcha de los vientos y la suerte.

Tucán, unido a un desquiciado y sin rumbo, mantiene el realismo mágico del destino de sus pensamientos. Crisóstomo, por su mundo desganado, con el tormento del recuerdo que no puede remediar perdido en su mirada.

El grupo lo integran un par de indígenas con rostro de facciones mongólicas y piel lampiña, dóciles de trato pero fuertes físicamente, que saben parte del trayecto

y hablan del río grande que los lleva a uno mayor, justo donde quieren llegar quienes dicen conocer todo lo creado. Un lugar más arriba de los límites que conocieron los ancestros de su tribu, que ellos suben y bajan, van y vienen en recorridos intemporales de conocimiento y aventura.

Yavimay, el más viejo, vive su silencio, pero le gusta analizar y escuchar a los demás. Aprendió de las aguas como buen Warao, por tanto, sabe del oficio y tiene claros los pasos peligrosos en el inmenso río. Yaguidua es un joven indígena con una fuerza descomunal que lo hace particular, y resulta más abierto en su trato, aunque de alguna manera reservado. Uno y otro, la suma de fuerza de torsos quemados por el sol, con los gestos y facciones propios de esas personas inexistentes para muchos, pero fieles al arrojo.

La meta es incursionar en el majestuoso e imponente, incierto y arrollador Orinoco, feroz e indomable con sus raudales peligros, pasos difíciles, contra las aguas que siguen su pendiente natural como una serpiente que se extiende caprichosa y que, al igual que el mar, no se afronta sin verdaderos riesgos.

Tucán y sus acompañantes toman una ruta por un lugar donde las nubes adquieren un tinte lívido y resultan inmóviles en el horizonte. Llega la tempestad y desencadena borrascas violentas con granizo, y luego

de que pasa la tormenta diluviana el cielo se serena y sube hacia el cenit entre escondidos azules donde brillan resplandores intensos. Después algunas estrellas parecen estar húmedas, como si la lluvia hubiera inundado el firmamento.

Continúan por el gran estuario; Tucán lleva en la piel la sensación del viento que viene de sus generaciones, y su espíritu aventurero solo es opacado cuando piensa en la eventualidad de que la barca se detenga para siempre en aquella corriente indómita y caprichosa de un río que parece un mar revuelto en sus sospechas.

Inician formalmente la ruta y avanzan con aires favorables hasta atracar al final de un día en una orilla de arena donde se respira un aire vegetal fresco y penetrante, en medio de un calor soporífero interrumpido por ráfagas de mosquitos que dan la bienvenida a los tripulantes, mientras los indígenas que los acompañan no se dan por inmutados a los embates de la plaga y esquivan en silencio las miradas de cólera de los otros dos acompañantes.

Tucán encuentra en esa estación unos indígenas de rasgos particulares. Hombres de anchos hombros, brazos gruesos y piernas fuertes que determinan sus proporciones. Mujeres de facciones bellas, senos generosos y unas piernas firmes que, como columnas, resisten el volumen de caderas grandes y glúteos redondos. Sus cabellos

abundantes y brillantes parecen unos techos de palma finamente cortados. La dentadura caribe es aguda, y al hablar sus fonemas parecen sonidos rayados y secos de cotorras perezosas.

Aquellos pobladores son esquivos y fuertes, se alimentan de hierbas del entorno verde, de peces del río y de reptiles que tragan sin cocinar. Por ratos, detienen sus miradas perdidas entre los árboles, y así permanecen por un buen rato; y mascan bocados de hierbas y pescado o de pequeños lagartos que capturan con habilidad.

Los nuevos navegantes de la ruta, observan, alertas, la forma como llevan sus vidas los indígenas, y entonces se hacen señas de que lo mejor es continuar, porque hasta ahora es el inicio de una cortina de selva que atrapa, devora y enloquece. Crisóstomo vive en estado delirante desde hace tiempo a la sombra infernal de su silencio.

Siguen varios días por los atajos del río y se filtran en el azul unas nubes blancas que agita el aire, la temperatura agreste sube, y en aquella soledad tienen la sensación de tranquilidad, interrumpida solo por el sonido del viento y el avance de la falca, que rompe lentamente el agua con la fuerza que dirigen los brazos indígenas.

Al fondo, se ve una vegetación de un verde intenso en unos bajos. Allí aparece un boquete de árboles oscuros entre una lengua de agua en reposo con manglares

que mantienen insectos como nubes viajeras de zumbido interminable, mientras Crisóstomo golpea su cara con fuerza buscando desterrarlos ante el desespero de las ronchas.

A Crisóstomo nada lo motiva, fuera de la rabia y su locura. Este viaje es una mudanza obligada ante el engaño amoroso, y le resulta ahora como una maldición que le tenía reservados unos piquetes de ponzoña. Por momentos, duda, entre seguir o regresar, entonces resulta en un callejón sin salida, y esto lo impulsa a dejar todo.

Crisóstomo se mantiene con el sinsabor de aquellos labios que convertían el aire en dulces palabras y la locura en este viaje por el túnel de la jungla, y entonces queda pensativo, porque nada lo espera más allá de su destino incierto. Es que a su pareja le bastó comprobar su traición y huyó para siempre, porque sabía que su ausencia de esa manera le iba a doler más que el mismo olvido.

Aunque Crisóstomo vive en la aridez de sus pensamientos sin permitir que los demás entren, prefiere que ignoren la extensión que el amor ocupa en su alma, no es difícil para nadie saber el origen de sus tormentos. Tucán quiere sacarlo del aprieto, pero busca el momento adecuado. Desde hace días, analiza al hurraño navegante, trata de hacer amable el viaje, pero se da cuenta de que en su mirada perdida yace el tinte del imbécil enamorado sin remedio. Por eso deja, más bien, que los días

acomoden las cargas, mientras él acaricia la imagen de la sonrisa cálida de una mujer que imagina entre sueños.

Avanzaron leguas por una ruta fluvial donde se confunde la belleza del verde, aún inexplorado, que pareciera llevarlos al nido del eco del principio de los tiempos, en cuyo curso encuentran tribus caníbales, y luego, río arriba, exploran la selva entre líneas quebradas, cursos fluviales desconocidos y peligros solo imaginados en mentes fantasiosas.

Tucán tiene fácil comunicación con los remeros y habla con estos acerca de las plantas. Al final, después de escucharlos, piensa que, al igual que en su mundo, para estos indígenas tales plantas tienen una connotación sagrada y ritual. Un vínculo indígena con la naturaleza que les permite aconsejar con el poder de la sabiduría y curar todos los males en sus comunidades.

En el recorrido, aparece una inexplorada cadena de arenisca, cerros como centinelas solitarios y serenos, sobre la serpiente del río que por el bosque virgen conduce hasta las piedras del agua antes del territorio del jaguar. En este lugar, el río se estrecha y precipita por un reborde, se interna luego en una garganta como una laguna azul franqueada por rocas. Y a continuación desaparece bajo un túnel de piedra y corre, profundo y silencioso, a través de una falla, para emerger nuevamente en

un llano de bosque bajo y sabana sobre deslumbrantes arenas blancas.

Suben el río, entre rápidos casi impasables y especímenes no conocidos, un viaje difícil lleno de aventuras de sobrevivencia donde cada día presenta sus propias dificultades. Sufren la peste del letargo, bajo los rayos de una calurosa tarde en aparentes aguas mansas, donde por el exceso de confianza y descuido de Crisóstomo, se escucha el chasquido de un caimán aprendiz, que estuvo a punto de abrazarlo como un pequeño bocado, y que para fortuna de todos no terminó siendo una mancha roja entre las fauces oscuras que lo atacaron por sorpresa.

El ánimo languidece, los osados viajeros sienten angustia y desespero; aunque todo parece encantado, resulta lejano y desconocido. Otro tripulante recogido un poco más abajo que Tucán, y que se ofreció como ayudante de la falca, se siente afectado en su salud, y esto obliga a los exploradores y nativos viajeros a conducirlo agonizante en la embarcación, que avanza por el río entre sotos virginales.

Este último acompañante es un hombre callado, que esconde su rostro y parece huyendo de sí mismo. Cuando la embarcación subía para adentrarse al río de la Serpiente, hizo un llamado al dueño de la falca, quien ordenó a los remeros detenerse, descendiendo de la embarcación durante un momento, y tras entregarle una

pequeña bolsa que cargaba, y que Crisóstomo husmeó con asombro, le indica que puede subir y compartir el espacio con los otros acompañantes. El marinero guarda con recelo aquella bolsa en su pantalón, pero ninguno le presta atención.

Al subir, Crisóstomo dijo:

—Ahora sí estamos completos. —Miró a Tucán y los dos indígenas, y continuó, en un ademán que no necesitaba aprobación, pero que resultaba una imposición: —Él se llama Honorio y viajará con nosotros, según lo he dispuesto.

Tres aventureros unidos en una ruta donde el navegante trata de ahuyentar el amor; el indígena, conquistar su sueño del camino entre copas de árboles que florecen lila, amarillos y naranja; y el otro, perseguido por su conciencia. Una suma de lo vivido, lo querido y lo cometido que curiosamente ata cada una de esas vidas.

Mientras avanzan por aquel camino de agua entre la selva, sumergidos entre nubes oscuras, con la luna tan pálida como los rostros de ocupantes de la falca, los aventureros son devorados por la fiebre y un cansancio supremos.

Días más tarde, en esa dirección incierta se presenta lo imprevisto e inimaginable. Los indígenas que sirven de ayudantes de la nave, concedores de los males de la

selva, de lo que no saben los demás navegantes, consideran importante la búsqueda urgente de la ayuda de chamanes de una tribu cercana, al ver que también está afectado el ojiclaro, cuando notan que su vida toma otro rumbo y permanece ensimismado. Tucán no mide peligros. Le palpita la cabeza y le empiezan convulsiones producto de una crisis nerviosa.

Avanzan por sitios tupidos de árboles sin frutas; aún no llegan al sitio señalado en espera de auxilio y continúan los males. Tucán tiene beriberi, una enfermedad progresiva que inicia con un hormigueo en las yemas de los dedos y posteriormente pasa a los pies. Unos síntomas del sopor y entumecimiento de los dedos, que poco a poco ceden ante una total degeneración de los nervios, que causa atrofia muscular, inmovilidad y, en últimas, la muerte.

Ya son dos de los tres extraños al mundo de la selva los que están cada vez más enfermos. Perdidos en aquel pulmón verde, pretenden algún sitio próximo donde sean atendidos pronto con plantas y con rezos. Siguen los consejos del indio más viejo de la falca curso arriba por el río y remontan el próximo afluente para variar la ruta que habían previsto. No tienen alternativa diferente a salvar esas vidas, porque el rumbo que buscan está a no menos de unos cinco cambios de luna, contados sin

tener contratiempo alguno, y en este caso se trata de enfrentar cuanto antes el infortunio.

Sin dudarlo, navegan como indica el indio guía, y luego de un par de jornadas desembarcan para avanzar con pasos difíciles por bosques de pantano hacia el cerro Escondido. La ruta se hace lenta con los enfermos. Tucán lleva los pies dormidos y solo puede caminar apoyado por dos palos; y el otro enfermo es cargado por los indios en una hamaca colgada en un palo largo.

Finalmente, encuentran a los miembros de la tribu del cerro Escondido, quienes, a diferencia de sus vecinos de recorrido, previo a la gran laguna, se caracterizan por su hospitalidad y, dada la gravedad de los navegantes, los atienden primero, y deciden que hagan parte del ritual nocturno que por la época convocan alrededor de los dioses de su mundo, aprovechando la presencia de los mensajeros de la luna.

El ritual se extiende toda la noche. Se inicia con una jornada de oraciones, cantos y gestos rituales. Tucán bebe una poción salvadora de vida con las voces de las plantas solo por ellos conocidas, que hablan a través del cuerpo del curandero, mientras que el otro navegante es atendido con pócimas y cuidados brindadas por las mujeres de la tribu.

Tucán está grave, entonces es llevado por el chamán a un claro cercano a esa inmensa selva, donde el viajero nocturnal conoce de plantas que le dicen que lo sanarán. Es un ritual en el que los indígenas absorben el espíritu de sus dioses en la misma forma que los cristianos toman el espíritu divino por medio del sacramento del vino y del pan.

Por ellos, supo del ipadu, un polvo que aspiran todo el día y toda la noche en el círculo de hombres bajo la luz titilante de las malocas. Le atan hierbas mágicas en los brazos, lo visten con cortezas de árboles y máscaras rituales, y transforman su espíritu en el de un animal que enseña a comprender mejor la historia mística del nacimiento del mundo. Lo conducen luego al punto geográfico de origen de la tribu, una roca sagrada donde la anaconda primigenia bajó al mundo desde algún rincón de la Vía Láctea, y le dan a probar una resina de color rojo sangre, de un árbol de la selva. El tiempo se le convierte en colores; los pensamientos, en sonidos, y los gestos se transformaron en un arcoíris.

Bajo el efecto de las propiedades alucinógenas de esas plantas conocidas por la tribu, empezó a sentirse diferente y, en una franja que cree de lucidez y mejoría, nota que habla con las plantas y árboles, mientras deja a los lejos a sus acompañantes de travesía. Su mirada perdida busca a Crisóstomo y escucha la voz de Pirodri, que

le dice que quizá es el momento de emprender el viaje de regreso. Quiere responder pero no puede; la mente se traga sus palabras, su mundo es un vuelo de colores, y levanta el brazo con el dedo índice para señalar una luz fuerte entre las ramas, y, en medio de su trance, sabe que debe continuar con la ruta.

Pasaron algunos días en la celebración de los ritos de la tribu, comieron aves y monos ahumados. Ahora llueve sin parar y se respira el aire húmedo de la selva. El descanso alivió el estado de los enfermos y entonces los tres expedicionarios salen del mundo conocido por la tribu como la cueva de la Anaconda para regresar al río, con las caras desgastadas por la penosa travesía, mientras los indios navegantes en su piel curtida por los días parecen haber tomado en los rituales la energía para continuar con la ruta.

\* \* \*

Crisóstomo, con el corazón roto por la amargura del amor, ante la determinación de su amada de borrarlo de su vida, deja todo lo que tiene y parte en su falca para terminar en el delta del Orinoco donde decide continuar su ruta río arriba, creyendo que si se aleja más resulta fácil sacarla de sus pensamientos. Pero en su mente permanece Esperanza, a quien no deja de amar.

Recuerda a la enamorada desnuda entre sus brazos, cuando él enredó los dedos en su cabellera y luego de besos en el cuello, sus manos viajaron por cada poro hasta los muslos, para dar paso a la pasión naciente en la piel alborotada por el fuego del deseo que expresa en los ojos de la caña. Después, aquellos pensamientos se desmoronan, y se pregunta si ella partió desterrada o acaso ofreció un sacrificio para refundir todo en la frialdad.

Crisóstomo, el caballero del mar que siempre ha sido, le dio barniz a su falca con aguante todavía y se aventura por una lámina de espejo de un mar tranquilo, que luego forma aros de agua en cada ola, hasta que las perlas líquidas de su nave tocan otras costas y termina por enfrentar varios laberintos en compañía de dos curtidos indígenas de quienes escuchó que conocen un gran río.

Con las condiciones del acuerdo, empiezan un rumbo que abre varios caminos que penetran y vuelven,

días tranquilos y movimientos permanentes pero lentos, entre aburrimiento y desespero, horas serenas y mansas, algunas calurosas con olores de un vaho mortecino donde todo parece detenerse, y otras grises con vientos fuertes de lluvia que impiden el avance y desean quebrar la nave. Quizá lo mejor para los navegantes son las noches con su brisa fresca donde respiran mejor, aunque duerman poco.

Y, con el despertar de bandadas entre cánticos, trinos y el aroma perceptible en ese verde virgen, siguen corriente arriba otro ramal de aguas fuertes; el cauce se va estrechando y la falca, entre tumbos, se mece y queja con unos pequeños alaridos de reclamo al río.

La falca es la Nueva Esperanza, por la ruta del Orinoco, una embarcación que, aunque resiste, se ha tornado vieja y frágil con el tiempo, pero todavía en sus pasos recoge dudas, siembra añoranzas y se dirige entre árboles de sombra donde peces fugitivos se llevan el anzuelo de las penas de Crisóstomo.

El Nueva Esperanza, un casquete lleno de cariño, los lleva por senderos de aventura. Su profunda unión a la barca, resulta comprensible, porque lo mantiene atado a su alma de gaviero, y se convirtió en su más hermosa tentación que lo lanzó al vacío, cuando depositó parte de lo que tenía y la vistió con el mejor traje para escapar de su propia vida.

Mientras Crisóstomo avanza en la ruta, Diego de Ordaz quiere salir del estuario pero no halla la salida, y su grupo es atacado por un enjambre de zancudos sobre cara, brazos y tobillos que enciende en fiebre a los navegantes. Y cuando llegan al delta del Orinoco siguen por unas ramificaciones que los llevan hacia el mismo punto, entre tribus de caribes, para quienes son su carnada. Por esta razón, el expedicionario decide regresar con el sabor del triunfo esquivo.

Entre los miembros de la tripulación, lo acompaña el recomendado de Pirodri, que resulta, más que el colaborador, un observador con mirada azul de rebeldía. De Ordaz es implacable en sus órdenes de violencia y trato inhumano con los nativos, quienes, frente a la incursión por su mundo que es el río, reaccionan ante los extraños para defenderse.

Desde el arribo de esos impostores españoles, los indígenas tienen dos opciones: si los jefes llegan a un arreglo con los españoles, pueden mantener ciertos privilegios; en cambio, si deciden enfrentarlos, están en desventaja por la fuerza de sus armas, hecho que determina la derrota y desaparición de las élites nativas. La mayoría opta por cooperar y pasan a llamarse indios amigos; incluso algunos tienen la convicción de que los españoles han venido para ayudarlos y superar las rencillas al interior de las comunidades aborígenes.

Tucán resulta entre dos frentes: acompaña al invasor, pero sus raíces indígenas no toleran la destrucción de sus hermanos con su propio sentimiento. Quiere liberarse de esa ponzoña, huir de Diego de Ordaz, a quien tanto incomoda. Ambos viven un momento en que las palabras sobran pero las miradas lo dicen todo y comunican si están de acuerdo o reprochan las acciones.

Fue una coincidencia que se hubiera encontrado en la ribera con un expedicionario español, un tal Diego de Ordaz, de quien ha oído hablar, y entablan un diálogo corto. Él regresa con su ánimo maltrecho de rabia con muchos de sus hombres enfermos, mientras el otro navegante dice estar dispuesto a un viaje incierto y arriesgado.

Tucán repasa los puntos recorridos que aprendió en las charlas con Pirodri, cuando le describía con precisión todo lo que ahora empieza a contemplar, y se pregunta si en ese mundo que lo atrae estará la mujer que sueña. Si de algo está seguro es que debe ser una mujer hermosa, como Garza Morena, su madre, una verdadera nativa, que puede ser como una sirena que lo esté esperando más arriba. Se cuestiona si viaja tras la ruta de Pirodri o continúa en ese intercambio de miradas, masticando palabras en voz baja con la presencia inquisidora de Diego de Ordaz.

Tucán debe decidir entre continuar río arriba con ese descompuesto hombre de mirada penetrante como si llevara algún dolor, o seguir con el expedicionario español entre sus ojos, que arrasan y descomponen. Tucán decide penetrar en el Orinoco. Quiere tomar el sendero de agua, pero no está seguro de si es porque se enamoró de esa ruta mágica o, acaso, por el embrujo de buscar en una tribu la morena que le entregue por sus besos un colmillo de jaguar que desea colgar en su pecho, tal y como lo vio en un sueño.

Cansado de su peregrinar, Diego de Ordaz decide avanzar en su camino de regreso y escucha decir a Tucán, quien habla más con la mirada que con expresiones fluidas, que él se queda para continuar en la ruta de esa falca. Con su mirada de desprecio, el español ordena zarpas y dice “¡pero pronto!”, en su airado desespero, pensando que era uno menos para bien llegar.

Por su parte, Crisóstomo, al escuchar a Tucán, resulta convencido de llevarlo, cuando le comenta que conoce la ruta y quiere, igual que él, explorar ese destino. El viejo del mar lo mira fijamente a los ojos e intuye la propuesta de ese hombre tan particular. Tiene la fortaleza indígena, el sueño del aventurero y la fisonomía de los hombres de su tierra. Total, acepta la compañía y menciona unas condiciones que impone, que al fin de cuentas son

las de un hombre comprometido con un destino que el mismo Crisóstomo ni siquiera sabe a dónde lo llevará.

Tucán repite lo aprendido de Pirodri; habla de que les espera un mar tupido y verde que bordea el río de la Serpiente, la laguna azul en reposo, donde las mariposas de colores escriben páginas en el aire. Dice que en la primera fase de la ruta van a encontrar tribus de caribes en los que no pueden confiar, pero que él sabe tratar, y que luego tomarán la ruta del encanto para no trambucar entre raudales y poder llegar más arriba a un río grande, que parece el mismo mar.

Su conversación basta para que Crisóstomo lo acepte como nuevo acompañante del Nueva Esperanza, mientras Tucán pisa firme y tranquilo la embarcación con el anhelo de que conocerá el mundo pintado por Gauta Pirodri, quien se había quedado corto en lo que dijo, porque en aquella ruta maravillosa solo cuentan los sentidos.

El viejo hombre del mar observa una bandada de loros que cruza con algarabía el cielo y se pierde a los lejos, como anunciando lo que está por comenzar. Los navegantes avanzan tras lo desconocido entre el sol que los abriga y desespera, en una región ardiente y pintoresca, donde la rapidez de la brisa de pronto se detiene, el relámpago ilumina y la lluvia los cubre, para finalmente descansar entre ruidos nocturnales cuando deciden atracar bajo la luna. Crisóstomo guarda el despecho y

las lágrimas en su corazón. Honorio piensa si acaso Crisóstomo es precursor de un siniestro, cuando él mismo, con sus ojos delirantes, se cerciora si lo siguen. Y Tucán se enamora de la ruta con cantos de loros esmeraldinos y garzas azules que interrumpen el espacio.

En la ruta, bajan flotando troncos viejos que parecen monstruos gigantes; los caimanes duermen sobre las ramblas del río entrelazados como troncos de un taller con las fauces abiertas al viento, y la verdura fresca como virgen está llena de sorpresas en sus orillas con ceibas descuajadas, árboles inmensos vencidos por el tiempo entre una maleza que los atrae con su encanto.

Tucán busca inquieto todo lo que le contó Pirodri, vaga de noche como una sombra blanca por aquellos parajes que desea penetrar cada vez más, y en distintas ocasiones le parece estar con Gauta meditabundo entre los genios de la selva y hadas nocturnas, cuando halla a Crisóstomo igual de desvelado que él, acompañado de las tortugas que duermen en la orilla de una playa en la que se detuvieron en la vera de la ruta.

Río arriba los remeros avistan una nueva tempestad por los rayos de fuego en el espacio de trecho en trecho; se escuchan ecos lejanos de gritos de un volcán hasta que todo se torna silencioso. Los acompaña la lluvia en aguas donde bajan esqueletos de árboles que golpean fuerte el casco de la falca, y luego llega la penumbra, sin luna ni

las estrellas en el firmamento. Horas más tarde, en unos segundos dorados por los rayos de la aurora, entre magenta y manchas azules, aparece la cinta amarilla verdosa del río en el cuello del amanecer moreno. Líneas de oro penetran plumajes de cocoteros sobre la lámina que encrespan las ondas de agua, y en las copas de los árboles chillan las aves en su huida para formar otra poesía.

\* \* \*

Honorio de Navarrete, un hombre con un pasado oscuro y amigo de Francisco de Bobadilla, hace parte del grupo de malhechores de la peor índole, que se vale de las influencias para evadir la justicia y emigra al Nuevo Mundo.

Conforme a la determinación de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, el 22 de junio de 1497, los varones que hubieran cometido delitos de cualquier naturaleza podían ir a servir a la isla Española, con la condición de que para ser enviados a las nuevas tierras debían ser entregados a Colón.

Honorio ofrece sus servicios a Bobadilla en la misión aventurera, y este se interesa, porque de esa manera puede lavar sus manos de manejos turbios que bien le conoce a su amigo.

Así, Honorio arriba a La Española como especial colaborador de Francisco de Bobadilla, un aragonés, caballero de la orden militar de Calatrava, hombre de mano de hierro con capacidad resolutiva y de intriga en misiones que requieren contundencia, designado por Isabel y Fernando como gobernador de la Indias para imponer el orden en La Española, luego de siete años de la llegada de Cristóbal Colón y ante el descontento que se dice impera por parte de los colonos con el almirante.

Una vez arriba a La Española, el 23 de agosto de 1500, inician las pesquisas y andamiaje contra el navegante. Cristóbal está en La Vega y en la ciudad se halla Diego Colón, quien se rehúsa a obedecer, por considerar superior la autoridad del almirante. Dos días después, el gobernador lee su nombramiento real y toma posesión de su mando. Se apodera de la fortaleza, despoja, confabula cargos e incauta todos los bienes de los Colón.

De acuerdo con la investigación secreta que adelanta, fabrica quejas y recoge pruebas. Sin escucharlo, apresaa a Diego, lo encadena y envía en una carabela hacia España. Cuando en septiembre de 1500 Cristóbal llega a Santo Domingo, ante un requerimiento de Bobadilla, sin consideraciones lo atrapa con unos grilletes y lo encierra en la fortaleza, y hace lo mismo con Bartolomé.

A comienzos de octubre de 1500, apresaa a Cristóbal y Bartolomé, y los envía encadenados en una carabela a España para ser entregados al obispo Fonseca, enemigo de Colón.

Con el fin de lograr su propósito, en desarrollo de una estrategia cobarde y vil, es determinante Honorio, secuaz y hábil tramador de incautos, persona con un prontuario delictivo, carisma para la avaricia, fabricación de mentiras y negocios oscuros. Así que es Honorio el encargado de urdir el desprestigio de Colón, incluidos sus hermanos Diego y Bartolomé.

De esta forma, hacen una alianza que les permite gestar y crear documentos donde señalan la vida horrosa y de hambre que padece la gente. Las subastas de esclavos blancos, españoles. La tiranía y mano de hierro de Colón para dirigir la colonia. Se dice en esos documentos cómo Cristóbal Colón y sus hermanos aplican juicios sin formas y explotan a los indígenas. Por esas razones, mencionan en el amañado informe que hubo muchos intentos de motín, con la idea de demostrar a los reyes los atropellos de Colón y acabar con su prestigio de marino y gobernante.

Con tan graves acusaciones, consignan 23 testimonios en un texto de 46 páginas de un documento donde no escatiman esfuerzos por hacerle daño al navegante. Incluso se valen de personas cercanas y de confianza de Colón, a quienes les hacen narrar atrocidades que nunca ocurrieron.

Bobadilla hace parte del grupo enemigo de Colón, en ese momento con gran aceptación en la corte española. Por eso, hecha la tarea sucia, a comienzos de octubre, las carabelas zarpan hacia España llevando en su interior presos y encadenados a Cristóbal y Bartolomé, con la instrucción de Bobadilla de ser entregados a Fonseca. Sin embargo, con aquel montaje, enviados a España los hermanos Colón exponen sus hechos ante las recriminaciones del documento, y en poco tiempo los Reyes Católicos

descubren los atropellos y ordenan su libertad. Bobadilla es relevado del cargo por Nicolás de Ovando y Cáceres, el 3 de septiembre de 1501, pero únicamente hasta abril de 1502 funge como nuevo gobernador para hacer justicia, enmendar acciones de diferente índole, desagraviar a Colón y devolverle lo arrebatado por Bobadilla.

Honorio de Navarrete, que no tiene un pasado limpio en España, aprovecha la designación de este en las colonias y no duda en emprender viaje para huir de las autoridades. Colabora con Bobadilla y se desempeña durante su gobierno, no solo en asuntos de manejo que este debe reportar a los Reyes Católicos en su firme voluntad soberana de mantener un estrecho control sobre los territorios americanos, sino además en conductas malsanas y maniobras amañadas derivadas de sus ansias de poder y riqueza material.

Cuando fueron evidentes los manejos donde ayuda a meter las manos, y acaba por desprestigiar a Bobadilla, hecho que coincide con la presencia de un nuevo gobernador, se da cuenta de lo complicado de la situación, además de que la relación con Bobadilla es tensa debido al reparto de ilícitos. Entonces, la alternativa que tienen es viajar a España con Bobadilla para responder por su cuestionada administración, cuyos manejos indelicados se tornan evidentes para todos, o evitar un nuevo juicio del que, sin duda, saldrá mal librado.

Así, mientras los Reyes Católicos indican a Ovando que realice una visita a la gestión de Bobadilla sobre los quince meses de gobierno como sustituto de Colón, y, como gobernador, establecer estructuras políticas, sociales, religiosas y administrativas para desarrollar una economía básica en La Española, Honorio de Navarrete, al intuir lo que se le viene encima, al momento de la llegada del gobernador Ovando, parte sin rumbo fijo de la isla.

A Bobadilla y Honorio la estrategia les sirve para generar su propia riqueza y cometer excesos contra la comunidad indígena, que los detesta. Bobadilla aprovecha el cargo y en su avaricia comparte gran parte de lo obtenido de manera ilegal, a costa de la corona, con su amigo encargado del trabajo sucio, que le cobra a última hora y prefiere huir con el botín de ambos.

El gobernador Ovando envía a Bobadilla con un cargamento de riquezas para España, pero desafortunadamente el huracán de 1502 arrasa las carabelas, y muere junto a un número importante de marineros e indígenas que trasladan como muestras de la conquista del Nuevo Mundo. Honorio huye con la fortuna, y, con la suerte del inescrupuloso, se salva, pero no del suplicio que le espera.

Después de huir de la justicia y las autoridades durante diez años, regresa a La Española, convencido de que el periodo transcurrido le permite continuar discretamente con su vida, pero pronto es identificado por in-

dígenas, que lo reconocen como la persona que maltrató, humilló y mutiló a miembros de su clan, y debe huir de nuevo para salvar su vida.

Intenta regresar una vez más, en 1520, cuando empieza el cultivo de la caña en la isla, de nuevo en vano. En la memoria de un niño nativo, quedó la imagen de aquel español que agredió a su padre explotado por los invasores y con golpes acabó con su vida. El infante nunca olvidó aquellos ojos de reproche, los látigos de dolor soportados por su padre, sus quejidos, la voz que imploraba clemencia, la tortura a que lo sometió por no corresponder a su mandato cuando no era que se negara a trabajar, sino que su cuerpo agotado le impedía hacerlo. Pero con el tiempo, ya convertido en adulto, lo identifica y pone en práctica las estrategias aprendidas de esos extraños que les quitaron todo; miente, propicia el reencuentro y finalmente lo encamina justo al lugar donde había sacrificado a su padre indígena, y, con el mismo desdén que el español lo hizo dos décadas antes, lo hiere en el rostro y marca para siempre. Cuando Honorio de Navarrete comprende el tamaño de la retaliación por su propia ofensa, no entiende cómo logra salvar su vida, ya que un grupo se acerca para lincharlo.

Comprende que es despreciado por todos y huye porque entre la comunidad indígena de La Isla Bohío, Baneque o Bareque (La Española) y Colba o La Juana (Cuba),

es recordado por sus excesos contra los nativos, muchos de quienes perdieron la vida en sus manos. Como él sabe de las joyas que mantiene María José Ovando, Honorio convence a un miembro de la servidumbre para hurtarlas, y como una forma de congraciarse con la bella española y ganar indulgencias con el nuevo gobernador, devuelve la pequeña caja que había tomado por su orden el indígena. Sin embargo, antes de eso sustrae tres piedras preciosas: una roja, la celeste y otra verde junto a un par de joyas de oro que guarda en una pequeña bolsa de cuero, y propicia la muerte sin reproches del sirviente, a quien culpa de haberle ofrecido esas joyas.

En la última oportunidad, se entera de que la hija del gobernador Ovando se establece en La Española, con su marido Gauta Pirodri, quien acompañó a Cristóbal Colón en sus viajes, que trabajó con Ovando en la reconstrucción de la ciudad, posterior al huracán devastador de la isla, y luego fue muy cercano en la gobernación de Diego Colón, donde obtuvo un importante ascenso social. En aquella ocasión observó por un momento a la pareja con su crío, y junto a ellos, siguiéndolos, una hermosa indígena que al parecer les ayuda en sus oficios como parte de la servidumbre; y así lo entiende Honorio por la distancia que mantiene y la carga que lleva.

Pasan los días, y Honorio cree que recibió una maldición india. Un rezo antillano se escucha de otros. Duran-

te mucho tiempo, el delirio de persecución es su tormento. Poco a poco, lo pierde todo. No prospera en ninguno de sus nuevos propósitos. Transcurren otros años entre intentos y fracasos de todo orden, hasta que, con su vestido desgastado de huesos, entrega a Crisóstomo la bolsa de piedras brillantes a cambio de hacer parte de la tripulación de la falca.

Ahora que nadie lo reconoce ni sabe su nombre, prefiere mantenerse en el anonimato. De alguna manera, procura evitar cualquier comentario o hablar demasiado, porque, desde que su rostro quedó marcado, lo persigue su pasado. Está lejos de imaginar que el indio de ojos claros que también viaja en la falca, a quien llaman Tucán, es en realidad el hijo de Gauta Pirodri, el marido de María José Ovando.

Mientras tanto, río arriba, Crisóstomo lo observa viejo y temeroso de mostrar quién es. Tucán lo considera simplemente como uno más, que quizá podrá ayudarlos en algún momento con los remos. En el fondo, Honorio se mantiene reservado, porque la señal que lleva en su rostro le recuerda qué hizo, y es la venganza por el trato inhumano con los nativos.

\* \* \*

Años más tarde, instalado en Santa Ana del Coro, Baltasar imagina su propia gesta desde esas tierras bien adentro, porque desde hace tiempo tiene su mirada puesta en ese territorio de promisión y está seguro de que su futuro está más allá de lo que permite ver el horizonte.

Proyecta lo que quiere, recuerda todo lo que cuentan de Pirodri el viejo, en las charlas con Gaspar sobre su padre y en lo dicho por Tucán de esos sitios maravillosos en su recorrido por el Orinoco. Se sorprende al pensar que, entre los brazos del río majestuoso, sus ramificaciones están bordeadas de llanuras vírgenes aptas para su visión mercantil: el negocio del ganado.

Ronda en su mente la reconstrucción de los pasos familiares por la ruta de agua. El deseo de explorar latente recorre sus venas, un propósito sin importar que no sea ahora, pero que tampoco puede desechar porque su capacidad onírica lo lleva al impulso de hacer realidad cuanto imagina.

Su intención es buscar la ruta que tomó Tucán hacia los territorios donde encontró el amor de Xioi. Le apasiona e inquieta la aventura, más ahora que junto a los indígenas se extiende el negocio en el territorio; por eso la idea es avanzar en los planes comerciales de su padre

y Gaspar, para entrar cada vez más a aquellas tierras que desconoce pero lo llaman.

Con la convicción de su sueño, sus innatas emociones, la posibilidad de negocios y el anhelo de tomar aquel camino de ilusiones, se imagina por aquellas aguas viajeras. El gran delta del Orinoco, una extensión de más de dos millares de kilómetros, y de casi tres si al Orinoco se le suma el Guaviare, que creyeron los exploradores era el mismo mar.

La cuenca del Orinoco, cercana al medio millar de ríos y dos mil torrentes que van a dar al océano Atlántico, tiene significado vital entre piaroas, tanto como en muchas tribus ancestrales que toman su pesca del río. El río Orinoco, que nace en Venezuela, germina de la Sierra Parima y toma ruta por el noreste hasta proximidades de un punto llamado La Esmeralda, donde se une con el río Casiquiare, sigue el noreste y recibe las aguas del río Ventuari, hace su recorrido hasta lo que se conoce ahora como San Fernando de Atabapo. Recibe las aguas del río Guaviare y continúa hacia el norte, toma el río Capanaparo, otro de sus afluentes, y forma una frontera natural cuando marca su paso entre los territorios de Venezuela y Colombia.

Esta cuenca pasa por los rápidos Maipures y Atures para recibir el río Meta desde el oeste, para unirse con el río Apure. Y desde ese punto el río Orinoco se dirige por

el noreste a través de llanos y mesas venezolanas. Luego los ríos Carura y Caroní depositan sus aguas y desemboca en el océano Atlántico formando un delta que se extiende por 300 kilómetros de costa, desde Punta Playa por la zona del oriente hasta boca Bagre por los lados de la margen izquierda. Una desembocadura del río Orinoco desbordante a través de unos 300 canales que moldean un poderoso delta conformado por 17 bocas y 36 brazos, tan descomunal que Colón fue uno de los primeros en creer que habían descubierto un nuevo mar.

Esas embrujadoras aguas nacen y extienden por el territorio venezolano, forman un hito fronterizo que recoge misterios. Un recorrido donde por centurias han quedado las huellas de generaciones de hombres con páginas de historia, que permiten entender que esas aguas están cargadas de vida antes de desembocar en el océano Atlántico.

El río de la Serpiente tiene un singular faro, que es la roca que se encuentra en el centro de su cauce, en el paso entre Ciudad Bolívar y Soledad, una piedra descomunal de 350 metros de largo por 100 metros de ancho, presente en leyendas de sus aguas, que en época de verano deja apreciar el esplendor de 50 metros sobre un asiento de arena blanca.

Aquella piedra anclada en lo más profundo del río parece la cabeza de una serpiente que vigila la ruta, des-

de hace más de cinco siglos, cuando osados navegantes se atrevieron a llegar a esa imponente natural entre el color de la esperanza, por donde el tropel de la corriente agreste baja y estalla con fuerza en bocas cuando llegan al mar.

El mismo enredo verde que se traga la falca de Crisóstomo entre ahogos y gemidos, con el desespero del regreso hacia la boya salvadora de la piedra del Medio, como indicación de la posibilidad de llegar a morir en su verdadero hogar, que es el mar.

El río de la Serpiente permite a Tucán recordar las charlas con Gauta Pirodri, provenientes de una relación paternal desconocida, y que lo llevó por el paraíso de la gloria. Un naciente quijote sin conocer exactamente el lugar, pero con capacidad de transmitir con realismo sus historias al discípulo indígena, y le permite descubrir en el camino fluvial el sueño de conocer la sirena de las fantasías que siente su corazón

El misterio de la hidra consume a Honorio de Navarrete y corresponde a las siete cabezas que atormentan su repaso de vida, son los demonios que lo consumen y por los que huye, como si la conciencia y el rayón de la ignominia marcado en su rostro no lo acompañaran: el recuerdo de la estrategia burda llena de desmanes cuando hizo sacrificar al indígena que obligó al hurto de joyas de la hija del gobernador Ovando y Cáceres; saqueo

a las arcas de la Corona española; falso testimonio contra Colón; agravio a los desvalidos; violación de mujeres; corrupción plena en la administración de Francisco de Bobadilla; y homicidio de tantos inocentes indígenas.

Crisóstomo, Tucán y Honorio de Navarrete, unidos por el río de la Serpiente, quedan perplejos con la piedra del Medio en su rumbo. Crisóstomo, entre desvíos de su mente. Tucán, atraído por las toninas y el Orinoco, donde busca la mujer de su corazón. Honorio de Navarrete, con temores que se traga y forma remolinos de acciones guardadas en las oscuras profundidades donde se aloja el monstruo que lo atormenta.

Junto a ellos van Yavimay y Yaguidua, los remeros conocedores de la ruta y de los secretos de la jungla, quienes resultan oportunos salvadores en las angustias, con diálogos cortos y certeros que alimentan los días por el río.

Desde mucho antes a la llegada de los españoles, los indígenas del río de Serpiente creen en los misterios de la piedra del Medio, en cuyas profundidades habita una serpiente de siete cabezas, que cuando engulle todo a su alrededor genera torbellinos capaces de hundir cualquier embarcación. Según la leyenda, si las aguas descienden es porque tiene sed y cuando suben es la expulsión de líquido desde sus entrañas.

Ese faro natural aparece sembrado en una depresión de unos 160 metros en forma de embudo que nace en la parte occidental de la piedra, desde su punta, donde se encuentra el monstruo en las profundidades de la fosa.

Otra leyenda del río Orinoco afirma que allí descansan sirenas y en la zona de las bocas del Caris está la Carona, que cuando el pescador es agraciado lo premia con buena pesca y en caso contrario lo espanta al mover fuertemente la curiara para que se retire.

Se dice que en el Alto Orinoco habitan toninas en aguas pantanosas y rápidas, que se transforman en sirenas para que los pescadores emigren a otras zonas del río, que tiene ciudades encantadas en sus profundidades y que cuando los pescadores están en el sitio no pueden apartar de su mente a la mujer que aman, mientras las toninas los seducen y llevan a lugares hechizados.

Finalmente, Baltasar piensa en la inmensidad del río Orinoco, el de leyendas escuchadas de Yavimay y Yaguidua, las historias de Tucán y Xioi, porque el río de la Serpiente discurre por centenares de kilómetros buscando el mar entre raudales, con mordiscos de fortaleza y se enfrenta a la fuerza de las olas, y terminan entre burbujas salinas fundidos en un amoroso beso.

\* \* \*

Ante la avería de la falca rasgada en la estructura y gracias a la ayuda que reciben los navegantes para lograr su reparación con pasta de caraña, la decisión es regresar, cuando la comunidad indígena auxiliadora dice que aguas arriba el río se precipita por rocas que dificultan avanzar con sus propias balsas. Entonces, los atrevidos navegantes vuelven río abajo, aprovechando la fuerza del grupo para girar el Nueva Esperanza en el rumbo de regreso.

Esa barqueta de quince metros de largo por tres de ancho, construcción que retoca Crisóstomo con un nuevo barniz para su viaje, echa todo su pasado y bautiza como “Nueva Esperanza”, tiene su tolda central repleta de bejucos y de hojas de la ruta, en la proa los remeros y en la popa un cajón con cenizas donde hierve al aire un sartén de hierro y el acopio de carne seca, aves, casabe, pescado y plátano verde. Soportó inclemencias del clima cuando tantos no daban nada por ella, y en su recorrido por parajes nunca imaginados por Crisóstomo termina en la más espectacular hazaña, igual a una amada inmortalizada en los recuerdos.

La tempestad cabalga en el huracán, y los alcanza con sus rayos intermitentes. Pasan sobre flotillas de troncos a merced de las aguas y ráfagas de viento. Esos golpes rayan el alma de la falca, que cruje y gime, cuando

en el momento menos esperado algo fuerte y grueso da en el dolor húmedo que detiene el caraño.

El vagabundo corazón del navegante, desconoce que su falca viajera se siente vieja y desplaza con cansancio ahogado, mientras trata de sostenerse en las aguas que son su vida. Su estructura se mantiene entre acordes lastimeros con su pecho herido que agoniza desde el golpe infortunado cuando, a riesgo del esfuerzo humano, tomaron el centro del río y sin advertirlo enfrenta un tronco amarrado entre líquenes y lianas, con nudos de raíces que abrazan unas piedras que señalan un hito de posesión natural de los bocados de la selva.

Parece que la Nueva Esperanza se aferra a ese mundo de la jungla como si raíces profundas a las entrañas del río no quisieran que se fuera. Igual al sentimiento de Crisóstomo, un lobo de mar que, aunque lo oculte, tiene su corazón despedazado por más que intenta olvidar a la mujer de sus amores que nunca deja de pensar, y vive atormentado en lo que no pudo con ella. A la falca, con el alma remendada e impulsada por el viento y la corriente a su favor, se la viene tragando el Orinoco poco a poco, desde que partieron de regreso río abajo. La embarcación no soportará llegar al Atlántico, mientras Crisóstomo, desde las últimas noches, mira las estrellas y trata de leer cuánto falta para abrazar esas olas que lo pueden conducir al punto donde dejó los mejores días de su vida.

La tempestad cabalga en el huracán, y los alcanza con sus rayos intermitentes. Pasan sobre flotillas de troncos a merced de las aguas y ráfagas de viento, cuando los navegantes tomaron el centro del río y sin advertirlo la barca recibe un golpe estrepitoso.

La Nueva Esperanza trata de sostenerse entre acordes lastimeros de su pecho herido, pero el golpe raya el alma, y ahora gime, porque se levantó la pasta de caraño y sus maderas carcomidas dejan escuchar las burbujas de un eco moribundo y lento, mientras Crisóstomo tiene un presentimiento vago e incertidumbre de fatalidad.

La embarcación con un aire de altivez aparente, parece firme aunque cruje el fondo de su casco, pero el avance es cada vez más lento, aun entre los claros y remansos de leve resistencia que aparecen en el río. Quizá nadie haya advertido la tristeza de su cuerpo, que quiere llegar a morir en su verdadero refugio, que es el mar.

La tarde se torna oscura y desgrana lágrimas, entre chirridos que evocan una avalancha de la muerte, y a la frágil nave la invade el agua rápidamente. Los navegantes ven que empieza a rasgarse el casco cuando están en la zona media de la propia mitad del río. Crisóstomo, Tucán, Honorio, Yavimay y Yaguidua tratan de llevarla pronto a la orilla entre gritos y un gran esfuerzo.

Crisóstomo, después de haber desafiado mil peligros, sin gloria y sin provecho, de haber llegado donde nadie lo esperaba y con su vida en pedazos de tristeza, por segundos, parece implorar la ayuda celestial para su vida en ruinas, que le entrega a una nueva pena entre la niebla que produce la borrasca.

Boconadas de agua la consumen y, en un paso infestado de pirañas calmadas por grandes puyas de la lluvia, y se lleva el sentido de la vida del gaviero cuando el coro del diluvio de un soplo que brama se la traga.

Se escuchan expresiones crudas y lamentos que se vuelven gritos desesperados. Los indígenas son los primeros en lanzarse al río y buscar la orilla, luego lo hace Honorio, pero antes se persigna, mientras Tucán arranca a Crisóstomo de lo que queda del Nueva Esperanza, logra desprenderlo, lo lanza fuerte y arrastra entre las aguas cuando teme que él quiere morir pegado a los recuerdos vividos en su falca. Por fortuna, pronto alcanzan la ribera, y aunque Crisóstomo quería permanecer fiel a su promesa de morir con su barca, un inequívoco estruendo entre la lluvia anuncia que se la devora la serpiente que es el río.

Luego, silencio, rabia, evocaciones lastimeras, sin pensar siquiera en lo que viene, porque ahora sí que están lejos de todo y tan cerca de nada.

Los indígenas, antes de que se apaguen las luces grises del día, marcado por hilos gruesos de agua, levantan en la ribera de ese punto tupido una ramada con unas varas y unas palmas como techo para guarecerse de la lluvia, porque lo único cierto es que no pueden continuar camino por ahora.

Llega la noche y pasan las horas. Ni los indígenas, tampoco Tucán y menos Honorio, se dan cuenta del momento en que Crisóstomo abandona el lugar. Al percatarse de su ausencia con los primeros rayos de la aurora, llaman y gritan su nombre. El tiempo les da la razón. Siempre les pareció algo desquiciado, pero ahora sí está completamente loco. Desconcertados, se preguntan: ¿habrá tomado a nado río abajo?; ¿lo arrastraría la corriente?; ¿acaso terminó devorado por el Orinoco, cuando le reclamó su barca entre tristeza y greños de locura?

Inician la búsqueda, cada uno por su lado; Yavimay, por la ribera abajo; Yaguidua, en sentido contrario; y Tucán, junto Honorio, penetran con cuidado entre el verde. Es llamado a pleno pulmón, mientras piensan si enfrenta alguna fiera, una serpiente, si está perdido o definitivamente la tupida selva se encargó de enloquecerlo. Pasan las horas sin dar con el objetivo. ¿Se lo ha tragado la selva o devorado el río? Se reencuentran los aventureros y establecen nuevos recorridos; consideran que no debe de

estar tan lejos. Temiendo lo peor, tampoco descartan que su cuerpo haya sido arrastrado por el río.

En un acto de lealtad y afecto de quienes se han acompañado durante tantas lunas, lo menos que quieren es estar seguros de sus sospechas, ya que las horas sin tener noticias los lleva a caer en el peor de los presagios.

Días después, intentan decidir entre darlo por desaparecido o revisar con mayor cuidado. Pero dónde, si creen haber abarcado gran parte dentro de lo que permite el tapete agreste. Convienen hacer el último intento y, en caso negativo, continuar el rumbo caminando río abajo, ya que están tan lejos de todo en medio de aquella maraña y ahora lo importante es sobrevivir. Por fortuna, esos indígenas se han caracterizado por ser excelentes cazadores y pescadores en el río.

Aunque nada sabemos de la muerte y todo lo que de ella se imagina, poco tiene que ver realmente con ese instante inesperado que se descubre en el momento en que nos vamos, mientras tratan de dar con Crisóstomo, piensa Honorio que ojalá lo encuentren, al menos para hacerle una cruz con dos ramas, en memoria de ese compañero que quizá descansa ahora de la vida que no era para él, una persona que durante la travesía fue solidaria, incluso con esos silencios que únicamente son comprendidos por quienes llevan ventosas en el alma.

De pronto, Tucán llega a un recodo no advertido, donde se abre un raudal, y observa unos gorriones reunidos frente a un menú seleccionado que desprende un fétido olor. Al parecer, solo falta el visto bueno del rey de la bandada que desde un pedestal arbóreo controla su grupo de invitados al banquete. Desde aquel punto, el indígena lo ve todo, pero el acceso no es fácil por lo enmarañado y pantanoso del terreno, y se pregunta cómo fue a dar allí el navegante deschavetado.

Tucán llama a los demás miembros del grupo en la forma ya acordada, mientras se abre paso para acceder al lugar. No tiene ninguna duda cuando el rey de la bandada negra y brillante, con su mirada de desprecio, cuello rígido de color naranja y su ubérrima corona rosada, deja caer con sus parpadeos una membrana azul celeste que dispara muchas miradas. Espera con desdén que aquel bocado quede tostado un poco más para iniciar el ceremonial propio entre su especie, y, en la parsimonia de la dignidad que le otorgan los buitres, inicie primero su manjar, para que luego los demás procedan sobre el humano a picotazos.

Al cabo de un rato, los otros náufragos se aproximan. Se sorprenden cuando hallan ese cuerpo rígido y oscuro, inflamado y oloroso cubierto por una salsa de hormigas grandes devoradoras y asesinas que llaman “jolofas”. La sorpresa es mayor cuando, frente a esa masa humana

descompuesta, se percatan de que no es Crisóstomo sino un indígena, seguramente de una tribu guerrera, con una flecha adherida a su cuerpo y vencido por ella.

Con esa incertidumbre no descartan el peligro, y al no encontrarlo, con el pudor de los vencidos, intuyen una fatalidad que ya los acompaña. Esa fue la primera vez que Honorio dijo en voz alta, como para que lo escucharan todos, “¡tal vez aquí comience mi muerte!”, con su olfato aguzado de perdedor que descubrió con los años; y recuerda de Crisóstomo esa seca cordialidad habitual en él.

Continúan la búsqueda con Tucán a la cabeza. Aquel no pierde la ilusión de hallar vivo a Crisóstomo, y sigue río abajo sobre la ribera hasta un lugar donde dicen los remeros indígenas que hay gente de su lengua que vive en malocas pintadas con figuras. Allí pueden recibir ayuda e información sobre aquel lobo del mar convertido en un aventurero que quizá ya esté muerto.

Tucán y su grupo son bien recibidos entre los waraos, un pueblo indígena de hábiles navegantes, dedicado a la caza, pesca, recolección de frutos silvestres, en especial a la planta de moriche, que les brinda alimento y techo. Son afines en la lengua a los indígenas remeros, fundamentales en ese momento para sortear dificultades, mientras que ya se percibe que Tucán fácilmente es aceptado por la comunidad indígena anfitrión.

Escuchan, por un miembro de la tribu, que un viejo extraño a la selva fue visto deambulando hace dos lunas muy cerca del mirador del Jaguar. Los datos y la descripción permiten suponer que puede tratarse de Crisóstomo; y de solo contemplar esa incierta posibilidad, Tucán experimenta un asomo de esperanza.

Honorio, mientras tanto, siente angustia por la ausencia de Crisóstomo y el temor de encontrarse en una tribu de la que, aunque parece amigable, él duda de su comportamiento traicionero, más cuando se da cuenta de que Tucán va muy bien con ellos, y entonces piensa, en su delirio de persecución, que deben estar tramando algo en su contra, porque a fin de cuentas es el único extraño en ese paraje perdido en la selva.

Pero todo es diferente. El carisma de Tucán cala entre los nativos. Acogido por ellos, recuerda los días en que subía por el río de la Serpiente pensando en el amor, cuando la hija del cacique lo recibe con singular sonrisa, que puede ser el anuncio de su sueño, aunque luego recapacita y cree que, más bien, el encuentro con esa tribu amigable y bienhechora es gracias a la protección de la “piedra sagrada” que le entregó Garza Morena antes de partir al Orinoco. Entonces está seguro de que ahora todo es una buena señal.

Pronto acuerdan la búsqueda de Crisóstomo. Se ponen sonajeros en los tobillos como una forma de difun-

dir mensajes en la selva, porque el sonido de los pasos es un símbolo de poder sobre distancias, un llamado con música de tambores que interpretan y conocen las comunidades indígenas. Un medio de comunicación y de temor, sonido fiero y extravagante con cajas sonoras originarias de su tribu amiga los caberres, cuyo eco musical se percibe a cuatro leguas de distancia que responden los cerros y bosques.

Solidarios, avanzan tras la huella de Crisóstomo atentos a distinguir en la distancia la mínima señal entre los ruidos de la selva, porque allí se conoce de qué se trata. Lo que nunca llegan a dimensionar Tucán y Honorio es la fuerza de los sonidos y los cantos que se riegan por el espacio. Con el corrillo humano los pasos ruidosos llaman, los pájaros en bandada vuelan y trinan, las fieras se espantan. La selva es una sinfonía de bramidos, aullidos, chillidos y estridulaciones. Unos parlotean, otros ululan, y entre chirridos, gorjeos, graznidos, gañidos y gruñidos el jabalí empieza a rebudiar. Los sonajeros y tambores extienden el rumor de seguimiento y anhelo por ubicar el desconocido navegante en la cortina tupida de lo verde. Las notas auditivas hacen posible lo que la imaginación no entiende.

En esa maraña verde se perciben también los chillidos roncros, prolongados y ruidosos de araguatos. El sonido de un grito alargado y cavernoso sube con desespero

por momentos y luego se opaca con las tonalidades de una sonata salvaje. Un gritar que se escucha en las entrañas de la selva, y ahora confunde porque ese sonido extraño generalmente es una voz que predice lluvia.

Se dirigen hacia el mirador del jaguar y esos hombres se van abriendo como un abanico para abarcar mayor espacio. Con fonemas, invocan a los dioses para guiar sus pasos y que esas voces alcancen al perdido. Para ellos el jaguar enseña, llegó primero al territorio y de él partieron linajes y culturas. Lo consideran un ser supremo y de conocimiento.

Muy cerca del lugar donde se dirigen, monos aulladores y araguatos se unen a ese coro que entonan otros y para avisar que algo se avecina. Esas gargantas rojizas de grandes cotos llaman sin cesar, hacen gestos y maromas, transmiten entre sonidos gruesos su propio anuncio y desespero.

Próximo en una playa junto al ramal de un pequeño río, alguien observa pero no entiende, solo mira a uno y otro lado, se asombra con el perturbador ruido. A un costado sobre un barranco, las nutrias se resbalan y juegan con su bocado de pescados, se burlan y sonrían, sueltan y toman uno y otro mostrando con sorna que les sobra el alimento. En el puerto de las nutrias, estos animales alegres en sus playas indican su manjar a la figura des-

greñada, en una invitación con su mirada a participar entre sus burlas.

Entre el escándalo de araguatos y sonrisas de las nutrias, desgreñado y triste, come frutos el gaviro que se consume en la muerte que lleva por dentro, pues, como no pudo irse para siempre con la Nueva Esperanza, se debate, entre la neblina de su futuro sin la falca y la tormenta de su suerte.

Después de muchas horas marcadas por el sol, la comisión indígena de búsqueda se devuelve sin ubicarlo; y pensar que Crisóstomo estaba cerca, pero, entre el juego incomprendido de las nutrias y las voces roncas de araguatos que no lograron alejarlo de su locura de recuerdos, no pudo sorprenderlo el llamado de la selva, que entonado por todos él no comprende.

Por fortuna, para Tucán, en medio de su tristeza, cuando regresa a la tribu, se encuentra con Xioi y siguen los pestaños, que todos atienden. Definitivamente, la indígena atrapa su corazón con la sonrisa y es ella quien lo reconforta de la ausencia del extraviado artífice de su recorrido y de aquel momento.

Pasa un tiempo y Tucán se comunica mucho mejor. Nativos y visitantes comparten sus saberes. Tucán cuenta de dónde viene, de quiénes llegaron a su tribu y lo sucedido desde entonces en sus vidas. En sus charlas,

recuerda vivamente su mundo, habla de las olas del color del mar, de sus playas, palmeras, y de más acá. Pero lo que hace es recordar a Pirodri, y, con sus propias aventuras, dónde ha ido y lo que ha visto; para los nativos, resulta como un hombre sinigual del gran mundo más allá de su río. Cuando lo escuchan, para ellos es la voz de quien sabe, y se sorprenden de todo cuanto dice. Curiosamente, Tucán, antes reservado y así visto por muchos, se ha transformado en un hábil contador de historias, que disfruta dándolas a conocer, porque revive lo que ha visto y padecido, pero también porque se siente muy bien con quienes le permiten ser parte de su gente.

Mientras tanto, los nativos le dicen que para ellos los ríos son las venas de la tierra y senderos del viaje desde sus antepasados en el principio de los tiempos. Que los primeros seres humanos venían en canoas jaladas por enormes anacondas por un río de leche, y llevaban consigo las tres plantas más importantes: la coca, la yuca y el yajé, los dones del Padre Sol. Las anacondas traían en la testa luces enceguedoras y en las canoas jerárquicamente jefes, guardianes de la sabiduría que eran bailarines y cantores, guerreros, chamanes, y en la popa, los sirvientes. Todos eran hijos del sol. Le hablan del pueblo águila y el pueblo jabalí, de la época de la floración y las grandes celebraciones anuales.

No pasó mucho tiempo para evidenciar la fuerza del romance arrasador de Tucán y Xioi. En la tribu, para ser digna de la mano de su hombre, la mujer debe pertenecer al grupo de valientes por sus hazañas o hechos de sus abuelos o actos que permitan verlo como notable. En el caso de Tucán, si bien no conocen mucho de su etnia, sus rasgos encarnan la sangre indígena y el comportamiento que ellos buscan para sus mujeres. Además, cuando les cuenta de dónde viene, los lugares que ha conocido y esa maravillosa hazaña en los pormenores de su ruta, lo hacen ver como la persona que merece el corazón de Xioi. La aceptación se hace entre tragos de bebida con sabor dulce ligeramente alcohólica. En todo caso, el cacique aprueba siempre que Tucán se someta a las pruebas del chamán, para limpiarlo de los males y saber si está seguro del amor por la bella indígena.

Los colores de la corona y la cola de plumas, como alas en la espalda del chamán, invocan la imagen del vuelo. Las plumas son el recuerdo de pájaros que solo pueden ser vistos con esa fuente de sabiduría y conocimiento. El ceremonial se determina conforme a las fases de la luna y constituye un aprendizaje en el que cada persona adquiere cercanía con lo divino.

Hombres iniciados lo acompañan con sus coronas de plumas y pintura en el cuerpo, llevan y portan manillas de cascabel que hacen sonar al ser agitadas. Todo es mú-

sica, danza, tabaco y yagé. Entonces, le dan de tomar una bebida sagrada en una vasija ritual que previamente han limpiado con plumas escarlatas. Para unos, la bebida del jaguar, para otros, la culebra borrachera, un ceremonial que llevó a Tucán entre relámpagos de su nacimiento por un viaje a remotos confines de la tierra donde se encuentra con los amos animales fuera y debajo del agua.

El yagé es volver al útero cósmico y renacer. Es como romper la placenta y acceder a reinos donde puede conocer la muerte y rastrear la vida, a través de la sensación, hasta la fuente primigenia de toda existencia. El yagé es el bejuco de las visiones. La ayugasca, el bejuco del alma. Y caapi, un intoxicante mágico para los indígenas, que permite liberar el alma y encuentros místicos con espíritus de los antepasados y de animales. Algunos dicen que ocurren revelaciones colectivas y que bajo su influencia es posible comunicarse a grandes distancias en la selva.

En su estado de elevación, Tucán quiere preguntar a los dioses de Xioi en qué lugar se halla Crisóstomo. Y, así, llega a tierras que no conoce, de árboles altos y lúgubres llenos de musgos que forman una cueva donde le parece estar caminando por un túnel de fantasmas. La vegetación caída está podrida y forma el ambiente con sus tufos.

La tribu usa yagé con la enfermedad, con la muerte, en la adversidad y penuria, en ciertos momentos de la vida, como el corte de pelo a un niño a los seis años o cuando va de caza por primera vez, y, sin duda, antes de iniciar su partida de la aldea. También en la pubertad, cuando le perforan la nariz y las orejas, y obtiene el derecho de llevar plumas. De joven, para mejorar la técnica de la caza o para alardear de su destreza física. Siempre se usa por lo menos una vez a la semana.

En ese viaje cósmico, entre la luz y la oscuridad, los seres sobrenaturales se le presentan como espíritus que asumen la forma de animales salvajes que tratan de equilibrar las fuerzas del bien y del mal. Además, es una manera para asegurar la fertilidad de campos y su gente, y, en esta ocasión, la manera de preparar la unión de Tucán y Xioi.

En la maloca se encuentra, en lugar especial, la enredadera de la serpiente, una planta conocida como hoja divina de la inmortalidad que conduce a las puertas del azul celestial. Junto al alucinógeno, unas pequeñas bayas rosadas se utilizan en el rito. El chamán empieza con su sonajero de semillas de ese fruto, que igualmente al soplarlo transforma el corazón y las almas de los iniciados. con el yagé recuerdan los orígenes ancestrales de la vida.

Estas culturas aborígenes se hallan atadas a hilos de misterio y conocimiento de las plantas, por lo que consu-

mir hongos en un contexto sagrado y consumir algunas de ellas causa una excitación en forma de visiones de color, como es el caso de la enredadera de la serpiente.

Bajo ese efecto, tiene visiones de brillo cósmico, estrellas flotantes, láminas de color que moldean la consciencia, entre dulces voces que flotan en la oscuridad. Ve que la música adquiere formas y siente que su alma se eleva de su cuerpo. Alcanza un torrente de motivos abstractos que le hacen temer ser desgarrado por un remolino de figuras y tonalidades donde parece disolverse el iniciado.

El chamán lleva csuma negro atado a la cintura, un collar de dientes de jaguar, libras de chaquiras, una corona con halo de plumas de guacamayo y una capa de plumas de cotorra que por la espalda le cae hasta la cintura. Sus orejas perforadas lucen plumas carmesí de guacamayo. Las muñecas adornadas con hojas y los delicados diseños pintados en la cara imitan los espíritus que el chamán ve cuando ingiere el yagé. Mientras tanto, los demás toman chicha y fuman cigarrillos gruesos.

Las pruebas del chamán han sido superadas por Tucán. Ahora se organizará la unión con Xioi para después de la próxima cosecha.

Llega la fecha. Sonidos de percusión anuncian que todo está dispuesto. La gente danza, los hombres frente a

las mujeres en largas filas avanzan y retroceden, cruzan y giran de un lado a otro, golpean fuerte con sus pies el suelo al ritmo de tambores entre ritmos ceremoniales.

La fiesta comienza en la mitad de la noche con la danza del mono, que emula los ágiles movimientos cuando se trasladan de rama en rama; luego, viene la danza del tapir, lenta y pesada; después, la danza del oso hormiguero, que tiene mucho realismo en su actuar; más tarde, la danza del venado, elegantes y rápidos con pasos veloces que expresan la índole nerviosa y asustadiza del animal; continúa con la danza de la abeja, que parece como un zumbido bajo y monótono; sigue el canto de la danza del murciélago, de belleza insólita, alto, chillón y agudo como los gritos que se oyen en sus cuevas.

Tucán y Xioi son llamados al centro de la maloca. El chamán les entrega un cuenco reservado ancestralmente para el ceremonial, lleno de una bebida que toman a grandes sorbos. Frente a ellos se presenta la danza del jaguar, propia de los más ágiles, que se abalanzan, gimotean y gruñen como felinos, con sus máscaras que dan vida a dientes de madera, ojos con piedras de un color verde amarillento y patillas de caraño. Los presentes se mueven y desaparecen como en un pozo que se lleva un remolino de colores. De esta manera, con sus movimientos, los danzantes aseguran salud y fertilidad para la nueva pareja, que ya son para todos ante la misma tierra.

Finalmente, Tucán recibe el collar de dientes de jaguar, visto en sus sueños, y Xioi, una vistosa corona de plumas de papagayo escarlata.

Horas después entre los rayos de alegría por la unión de la nueva pareja, la brisa extiende los aromas vegetales de la madrugada fresca, donde aún retumban los tambores del festejo que continuará hasta el día siguiente. Tucán y Xioi pasan a una choza con techo de palma que los acoge a prudente distancia, un lugar preparado por las mujeres, en cuya entrada, con las mejores flores de la selva, alcanza a filtrarse la luna, que ilumina los besos de los amantes, y más tarde con el ópalo de fuego entre las ramas se confunden expresiones de amor y fecundidad, únicamente opacadas por cantos de las aves, que a esa hora también saludan con sus melodías a Tucán y Xioi, unidos en su nueva vida.

La pareja se ama hasta que el muslo de Xioi termina sobre el bajo vientre del navegante indígena, aventurero de su corazón. Entonces, dejan entrelazadas las piernas, heridas por la luz del amanecer, como testimonio de las horas de pasión interrumpida por el canto de las aves que riegan de sonidos ese mar verde donde nace el sol.

\* \* \*

Crisóstomo es como una planta resistente a la severa sequía en su convulsionado mundo anímico, sin rumbo, entre lluvias torrenciales por una tierra porosa donde el agua se evapora y deja pocas huellas.

Parece tener un protector divino que lo acompaña para mantener lo que de él queda cubierto por ropas desgastadas, con el sufrimiento físico del que quizá no se da cuenta ni le importa nada desde que pierde la cordura y parte con inesperada cautela sin que lo escuchen sus amigos de expedición.

Es increíble cómo se mantiene en un interminable caminar y vagar, porque descansa donde se le antoja, come cuanto puede y prueba lo que quiere. Huye con suerte de las fieras y permanece cauteloso con un palo que le sirve de bastón, arma y escudo con el que se abre paso entre la espesura natural. Por fortuna, en los años de la ruta por el río, aprendió tantos secretos de los indígenas que iban en su falca, que estos le han servido para sobrevivir, con su chaira al cinto que ha cargado siempre.

En realidad, ya no sabe si lo que ve es cierto o lo imagina, pero cree encontrar unos domos del origen de los días, con pendientes abruptas en bancos de arenisca, como esculturas abandonadas en el ejercicio de Dios en el mundo de la creación.

En el amanecer aparecen telones de niebla rasgados por el sol, entre palos verdes, se dispersan vapores del perfume de la aurora con el aire fresco y las llamas invisibles de viento acarician el despertar de las plantas. Es la hora del concierto matinal con trinos, cantos y sonidos, hasta que todo queda expuesto a la radiación del sol y, más tarde, al intenso calor.

Luego, a caminar, y continuar la ruta mientras se sostiene a punta de frutas silvestres, unas desconocidas y algunas similares con sabores refundidos en la memoria. Otras veces, la caza que aprendió de los indígenas, y después todo resulta tan tranquilo que hasta el día se cansa y termina perdido en la oscuridad con ruidos y más ruidos que anuncian la hora del crepúsculo, donde los pájaros retornan o buscan abrigo, y las chicharras con sus cantos dan testimonio de su presencia en las noches.

El viajero de otros días rema con sus recuerdos por ese mar opalino, extraño y picado de otras tormentas que para él no terminan, donde medianamente sobrevive y ni siquiera sabe cómo. Tampoco es apetecible para las fieras, incluso cruza sin miedo relativamente cerca de ellas y lo ven como un títere en los estertores de la muerte, pero nunca como un bocado en medio de su avance desparramado, porque ahora no es un extraño en ese mundo, sino un nuevo ser que flota en el fondo de sus pesares. Esos restos que se mueven al paso del aventurero,

se parecen a la falca cuando agonizó por un largo trecho con el dolor del casco pegado con caraño.

Crisóstomo resulta haciendo lo que no hizo cuando estaba con sus amigos, y, como si lo estuvieran viendo, sonríe cortésmente con un gesto disimulado y llena su mente de vagas inquietudes. Escucha voces, contesta y pelea; en su diálogo, se pregunta si acaso su amor puede compararse con el que ella decía tenerle.

Ese hombre corpulento de antes tiene ahora una sinigual figura. Aquel rostro bonachón luce huesudo con la sonrisa del recuerdo perdido. Detiene su mirada por minutos en la cortina selvática tratando de descifrar qué le dice la cotorra, y con sus cambios desaforados, cuando los araguatos se saludan, él resulta en una avalancha de frases y les pide no ser molestado en su charla con la nada, para caer luego en las garras de la melancolía y el desánimo, justo en el instante en que el ave levanta vuelo. Percibe la voz del viento que lo llama y pone una dosis de entusiasmo poco convincente en él cuando cree que le pregunta: “¿No se da cuenta de que aquí todo parece de mentira y se convierte en realidad?”

Crisóstomo, el primer quijote desaliñado, sin un Sancho que lo acompañe, pero con araguatos, fieles a sus desvaríos por la ruta, se siente por momentos en un paraíso, que es su propia pesadilla, aunque en verdad está muriendo de hambre en la travesía. Sin embargo, su con-

dición física no importa, porque quiere sanar un rincón de su alma que lo distancia del mundo verdadero.

El navegante cree que mantiene la cordura que se le esfumó, pero ya ni sabe qué le queda suyo con la falta de memoria, tanto que ahora duda si una nota que creyó escribir para su amada la dejó firmada por si algún día ella regresaba a su refugio, al saber si era cierto su viaje, o si la hizo cuando zarpó tras su partida.

No tiene claro si tomó pluma y tintero para escribirle, o si es el viento el que ahora se lo dice, como leyendo lo que Crisóstomo anhelaba para ella:

“En adelante, cuando escuches pronunciar mi nombre, simplemente sonrío y prende la tea de los recuerdos. Recuerda los encuentros en los que las miradas se iluminaron, las manos se juntaron, los labios se buscaron siempre, y luego, la presencia mutua en el pensamiento. Pero nunca olvides que juntos recorrimos el paraíso con la siembra del deseo y la pasión en nuestros cuerpos.

”Cuántas veces robé tu mirada dulce deteniendo el tiempo, y en la construcción del amor endulcé mis labios en los tuyos y me hice a tu presente. Cuando desnudé tu alma y respiré tanto de tu vida, posé mi boca varias veces sobre tu cuello, avancé sobre tus hombros y probé de tus colinas. Después, mis dedos prendidos por el fuego hicieron un bosquejo de tu cuerpo y recorrieron

tus poros tersos. Busqué el cofre de tu fragancia en la cabellera y en un remolino mis caricias sellaron una y otra vez el canal de tu arqueada espalda. Entonces, volví por tu rostro y en el caracol de las orejas dejé el eco de letras amorosas. Mis manos ardientes te recorrieron, descendieron y subieron, sembraron huellas en tu piel dorada por el viento entre ráfagas de sueños. Tus volcanes se prendieron con bocados leves coronados entre besos, me deleité en el valle de tu vientre, mis manos pintaron el amor en tus caderas y en esa curva que sostiene los pasos cadenciosos que ambicioné entre fantasías. Eras chispa y yo, madera. Nuestras lenguas se cruzaron tomando senderos de la gloria y entre voces de pasión llegamos a la cumbre sin afanes hasta dejarte mi huella en el cáliz de la vida.

”Ese nácar de recuerdos es la suma de momentos, con tu sonrisa fresca, el anhelo de más besos y el encanto de tu fuego, como el día que convinimos el adiós entre el aire de mis labios con palabras de amor entre tu cuerpo, luego de que me dijiste que lo nuestro era un imposible, aunque en nuestros corazones fuera eternamente cierto y pleno.

”Por eso, recuerda que solo el olvido es la muerte verdadera, porque en mi vida fuiste un sueño de locuras de pasión, vivencias de reconciliación entre tus senos, y de remolinos en la capitulación total de nuestros besos, que

recoge mil cerillas de días compartidos, como memoria de todo lo vivido... Fuiste fuego y yo madera”.

Entonces dice fuerte, en respuesta al diálogo que mantiene con el viento, con el bello recuerdo de su amor y la triste realidad de su momento: “Ya había escuchado eso antes y no se niegue, ni ponga en duda”, y volvió a perderse en su refugio, que era el mutismo, y no habló más aquel día.

\* \* \*

Crisóstomo permanece encerrado en sus ideas que le devoran el cerebro bajo un cielo sembrado de nubes ligeras. Parece una mariposa inquieta y pálida con sus ojos tristes de un gris muerto, y aunque la mañana inunda con su luz e invita a un derroche de alegría, Crisóstomo sigue entre oleadas de tinieblas y la desolación de su corazón. Ríe y trata forzosamente de mostrarse ante su propia soledad con una carcajada, que tampoco siente. Vive sus emociones con tal ahínco que la sensatez le resulta extraña.

No conoce el miedo y avanza como un prisionero por caminos que abre y recorre bajo el cielo soleado, unos días, y manchado de nubes negras que lloran a veces. Pero lo viene devorando su locura, mientras otro cerrado telón ante su mirada lo hace enloquecer de sed viendo todas las cosas raras en las que su imaginación repara. Por el recorrido entre aquella maraña fresca de hojas revueltas y tupidas, quiere agua y su cabeza le hace ver ríos.

Rara vez sonríe y sostiene su mirada melancólica en los sentimientos amorosos que no logra superar y lo mantienen en desvelo, con su corazón abrasado a Esperanza, y esa realidad se le ha convertido en una fijación. Crisóstomo repasa cómo era toda ella, porque permanece alojada en la penumbra entre el aleteo de sus ojos

cómplices de pensamientos, donde igual que mariposas su amada se posa siempre. Y encuentra que el amor ausente fue un verdadero regalo. Pleno en su entrega llena de detalles, caricias y buen sexo. La recuerda con un camisón desabrochado con sus pechos que invitaban a devorarlos. Pero, luego, vuelve a la ajena realidad, se envenena su sangre cuando ahoga su lengua entre sucias palabras y evita demostrar el despecho que lleva en la mirada de su silencio.

Después de que el río se tragó su embarcación y dejó a los demás navegantes con quienes vivió la zozobra de la Nueva Esperanza, resultó perdido en la selva marcado con ojeras por mantenerse despierto, entre las dolencias del alma, las débiles fuerzas de su inanición que interrumpe de cuando en vez con frutos silvestres y los sorbos que bebe de los cuencos de hojas grandes llenos de lluvia. Le resulta difícil avanzar sin tropiezos por ese tupido de verdes, sin huellas de camino, como si fuera en búsqueda de un sendero oscuro y sin rumbo.

En algún momento, siente mucha hambre y al ver unos monos comiendo hojas hace lo mismo, pero un arbusto le hizo arder las entrañas y dura varias lunas con su purga.

Crisóstomo sigue el camino de las hormigas negras y carniceras, continúa el vuelo de las mariposas blancas, encuentra polillas de piel espesa como lana, evade avis-

pas, se alerta con las culebras y se incomoda con nubes de zancudos que buscan sus ojos. Al caminar, tropieza con ramas de púas negras venenosas que dejan su piel llena de heridas, y parecen hechas con candela de un tabaco. Entre sus pasos y huellas de tristeza, olvida el uso de su voz, avanza por esa jungla cerrada y recibe caricias infieles de la brisa que entre silbos besa unas y otras hojas, donde el descompuesto hombre toma cuando llueven cristales del rocío.

Fuera del lugar donde las nutrias jugaban, las aves en bandada entonaban trinos y los araguatos, con su alharaca y gestos que nunca comprendió, quizá el sitio recién avistado es el mejor, porque tiene alimento fresco, bayas que abundan, y allí come orquídeas tiernas y pétalos de flores.

Crisóstomo se halla inmerso en otro mundo, en las aguas de un océano desconocido y hostil, y encuentra días abiertos con rayos de sol y olas de brisa que cubren su propia decadencia. Y en esa transparencia del aire escucha el lenguaje de los árboles, del agua con su cauce, de las aves cuando regresan a su nido, la voz de otros animales entre los mismos ruidos de la selva, mientras desde los cerrillos el viento arrastra nubes en el ocaso plomizo del día y estas lo envuelven aún más en ese mundo de sueños y fantasías del gris destartalado de sus pensa-

mientos, y después resulta hablando como ayer con las luciérnagas, que iluminan sus palabras.

Le llega una brisa de montañas lejanas con su clima de quebranto, percibe aromas y murmullos para descargar su ansiedad, como tratando de evadir la muerte, que lo vigila y sigue sus pasos. Otro día, y con la luz de la tarde un velo forma cierta transparencia igual al estremo del mundo. Después, en busca de un refugio, bandadas de loros pasan con dirección a las estribaciones de la sierra y la noche se abre al baile de diminutas linternas voladoras que llevan la esperanza de la vida y la luz de la sabiduría.

Crisóstomo abre caminos de garabatos parecidos a la rúbrica del diablo, entre ese follaje de aromas y bochorno, hasta desembocar en un claro maravilloso entre unas ceibas sombrías y viejas donde se deshacen cámbulos en flor que son juguetes de hadas hechos de nácar, floraciones gigantes de lilas, rosetones amarillos, y de árboles cargados de bejucos floridos de rojo y violeta.

En ese paraíso escondido por Dios, sobre la ruta invisible de lo que queda del gaviero, la brisa mueve las ramas de los árboles, mientras Crisóstomo agita sus machacados pensamientos y sigue sin rumbo como persiguiendo al viento. Avanza por el monte espeso trozado de hambre, con las ropas en girones y rostro de fatiga cuando descubre un panal de miel de abejas. Mete sus

dedos por entre los palos del tronco, recoge el manjar y chupa aquella viscosidad dulce, y luego parte un cuenco vegetal para beber granos de rocío que allí duermen. A continuación, enrolla en una hoja de platanillo que unta de miel para empalagar su paladar.

Más tarde, se escucha a lo lejos un trueno que se extingue en la oscuridad de la maraña. Unos rayos parten la noche y lloran gruesos goterones, mientras Crisóstomo, inmóvil junto a gajos de un árbol grande, se protege y otras iluminaciones dejan ver las hilachas de los trapos pegados a su cuerpo por la lluvia.

Pasan las horas y con ella la tormenta, las aves profanan el silencio con sus gritos apacibles y en desbocada carrera de alegría inauguran su primera ruta del día. Crisóstomo ya no sabe si aquellas auroras con brizna de niebla son ciertas, si acaso su agrado ahora resulta por las charlas que tiene con el viento, el gusto por la cena silvestre, las visitas de los insectos con luces nocturnas, o si es por la protección de ese monstruo que antes veía entre las olas de su mente y terminó siendo su morada junto al árbol más grande de aquel bosque de lupuna donde todo lo atrae.

En la noche, vuelve y baila con el sonido del agua en ese paraje, imagina y aplaude misterios visuales que celebra con frutos silvestres y charlas con la brisa. El lugar es respetado por comunidades indígenas que poco

frecuentan, porque saben, por el viento, los enigmas que allí se mantienen.

Los indígenas han visto aquella zona con prevención y peligro, porque, según la tradición oral, quienes han intentado penetrar allí nunca regresan. Algunos dicen que es un laberinto sin salida, y para otros es un sitio establecido por sus dioses para proteger el territorio del jaguar.

Según los nativos, en sus historias ancestrales, es un sitio lleno de encantos en las noches de luna donde han visto sombras de seres vivientes, comarca de hechizos y duendes. Ellos admiten la transmigración del alma del ser humano a los animales, reencarnación a otro ser vivo o a otro cuerpo inanimado, en función de los méritos alcanzados en la existencia anterior. En los piaroas, el tapir es abuelo de ellos; el alma del moribundo emigró en su cuerpo, por eso nunca lo cazan ni comen su carne, como tampoco la del jaguar, al que mucho se le teme. Si un tapir aparece y vuelve a pasar por sus conucos, o daña sus cosechas, no intentan siquiera espantarlo, apartarlo o asustarlo; más bien, abandonan el lugar y ellos se marchan a otra parte.

Para la época de las migraciones del pecarí (un jabalí pequeño siempre en grupo), y de la palometa y el morocoto (unos peces exquisitos del que obtienen una harina comestible), la tribu indígena se viste con adornos de plumas, dientes y espinas; sus miembros se reúnen

para un rito nocturno invocando los animales por cazar o pescar. Antes de salir, al anochecer se unen alrededor de la choza del cazador más hábil, quien recuerda la historia de sus predecesores, enaltece sus virtudes en cantata, menciona el ataque y la victoria y pregona sus propias hazañas.

Hace poco, unos arriesgados caminantes de la tribu, con sus cerbatanas y aljabas de flechas venenosas para la caza, caminaban cautelosos de tal forma que ni las hojas caídas crujieran bajo sus pies, sus oídos permanecían atentos al mínimo sonido, y sus ojos de lince se mantenían al acecho para descubrir la caza en la densa sombra. Luego de pasar por unos árboles de ramas vigorosas invadidos de lama gris, entre el aroma de otras flores de color intenso, con sus pétalos frescos, hojas de tonos verdes y anaranjado, manaba una miel transparente, mientras cientos de hormigas avanzaban con su carga de trabajo por aquellos palos rumbo a sus galerías.

Más tarde, ya entrada la noche, escuchan primero unas voces como de ultratumba, en una pelea furiosa con el viento. Viene un pálido silencio y, armados de sus cerbatanas, tratan de disimular su asombro cuando ven una sombra alta, de piernas largas con una corona enmarañada en su cabeza de donde salían sonidos raros, que desapareció rápido entre la frágil luz de luna. Entonces, al ver esa figura extraña, los caminantes recuerdan

lo enseñado por los viejos de la tribu y apuran sus pasos sin mirar atrás la silueta que aparece cada vez con más frecuencia en el territorio del Ojo del Jaguar. Ellos están seguros de que es el alma de sus ancestros, encarnada en un ser fantasmal.

Entre tanto, Crisóstomo vive, después del naufragio de su falca, todavía más disperso. Por momentos, se inquieta y persiste en la carrera de su loca aventura, porque ahora, más que nunca, parece como tierra seca con enormes grietas que necesita ser regada con el agua del perdón, ya que entendió que el amor por Esperanza es como el trapiche a la molienda. Pero, al final, vuelve a enfrentarse a la duda, y no sabe si mantenerse en aquel lugar de sombras que, sin saberlo, convirtió en su morada, o continuar abriendo trochas en un intento más por que triunfe el olvido.

\* \* \*

La comunidad indígena tiene arraigo por las costumbres de sus antepasados, que les enseñaron razones de su existencia, ritos y costumbres. Un grupo, nómada por naturaleza, que tras establecerse temporalmente en algún lugar va borrando rastros. Sin embargo, cuando encuentran zonas aptas para el desarrollo de sus cultivos, siembran esas tierras y continúan su ruta para regresar después de ocho lunas llenas a recoger su cosecha.

Cerca a donde están ubicados, existe una hermosa serranía que parece encantada y cambia de color de acuerdo con la hora del día y las condiciones de luz. Por momentos, se ve negra y parda, a ratos, café, más tarde se enciende y vuelve amarilla, después se prende de escarlata y termina en cuajarones naranja entre cantos naturales de agua y sonidos de aves.

Es el territorio del Ojo de Jaguar. Allí los cirigüelos, unos pájaros de plumaje negro, abren el pico en busca de aire frente al sol canicular, que parece derretir sus picos como si estuvieran moldeados con cera de abejas. Pero la magia del sitio se aprecia no solo en plantas, animales y sonidos arrastrados en el aire. Es toda la espesura, donde resalta el cerro, que, como un camaleón con su larga y pegajosa lengua, se traga al que llega y cuando cambia de coloración protege su belleza.

Un santuario de fauna y flora, perdido en la inmensidad de ese mar vestido de colores, como forma de mantener su esencia, ahuyentar intrusos y ocultar secretos, y donde, por revelaciones de nativos, reciben cada vez más señales notorias del mensaje de dioses, a través de luces vagas que aparecen, se esconden y regresan, particularmente en las noches de luna. Un sitio de sombras densas que se extienden entre ruidos que llevan el anuncio de las deidades.

La comunidad indígena averigua con sus ancianos cuál es el significado de los ruidos que algunos aseguran escuchar últimamente con particular intensidad. Ellos se reúnen en consejo y dicen que son las voces del alma de sus ancestros, porque cuando mueren siguen iluminando el corazón de su prole. El viejo chamán cumple los ritos para poder guiar a sus hombres, y al preguntarle la razón de la presencia misteriosa responde que son sus dioses que reclaman acciones devocionales ante el olvido, por lo que se debe aprovechar la abundante cosecha y hacer ritos de elevación espiritual.

El sitio de apariciones frecuentes toma fuerza y respeto en la comunidad, y entonces, por decisión del consejo de ancianos se determina en un lugar cercano al cerro del Ojo del Jaguar hacer el próximo ceremonial con invitación de otras tribus cercanas, ya que la cosecha será generosa y debe ser compartida con todos.

El cacique acoge el señalamiento de sus guías y, entre mensajes de tambores, impone su decisión en el clan. Ordena anunciar la cosecha grande y que las mujeres se encarguen de las bebidas fermentadas para la reunión que esperan todos con devoción; manda preparar regalos y envía emisarios para hablar con sus amigos nativos.

En la época determinada, los piaroas traen leche de seje, carne de mono y granos; los waroas, huevos de tortuga y pescado; y los puinave llevan aves, casabe y carne de lapa. Todo para la celebración de alabanza a la comida de la tierra, en agradecimiento a sus dioses porque no se sufre de hambre o janipa.

Empiezan a llegar los invitados de diferentes lugares, como está previsto. Unos, por la ruta del río grande hasta el punto conocido como el ramal de los Araguatos, donde los indígenas utilizan un puente colgante de materias vegetales para su paso. Otros, por el sendero oculto en medio de la espesura con laberintos de bejucos y árboles gigantes, tapetes de hojas ocre, flores de colores, y el olor fresco de la selva húmeda, entre música de aves. Avanzan en fila india, una forma de desplazamiento indígena cuando se trasladan a pie uno detrás de otro, como estrategia y defensa por senderos abiertos en el paisaje. El primero abre paso, mientras que los demás van pisando sobre las mismas huellas dejadas por quien

encabeza la fila. El último miembro va borrando las huellas para no dejar rastro.

En esa espesura, lo real parece onírico, pero tiene explicación y significado, con el encanto de plantas, luces y ruidos en una visión fantasmagórica de todo, donde las hojas caídas y maceradas como emanaciones del verde, y otras lanceoladas de color morado, llamadas por algunos “gajos de fortuna negra” y por otros “pegapega”, permite a los hechiceros percibir el paso de los escogidos como guía de sus pueblos.

Entre tanto, Crisóstomo sigue navegando en su mundo solitario comiendo pétalos de flores con agua endulzada con el fruto del hogar de las abejas que brilla con la luz del sol entre la jungla. Ahora no pelea con el viento; más bien, se encuentra tranquilo con el ruido de tambores a lo lejos, y coronado con raíces y plumas de aves coloridas, que hacen recordar al cacique de la tribu que les dio caraño para reparar su falca en el lugar hasta donde penetraron en la ruta del río de la Serpiente.

En la tribu, el banquete es generoso y luego viene un derroche de licor de cogollo de la palma, un brebaje embriagante que toman sin medida los anfitriones y degustan animadamente los indígenas visitantes. Hay bebida suficiente para varios días, entre danzas en la maloca, ritos musicales de la tribu y representaciones de los invitados. Es el agradecimiento al dios de la vida y las cosechas,

de las aves y las fieras, del agua y el viento. Es el culto al espíritu que deambula cerca al cerro del Ojo del Jaguar, al dios que sirve de guía, recoge lamento, se muestra entre frágiles luces y los observa entre continuas sombras.

En la segunda noche, sigue el jolgorio y los indígenas se dirigen a la ceremonia especial prevista en proximidades al territorio del jaguar, nunca antes celebrada allí, pero se deben cumplir las indicaciones del chamán como culto a los ancestros que, según las voces recibidas, reclaman por su olvido.

Se despeja una zona en el sitio preparado con ramas y hojas secas para hacer fuego. En la celebración, se presentan a su alrededor danzas conocidas por generaciones, y consumen bebida fermentada que los hace delirar entre el culto a sus rituales viejos. Y la luz de la hoguera produce leves chisporroteos de llamas que indican el comienzo del ceremonial.

Crisóstomo, en su mundo escucha ritmos entre luces y reflejos. Se acomoda y encuentra que ahora sí es verdad que el viento responde a sus palabras, mientras los brazos oscuros de los árboles bailan con el eco de tambores y la cadencia de la brisa. Se levanta y da pasos en compañía de luciérnagas. Cuando lo hace, el sonido es mayor y viene el éxtasis por los coros de contemplación que, sin él saberlo, lo observan como una sombra. Los ojos de nativos brillan expectantes en la noche entre

inconfundibles emociones y miradas que erizan la piel con agujas frías de sorpresa y locura cuando ven al fondo una extraña figura. Para las comunidades indígenas, no hay duda de la presencia de su dios que se pasea entre tinieblas, frente a los árboles de lupuna, y, según la tradición, es una prueba clara de que espera las ofrendas para responder el mensaje de mejores días.

Conforme lo indican los cánones ancestrales, en cestos de fibra vegetal, entre ritos y danzas, frente a ese lugar donde divisan la sombra, los nativos han creado un altar entre bejucos, para depositar pedazos de su alma y de la tierra en mochilas tejidas especialmente por mujeres del clan, con muestras de bocados preparados, hormigas e insectos tostados, casabe y fermento líquido. Igualmente, dejan chinchorros tejidos con paciencia, adornos de chaquiras y pequeñas tallas de madera. Es la expresión de agradecimiento a sus dioses, que permiten la alegría de unos, comprenden la esperanza de otros, entienden del tormento de furia por parte de los hombres, conocen el llanto apagado de mujeres, otorgan protección y abundancia en las cosechas de la tribu, fortalecen con garra para la guerra, pero, especialmente, conceden sabiduría a sus ancianos y chamanes como guías espirituales de la tribu.

Cuando Crisóstomo se mueve entre sombras, hay júbilo y algarabía. Entonces, el chamán, que realiza pre-

viamente su acto de iniciación ceremonial con hierbas solo conocidas por unos pocos, extiende sus brazos como reza la tradición oral, se acomoda su corona de plumas, ordena el silencio de tambores y todos rinden culto en un ejercicio de genuflexión frente al dios que invocan.

Mientras tanto, aquella figura entre las sombras permanece expectante al fondo antes de empalagarse otra vez de miel y agua, con el eco de tambores que cree percibir a los lejos, mientras se imagina danzando con su amada e intenta, en la penumbra, algunos movimientos descompasados y termina torpemente bailando con la brisa. Ante el hecho, unos nativos llevados por la veneración de sus raíces y otros tantos por la embriaguez descomunal de la celebración creen tener visiones de su dios; crece el éxtasis colectivo y el chamán ordena que suenen los tambores otra vez e indica que esas señales inequívocas del dios son de aceptación ante la presencia de la tribu y sus ofrendas. Crisóstomo, como otras veces, lanza y profiere palabras sin sentido. Unos sienten pavor y otros se contagian del contacto del alma con la divinidad cuando escuchan sonidos de ultratumba de una voz misteriosa que se pierde en la solemnidad de la noche.

Algunos visitantes creen que aquella figura amarrada, que se desplaza en la penumbra, encarna la cuaima, mortífera, serpiente del Orinoco que amplía sus

anillos devorando presas, ya que entre sombras aquellos reflejos son interpretados por cada uno como sus temores y creencias.

En la mente descompuesta del navegante pasa la imagen del sol fulgurante cubierto por nubes que no le dejan ver la luz del astro rey. Entre tanto, los nativos, en esa representación ante sus ojos ven su dios entre sus luces, y cómo una sombra oculta el rostro, mientras el aire sopla hacia el cerro del Ojo del Jaguar deteniendo todo ese misterio.

El varón aventurero posa desgajado y levanta los brazos tratando de encontrar una explicación a ese panorama que se le parece a una caldera hirviendo donde caballeros con armadura y furia se atacan por doquier. Entonces, los indígenas reconocen entre tinieblas la figura del dios que alaban, el mismo que el chamán dice en el conjuro espiritual de las yerbas que está reservado solo a los guías de la tribu, y ahora hace una presentación excepcional. Desde el fondo, la figura desgredada, tanto o más que la bandera de la falca Nueva Esperanza, se desplaza hacia ellos entre la niebla que empieza a bajar de la serranía, y ese acto determina la estampida colectiva del lugar.

Los ruidos y gritos de pavor detienen al hombre de las olas que navega y zozobra en ese mar oscuro de la noche. Hasta el chamán corrió, porque sabe que su co-

municación únicamente puede darse bajo determinadas condiciones, como imponen los ritos ancestrales. Todos huyen con sensación de angustia por la presencia extra-sensorial. Para ellos, no hay duda de que se trata de una revelación divina. Y desde entonces, circula entre las tribus que esa sombra al reflejo de sus luces y al son de sus tambores es la propia expresión del dios de sus mayores.

Aquel navegante perplejo de lo que ni siquiera entiende, después de ver todo más tranquilo, se dirige entre sombras hacia esas llamas que dejaron ardiendo no muy lejos. Al llegar, encuentra el presente de los nativos para los dioses y, como no sabe qué sucede, lo revisa y lo lleva del lugar.

Del grupo, habían quedado un par de valientes visitantes refugiados al amparo del humo de fogata, y otro de generosos borrachos anfitriones. Los primeros advierten que hacia ellos camina una representación que a lo lejos parece de carne y hueso, pero en sus movimientos soporta los sufrimientos de su pueblo. Se dirige a paso lento y por su vestimenta parece como si fuese un conjunto de rayos iluminados en una nebulosa, y que no puede ser otro que la revelación divina a la que rinden culto los nativos. Ya lo escucharon de ellos; en ese punto, existe una particular energía con el dios de sus ancestros. Al ver esa silueta aún a los lejos, la cual describe todo lo que vieron,

están seguros de que es el dios que alaban y veneran desde antaño. Y salen en volandas a contar lo sucedido.

Los indios beodos, entre los gritos, salen de su letargo etílico y cuando ven una figura desalmada de cara larga y demacrada con una corona de flores y raíces en la cabeza no saben si es el fruto del fermento consumido o es la realidad del dios ancestral, que les reclama por sus actos. Entonces, igual que los visitantes, corren lejos hasta el bohío donde se han reunido.

Los visitantes que vieron la figura escondida relatan todo, dicen a los demás indígenas que, al acercarse, les pareció un rostro extraño con cuencas iluminadas como unas esferas brillantes en una calavera caminante que los mira desde su profunda oquedad. Los dos indios borrachos y pálidos rompen su mudez entre gritos y señalan también la visión que han tenido. De esta manera, tienen clara aquella presencia fantasmal, que se corrobora por el rostro de espanto de los dos visitantes y el de la cara descompuesta de los anfitriones, que regresaron presurosos. Todos vieron entre sombras la divinidad.

La última palabra la sentencia el consejo de ancianos y los chamanes como eruditos de la tribu: los dioses se respetan y se deben dejar quietos. El lugar es sagrado a partir de este momento y quien ingrese sin permiso será condenado de manera ejemplar.

Unos dicen que vieron al fondo la corona de plumas de un indio; otros, que tenía llamaradas en su mirada; algunos hablan de una vestimenta ajena y extraña, como debe de ser la del mundo de los dioses, pero desde entonces empezó a crecer la voz de que en el cerro del Ojo del Jaguar se divisa una luz que gime y se traslada cuando los pueblos nativos olvidan rendir culto a sus ancestros. Es un reclamo y mensaje de la extraña presencia visitante.

Los pueblos invitados llevan esas vivencias con imágenes detenidas en la memoria de todos y al llegar a sus territorios están seguros de que ese dios de las tinieblas también los visitará algún día y permitirá ser visto en sus tribus cuando se les rinda culto a sus ancestros.

\* \* \*

En la selva se vive un mundo diferente que parece irreal, en muchos casos, y los indígenas de ese verde misterioso siembran historias en la tradición oral de sus comunidades.

El Poirá, con sus pies torcidos, lleva en la cabeza un brasero ardiente que no se le apaga ni al sumergirse en los remansos, y se le ve en tránsito con su carga de ceniza prendida.

Otros, como la sacerdotisa, celadora de manantiales y lagunas, vive en el riñón de la selva, exprimiendo nubes y encauzando filtraciones; y la indiecita Mapiripana en la felpa de barrancos, con perlas de agua que son su tesoro y vierte en los grandes ríos. Gracias a ella, el Orinoco y el Amazonas tienen tributarios.

La Mapiripana tolera la cacería en los indígenas con la condición de no hacer ruido. Si no cumplen su mandato, ella asusta los animales para que no los puedan cazar. En cambio, marca la huella de un solo pie en el piso húmedo por donde pasa, y deja el talón hacia adelante como si fuera retrocediendo. Lleva en las manos abanicos de palmera, grita en la oscuridad de las espesuras y en noches de luna llena costea playas y navega sobre una concha de tortuga tirada por toninas que mueven las aletas mientras ella canta.

La comunidad indígena repasa con los abuelos, y visualiza su historia a través de yagé, cuando un borracho con jugo de palmas espera que la indiecita baje cierta noche de los remansos del Chupave, para tomarla y quemarla, como forma de acabar con la superstición. En la arena de un recodo de playones, la ve robar huevos de terecay y al fulgor de la luna llena advierte que está vestida de telarañas y la sigue, lujurioso. Empieza a seguirla, pero la mujer se le escapa en las tinieblas, al tiempo que la llama con premura y el eco con engaño le responde. Así, ella lo va internando hasta conducirlo a la soledad de una caverna donde lo retiene.

Como castigo a la lujuria, chupa sus labios y hace rendirse, mientras el infeliz pierde sangre y cierra los ojos para no ver el rostro peludo de un orangután. Finalmente, ella queda embarazada y tiene unos aborrecibles mellizos: vampiro y lechuza. En su desespero por el engendro de esos seres, el hombre se fuga de la cueva, pero los propios hijos lo persiguen, y de noche, cuando se esconde, la lechuza lo refleja y el vampiro lo hace sangrar mientras enciende unas lamparillas verdes parpadeantes.

Al amanecer, continúa su marcha, desde la laguna Mapiripana, sale por tierra al Guaviare y luego remonta una canoa que halla en un varadero, aunque le es imposible vencer el salto de agua de Mapiripán, porque la

indiecita enfurecida coloca en la corriente enormes piedras. Desciende por la hoya del Orinoco, pero lo atajan los raudales de Maipures. Vencido en su propósito de fuga, regresa a la cueva con la guía de los foquillos de la lechuza, y cuando llega ve que la indiecita le sonrío desde un columpio de enredaderas florecidas; él pide que lo defienda de su progeñie, y cae sin sentido cuando la Mapirita pregunta: “¿Quién puede librarlo de sus propios remordimientos?”.

El hombre se entrega a la oración y penitencia. En su agonía, en un lecho de hojas y líquenes, la indiecita lo encuentra tendido de espalda, él agita las manos en el delirio, como quien trata de atrapar su propia alma en el aire. Totalmente demacrado, muere y queda revolando en la caverna como una mariposa azul de inmensas y luminosas alas, que es la visión final de los que mueren de fiebres en la selva.

Así son las historias que marcan vidas en la selva, las que se transmiten de generación en generación para formar líneas de conducta y vida, normas que se imponen en el clan y subsisten en las comunidades en su paso por el tiempo bajo el fulgor de la luna, que unas veces anuncia lluvia de estrellas que presagia, pero donde la oscuridad siembra ilusiones con el despuntar del nuevo día.

Crisóstomo no sabe que resulta siendo fuente de luz espiritual para los indígenas. Persigue nubes endemo-

niadas pinceladas de ópalo y de rosa al momento en que se hunde el sol en la lejanía, entre la sinfonía natural de ruidos nocturnos y el tejido de rutas oscuras de almas voladoras que alumbran su ruta por instantes. Camina bajo el faro de plata de la noche, entre crispadas olas de su mente divorciada de la razón, donde permanece una lánguida y efímera flor marchita por la ilusión de su amada.

En el soto virginal de selvas interminables, se filtran luces, destellos que afloran y Crisóstomo sigue por trochas inexistentes, vaguadas profundas y caminos ocultos, con su cuerpo cubierto por ropas rasgadas, lejos del vigor del legendario enamorado que se refugió en la aventura, y del cual no queda sino la huella torpe de sus pies descalzos que soportan su escuálido forro de demente.

Avanza por breñales inhóspitos sin rumbo, lejos de una hoguera y sin más lecho que el abrigo húmedo de la jungla; atraviesa aguas pantanosas y pasos con el agua a la cintura, donde el famélico hombre termina como un triste pabilo de vida entre ráfagas del viento mítico de comunidades indígenas que hacen de su presencia una visión fantasmagórica de un dios entre las sombras.

Y cuando Crisóstomo decide vagar lejos de los árboles de lupuna bajo el nimbo de la luna, el cacique con su corona de plumas, collares, cintas de corozos y unas piedras de color rojizo anaranjado (cornalinas), embijado el

rostro con achiote y miel, aspira el polvo del yopo, se introduce en la nariz sendos canutillos, en una ceremonia donde únicamente se hacen presentes los miembros del consejo de ancianos de la tribu, pregunta a sus dioses qué sucedió con aquella luz que los acompañó para la última celebración de la cosecha grande. Desde que se acabaron sus manifestaciones nocturnas, es como si aquella fuente de protección de sus mayores los hubiera dejado, y se vienen presentando comportamientos opacos y tristes en su comunidad.

El cacique está preocupado desde que unos pequeños de su tribu desplumaron un martín pescador, y cree que esas acciones son una clara violación de sus costumbres y tradiciones.

La corona de plumas de guacamayo rojo en la cabeza del jefe indígena refleja la dignidad ganada ante los miembros de su tribu, pero el adorno plumífero que lleva en el pecho es su verdadera identidad y esencia. Es un pectoral formado con un ramillete colorido de plumas de martín pescador, cuyo plumaje de la parte superior es azul cobalto; las plumas de la cabeza son verde azulado y las demás tienen una banda de aspecto irisado; las alas son verde esmeralda y sobre ellas se destacan unos puntos de color azul pálido en las plumas más grandes y en las medianas, las de la cola son verde azulado, que es la tonalidad aparente que muestra todo el cuerpo del

ave, y unas manchas blancas en el cuello, en cuya parte inferior son castaño vivo con tonos naranja.

Los indígenas creen que en su alma residen distintos animales; y la del cacique, dicen que se asemeja al martín pescador. Según ellos, puede morir de sugestión al haber contemplado el ave sin vida. Cuando el cacique encontró el ave muerta y desplumada, entró en cólera al presentir su propia muerte, reprendió a los muchachos y advirtió un severo castigo para los padres al haber permitido la ofensa. Luego tomó sus flechas y amenazó con la macana, mientras que el séquito que lo seguía daba alaridos entre cantos fúnebres y lamentaciones como presagio de desgracia, hasta que las mujeres se atrevieron con miedo a recoger las plumas y las soplaron en el aire.

Advertido pronto el padre de la situación creada por sus críos, ofrendó su vida por ellos, tomó un brebaje extraño al advertir la sentencia que se le venía encima, cubrió la cara con sus manos y se arrojó al suelo, donde se retorció, como si presentara convulsiones epilépticas, y empezó a dar sollozos de despedida entre besos a la tierra, mientras dejaba manchas con espumarajos. Después quedó rígido, ante el asombro de las mujeres, y un miembro del consejo de ancianos le echó rescoldo en las orejas para evitar la premonición del cacique, acabara su lamento y lo conectara con sus dioses para conocer cómo debía direccionar la tribu.

El consejo de ancianos considera que se debe realizar pronto un rito de purificación para el cacique y se determina hacerlo en la siguiente luna llena. Llegado el momento, los viejos, con sus saberes, acompañan en el punto donde divisaron tantas veces las luces fantasmales. El cacique aspira el polvo del yopo, mientras los consejeros viejos invocan a sus dioses ancestrales para que sean guías que iluminen al cacique, acaben las acciones equivocadas contra su dignidad y logre nuevamente el respeto aprendido de los mayores. Terminadas las prácticas establecidas para ese particular momento, se acercan un poco más a los árboles de lupuna con teas prendidas de pechugas gordas de guácharos sacrificados para esa cita, y encuentran unas piedras extrañas y objetos raros en una bolsa de cuero.

Eran unas joyas que fueron parte de las obtenidas por Honorio de un sirviente que coaccionó para que las hurtara a María José Ovando, delató, luego entregó y finalmente propició su muerte sin vacilación alguna. En cambio, señaló en su favor, que el indígena pretendió asaltar su buena fe y ofreció las piedras, cuando era la estrategia del español, para obtener prebendas del gobernador Ovando. Además, Honorio, antes de develar su trama, sacó con habilidad y guardó en un pequeño saco de cuero tres piedras preciosas y un par de figuras de oro.

Aquella bolsa, además de una brújula, fue el pago voluntario que hizo Honorio a Crisóstomo cuando tomó la ruta del Orinoco, donde también iba como guía Tucán, el de sangre indígena que terminó por sembrar su estirpe en el mar verde, al otro lado del sol.

De las piedras preciosas, la gema roja la entregó el navegante descorazonado en agradecimiento al cacique, que los ayudó a curar su falca, con la manifestación de que esa piedra los haría invencibles. Las otras dos, el topacio que encarna fuego, franqueza y sabiduría, la gema verde que lleva implícita esperanza, armonía y curación; las figuras de oro, símbolo de ostentación y riqueza; y la brújula, inservible con el significado de la fragilidad humana, fueron el imborrable olvido que dejó Crisóstomo entre árboles de lupuna después de que los indígenas empezaron a rendir culto a las apariciones de sombras y luces, que resultaron veneradas por piaroas, waroas, pui-naves, comunidades indígenas para quienes las visualizaciones nocturnas son representación de la Cuaima, gran serpiente del Orinoco.

Esas hermosas piedras de colores y objetos encontrados son recogidas y entregadas al cacique, como demostración inequívoca de la presencia de los dioses de los mayores en ese lugar, más cuando fue hallada la mochila tejida por las mujeres de la tribu donde ofrecieron

viandas a ese espíritu de las sombras en la última celebración de la cosecha donde asistieron etnias cercanas.

El hecho es interpretado por los consejeros como un divino llamado para rectificar ciertas acciones en el clan, para tener nuevamente la presencia sagrada. Finalmente, cacique y consejeros determinan en el sitio un tabernáculo, y mantener las estrictas indicaciones impuestas después de las recientes apariciones sagradas.

Al regreso de ese lugar de adoración, el cacique es recibido con un acto de desagravio que señala el consejo de ancianos, donde están dispuestos todos a las determinaciones del jefe indígena y a la promesa de no reincidir en ninguna violación a las tradiciones de oralidad ancestral para retomar nuevamente el sendero de la armonía colectiva.

Los indígenas empiezan a girar en lento círculo, al compás del sonido de un instrumento de viento fabricado con calabaza y otros con cañas, sacudiendo el pie izquierdo cada tres pasos. Forman un anillo donde confluyen todos con el único objetivo de pisar un solo punto en el suelo, bajo el lamento de chirimías y el paloteo de tambores. Se oye el son de la música y el resollar de los danzantes, tristes como la luna en invierno y mudos como las aguas mansas de un río que se come las orillas de un barranco. Luego, las mujeres, que están silentes dentro de otro círculo, toman las cinturas de sus hombres y, al

mismo paso, con súbito desahogo vitorean en coro una tonada fúnebre que estremece la selva.

Ya con el cacique en el bohío grande, el más viejo del consejo de ancianos exige silencio y el cacique presenta una artesa llena de pétalos de flores, y sobre ellos el recado dejado por los dioses. Muestra a todos, como mensaje precioso las piedras, las figuras de oro y aquel artefacto nunca antes visto por ellos. Indica que ese lugar de manifestación de sombras será especialmente sagrado, entrega al consejo de ancianos los elementos encontrados, como depositarios de su significado y para ser transmitido a las futuras generaciones; ordena el cumplimiento estricto de las normas de respeto y tradición, determina la celebración de la fiesta grande de sus cosechas para dar a conocer la presencia de esas sombras en su territorio con invitación a tribus amigas y cercanas, a piapocos y guahíbos, banivas y barés, cuivas y carijonas, huitotos y sálivas. Después de su intervención, acepta unos sorbos a pico de las taparas de chicha mordicante, y luego se retira en absoluto silencio.

\* \* \*

Siguiendo las órdenes del cacique, aquel lugar del en-diosado navegante, es protegido y visto como una zona de respeto y veneración, donde solo pueden acceder, en lo sucesivo, los chamanes, para los ejercicios espirituales con sus dioses ancestrales.

En el enmarañado verde, el navegante, en un momento de cordura, recuerda lo sucedido en el árbol sagrado de lupuna cuando entre viandas deleitó su paladar, entre el sonido de tambores a lo lejos durante varios días cuando culminó la celebración de la cosecha grande en honor a sus naturales protectores.

La adoración que recibió al acercarse al sagrario lugar de bejucos, donde vio productos de la tierra de esas almas que le ofrecieron bocados de la fiesta entre tejidos vegetales, constituyeron para Crisóstomo su fuente de energía, reencuentro con el alimento cocido agradable a su apetito y la bebida fermentada que alivió la embriaguez de su locura. Esa comida fue su bendición por varios días en que degustó comida al fuego, casabe, licor de palma, y, durante algunas semanas, hormigas e insectos tostados. Llegó a sentirse pleno, como no sucedía hace mucho.

En la imaginación turbulenta del aventurero, en ese mundo de ensueño, pasan imágenes del indómito lugar

donde las voces de vida, sonidos de percusión, tufos de verdes húmedos y delirios de sabores quedan insípidos en la madeja del tiempo, que se lo viene tragando sin notarlo, hasta que termina en el recuerdo vago del baile de los árboles y la presencia de monstruos que se cruzan hace rato en el limbo del espectáculo que vive su mente.

Después de un día caluroso, decide ir en busca del torbellino de fuerza arrolladora de una caída de agua que divisa a lo lejos. En la ruta, encuentra árboles que dejan al descubierto raíces en barrancos y halla en la tupida vegetación una mezcla de aromas semejante al olor del polen y de miel con un acento vegetal muy marcado. Avanza a pasos cortos, evita tropezar y dobla la cintura para pasar por debajo de gruesas ramas de la trocha.

Crisóstomo, con sus raídos trapos colgados en un clavo largo y torcido que se volvió su cuerpo, con la piel rayada por la vegetación, tiene hundidas en la lejanía sus tristes pupilas que van tras dos pequeños senos cubiertos de verdura, coronados por nubes grises. Lleva refundidas carcajadas desde hace muchos soles y con su figura silenciosa más parece pertenecer al entorno agreste de las fieras, mientras de los tupidos bosques recoge y consume una especie de bayas. De pronto, se le escucha su risa sin motivo, y resulta tan extraña que hasta las aves se espantan y toman vuelo ante su voz atragantada.

Se detiene, agacha y revisa en un claro el mundo de las hormigas grandes con sus cargas de trabajo. El silencio es elocuente. En un momento, pasos sigilosos vienen al acecho; se escucha que en el tapete húmedo trituran frágilmente unas hojas secas traídas por el soplo del viento, y una fiera deja marcas en un territorio con su nombre, por las huellas de sus cojinetes anchos y redondos que quizá buscan una presa para lanzarse sobre ella en emboscada.

Es un jaguar de hermosa piel fina y lúcida, con su pelaje amarillo anaranjado y manchas negras irregulares que forman una cubierta de rosetas, que son su identificación particular y camuflaje; carnívoro que vive entre manglares, bosques y áreas montañosas, pero prefiere las bajas selvas tropicales, que tiene excelente visión binocular, particular oído y olfato, fuerte e inteligente, hábil para cazar venados, tapires, carpinchos o pecaríes, aunque las uñas retráctiles de sus patas le permiten especiales bocados de aves, peces, primates, serpientes, perezosos, jabalíes y caimanes.

Aquel jaguar permanece oculto sobre un árbol, cuando su agudo sentido de la vista le deja ver una hembra estirada entre los matorrales, que repasa entre pestaños de absoluta calma con su rosada lengua los costados de su vientre. Con rapidez, baja de las ramas porque

quiere lamer ahora la nuca de su compañera y que esta gruña en el apareamiento que pretende.

En el camino, su olfato percibe un olor ajeno y entonces avanza con sigilo. El jaguar se acerca a Crisóstomo, que está embebido como si estuviera contando las jalofas, mientras, cubierto de sudor, y entre una nube de zancudos, espanta con su brazo los que apuntan hacia el rostro para darse un festín. Al sentir la presencia animal, en medio de su mente borrosa, fija su mirada perdida sin recelo en el estático jaguar. Quizá ni siquiera percibe el peligro, mientras la fiera repasa aquella figura extraña, inmóvil y jorobada.

Igual que lo hace la boa al desbaratar sus adujas cautelosamente, al husmear la presa el felino avanza por centímetros en silencio con la lentitud selvática, en un sigilo hostil, listo para devorar de amor a su presa. Cuando en un instante interminable el animal prácticamente lo tiene en su nariz y el aventurero ni siquiera parpadea. En un momento de pequeña lucidez, advierte que el jaguar da otro paso y gruñe fuerte acompañado con un movimiento en el que ondea el desprecio de la presa con su cola, para proseguir el camino de conquista de la hembra.

Crisóstomo respira fuerte y bota un soplo, fija su mirada en el esquivo visitante y no entiende lo que sucede, porque el jaguar rara vez ataca al hombre, a menos que

se sienta acorralado. Ese hombre para el felino resulta poco apetecido, porque son los restos de mordiscos tragados por la jungla, que es mejor desperdiciar.

En ese océano de naturaleza salvaje con el pestañeo del sol entre las nubes, Crisóstomo cada vez más lejos de esa culebra majestuosa que es el mismo río, arroja sueños, crea ilusiones, fomenta visiones, y con sus ruidos queda atrapado en un mundo fantasmagórico donde se quiebra la monotonía porque no hay dos días iguales, y allí la fronda devora y consume, marca caminos que no existen, mientras el extraño acelera la salida.

Para aquel náufrago son senderos que lo conducen por venas de vida y arterias de encanto entre bosques densos y húmedos con mosquitos mortales, como cuando el macaco de paso entre los árboles deja algo que lleva en su pelaje y hace que los huevos de una mosca formen unas larvas que se introducen en la piel del visitante para determinar serias infecciones; o donde en el “árbol catedral” repleto de agujeros habita un insecto cuya picada incomoda a cualquier ser viviente, por las marcas y desfiguraciones que produce; y también algunos troncos y piedras sirven de guarida de animales y una pisada accidental puede ser letal. Un tapete denso de luz y oscuridad entre grandes sotos virginales que mantiene otros tonos de vida, donde al calor húmedo del día siguen noches frías que desgajan lazos de agua en el momento in-

esperado, y entre mantos de niebla que desgarran el viento vienen las luces del nuevo amanecer.

\* \* \*

Crisóstomo, el navegante por el mar Verde al Otro Lado del Sol, hace pensar que el cerebro del hombre debe tener ideas; el corazón, llevar sentimientos; y los músculos, ser la fuerza que conquista la razón. Pero ese hombre parece una hoja atrapada en el huracán que transmutó su mente, para convertirse en un caminante solitario entre nubes arrastradas por la brisa, y va rodando entre desafíos de hambre, mientras se traga sus pesares y piensa en la sonrisa de esa mujer, que él mantiene como un rayo de luz que ilumina su camino.

Se mantiene en un diálogo imaginario de locura con su ángel, a través del espacio, repitiendo que la ama y que desea volver con ella para entregarle un beso que sea como el de dos aromas en el cáliz de una flor. Así, vive sus días entre momentos de alegría y esperanza, desespero y olvido que lo transportan del cielo al infierno donde respira y vive.

Qué protege a Crisóstomo, si hasta las enfermedades lo desprecian, perdió hace tiempo la sonrisa y cree ver a Esperanza entre reclamos a la nada. De pronto, el parpadeo de sus ojos es interrumpido por una pléyade de mariposas de colores que se llevan su mirada, y luego, cuando vuelve a buscar a la mujer entre la vaguedad de sus sueños, se encuentra con que ya no está, mientras repite su nombre como un volcán que despidе la luz del amor.

Sus pasos van tras el oído de lo incierto, en pos de ruidos que imagina, con el mismo fervor que persigue el fragor del trueno. Y mientras su mente percibe un ave cerca de las flores que saluda con el canto, otras lo acompañan para formar un pentagrama donde irradia la voz del mismo cielo.

Después de consumir un potaje de flores y miel, continúa marcando huellas y llega a un arco de aguas sobre su cabeza, resbalan los pesares, despercude sus pensamientos y sacude tantas fechas que ni sabe cuántas son.

Entre truenos que son para Crisóstomo ruidos sordos, sus pasos parecen no descansar jamás, y a pesar de sus desvaríos germina nuevamente su sonrisa de los ojos melancólicos y rostro quemado por el sol, que en su pecho no tiene más títulos ni preseas que su corazón atormentado entre llamas del amor.

Pero cuando el cielo se vuelve oscuro su ánimo resulta aniquilado, igual que una tierra sin el verde ni las flores, reniega y toma su cabeza entre las manos, con la frente caída; y con voz muda ahoga el grito en un arpa de dolores. Sin más compañía que su propia soledad, sus ojos ahogados de sentimiento también hacen parte de sus harapos, como una perla adherida a la concha, y parece una flor desprendida del tallo sumida en el lodo en medio de una borrasca.

En su carrete sin fin, cuando parece más acabado, vuelve a surgir de la nada, entre los destellos de otro día, con su andar que fue gallardo, mirando con desdén rostros y sombras imaginarias. Se detiene frente a unos árboles gigantes buscando el ruido cantarino de unas aves que retozan entre la paja de sus nidos, y, mientras sonrío creyendo que le entienden la dulce majestad de su mirada, el cuello cansado lo vence y vuelca sus ojos asustados ante el golpe de una rama desgajada que le abre su camino.

Continúa su ruta el desquiciado del amor que ha sufrido las olas del olvido, el aventurero que rueda sin destino, cuando un poco más allá siente rodar algo por sus mejillas. Son lágrimas de otro dolor, por una puya que se alojó en uno de sus pies, después un grito largo y desgarrador, que pronto termina en un festín con risas de su misma locura.

Crisóstomo, es, sin quererlo, como un halo formado su propio trasegar bajo el globo de rubí que se mece como una péndola sobre el zafiro de la inmensidad y se muestra con los rayos de la luna.

En una aventura irrepetible, esa mancha turbia de harapos brilla como la luz eterna del amor, viaja con corazón despedazado que arde y reverbera en zonas misteriosas de ese mar verde donde transmigró su alma luego de enfrentarse a la desgracia. Ahora su rostro parece

una calavera con muecas imperturbables y sombrías entre secretos de su sepulcro por la ruta de un mundo salvaje, entre cuencos de árboles, caídas de agua y retirados bosques de sabana, y quiere encontrar un rincón para su sueño, del que no despierte jamás.

Crisóstomo es la eternidad que se manifiesta en noches de luna triste como un reclamo a la verdura infinita por cada uno de sus pasos, revestida de asombro y de belleza con un corazón lleno de destellos preguntando a la razón qué hay detrás de todo eso. Unas veces, se muestra inadvertido en forma de sombra en la sabana, otras, entre risas con eco en el cielo oscuro prestado a ese espíritu que vaga y agita con el soplo de la hoguera de un amor refundido entre la brisa nocturnal.

El gaviero de las alas rotas rueda como una poesía a la soledad, porque es un crisol presente en el mar Verde, al Otro Lado del Sol, siempre está en movimiento entre ráfagas de aire y cruza el horizonte de la noche convertido en una fogata mística que camina desde antes de la época de los abuelos viejos, y siempre sorprende Llano adentro en noches de luna.

Muchos no creen en la eternidad, pero cuando los viejos caporales de sabana observan aquella luz de fuego replican la voz que irrigan en la Orinoquía los taitas de las tribus indígenas con autoridad y mando: “¡Ahí va Crisóstomo!” y, entonces, parece que la brisa invoca táci-

tamente a los dioses ancestrales, porque va de paso una llama de búsqueda interior; un remolino de desesperanzas, lamentos y tristezas; una cosecha de vida que navega entre olas del sentimiento amoroso como esencia de la existencia.

Aquella presencia que algunos terminaron por llamar la Bola de Fuego se convierte en la llama eterna del espíritu del amor, con la forma de un espanto ante los ojos y entre voces de generación en generación de blancos, criollos y dueños de hatos. Una quimera que plantea dudas y no se detienen jamás, porque, bien adentro en la llanura inmensa, lo irreal existe, ya que creer no es saber, pero dudar tampoco es filosofar, mientras que la fe como bálsamo para el alma es la negación de lo que existe en la presencia etérea que encarna historias alrededor de casas viejas de los hatos, donde los caporales marcaron sus horas a caballo en sabanas verdes por el agua y doradas por la sequía.

## **Remembranzas en el hato La Lupuna**

En las sabanas de La Lupuna se habló de espantos, quizá por las mismas percepciones en la casa vieja del hato. Unas veces, ante la visita de algún familiar o huésped de paso luego de su jornada a caballo, cuando al filo de la media noche se oía el trepidar de cascos de caballos en el patio. Otras, cuando por los corredores caminaban seres invisibles que abrían puertas de las habitaciones con el perceptible sonido de chirridos. Y de chicos desprevenidos, mientras nos mecíamos de noche en las hamacas guindadas en los aleros, y, de pronto, unas sombras nos respiraban en la nuca y las orejas, soplaban la vela que tenuemente irradiaba en el espacio, y venía el reclamo de alguno de por qué alguien la apagaba, y uno más respondía que ninguno lo había hecho.

Entonces, nos preguntábamos si eran almas en pena, espíritus viajeros, fantasmas juguetones o familiares visitantes con su protección serena sobre el hato. Nunca logramos un acuerdo, pero los peones gozaban al ver nuestras caras pálidas. Unos hablaban de mitos y leyendas llaneros, mientras los hermanos mayores y tíos que escalaron montañas para ir a la ciudad hablaban de otras historias fantasmales, contadas en la penumbra, entre tenues llamas que iluminaban los rostros traviosos de pequeños sorprendidos, y que años más adelante se mostraron plenos ante las lámparas de caperuza a cuyo alrededor nubes de insectos creaban rutas invisibles tras el foco de luz que alumbraba a todos.

Después de los “Trabajos del Llano”, cuando en el horizonte se prende el fuego de la tarde y huye la brisa, los peones se reúnen en los espacios de caballeriza para hablar de las faenas del día y recordar otras, sin que falte el sonido de cuerdas y composiciones que evocan amores y vivencias olvidadas. En estos encuentros, se escuchan historias y exageran hazañas, como atravesar a nado el río dos veces seguidas por su parte más ancha, en tiempo de grandes crecientes, descabezar una serpiente de un puñetazo, echar la canoa al hombro en un mal paso, o volver al revés un caimán cebado, solo con tirarlo de la lengua. Pero tampoco faltan remembranzas de las verdaderas historias de llano adentro.

Junto a mis hermanos nos gustaba pasar por el lugar donde los peones guindaban sus hamacas para escuchar en noches sin estrellas la historia de una estridente voz femenina cruzando las sabanas de La Lupuna, y alguno decía que era la Llorona, reclamando algo, camino de entrada a la casa del hato, mientras otro aseguraba haber visto de cerca la figura luminosa del espanto, y alguien más refería la compañía de un hatajo a paso lento por los inconfundibles golpes de sus cascos.

Las historias de fantasmas viejos revisten particular importancia en los territorios de La Lupuna, una heredad donde por generaciones hizo curso el paso de luces brillantes con gran movilidad, en una época en que no

había casona de hato respetable sin espantos, sin su cola de misterios, tesoros, joyas, oro y de monjes con una caravana de mulares.

En alguna oportunidad, el tío Adán contó que de niño escuchó a su abuelo la historia de un hombre que se estableció en un bosque de sabanas. Era una persona alta, de rasgos indígenas, contextura gruesa y sangre aventurera. Su nombre era Baltasar y tenía particulares revelaciones en sueños. Según aquella historia, vino de un recorrido de muy lejos, más allá de las cordilleras, y cierta vez, después de amplias jornadas, terminó su descanso en suelos de areniscas, y en sus imágenes oníricas aparece un monograma, que al día siguiente, al contar a sus acompañantes, lo dibujó en la tierra.

Efectivamente, con los días en el recorrido hallan unas paredes viejas, unos palos con cañas entretreídas recubiertas de barro, y alguien del grupo encuentra con sorpresa la señal pintada por Baltasar, un símbolo que encuentran entre el armazón de postes descompuestos de un techo de hojas de palmera, alto, con paredes de baraque, y que, de acuerdo con el sueño, indica el sitio donde deben establecerse.

Según la misma historia, el monograma del sueño era el origen del asentamiento del grupo de los Pirodri, en llanuras venezolanas, donde el aventurero permanece durante cierto período; y luego, sus generaciones

siguen penetrando por territorios que conducen a un mar Verde, al Otro Lado del Sol, cuando se fundan en las sabanas de La Lupuna y levantan una construcción en lo que hoy es nuestro ható, donde utilizan adobe, agua, piedra, madera y empiezan a desarrollar actividades pecuarias que los vinculan con las hermosas tierras de piedemonte y de llanuras inundables.

Baltasar, visionario en sueños, parece un Midas, y muchos creen que tiene pacto con el diablo, sin saber que su bendición proviene de la piedra de Santiago, luz de los rumbos familiares por caminos varios, con su descendencia que se estableció en este horizonte atrayente y pleno.

El aventurero y una hermana suya, conocida como Mamá Gacela, llegan a poseer y manejar una gran fortuna, razón por la que se tejen historias del lugar de sus tesoros escondidos en estas tierras. Algunos comentan que en la zona donde ellos terminan por quedarse se levantó también una capilla, y se habla de que existen entierros de joyas, oro, piedras, cálices y patenas de una orden religiosa.

Según el bisabuelo del tío Adán, su papá y un hermano, al interpretar el dicho de los mayores, creen que el tesoro se encuentra en las ruinas de la construcción ubicada en lo que con el tiempo pasaría a llamarse las sabanas de La Lupuna, más allá del potrero conocido como

el Mangón del Espanto, donde se levantó la construcción más vieja del sector, un sitio aledaño a los terrenos de nuestro ható, en el otro lado del río. Deciden ir con garlancha y pica a romper esas superficies de tierra seca endurecida, a desterronar y excavar, y, según ellos, en su momento a explorar y conquistar lo oculto.

Es cierto, los españoles nunca fueron mansos pastores con el rebaño de América, pero con el paso por el tiempo se establecieron con ellos en el mar Verde, al Otro Lado del Sol, unas comunidades religiosas que traspasaron montañas, por vía contraria a la de los aventureros europeos, y con el estandarte de la fe cristiana formaron una importante hacienda ganadera.

Con los siglos y después de haber sido expulsados los jesuitas de esos territorios, dejaron su rebaño al garete, no sin antes trasladar y tomar lo mejor de sus riquezas, aunque, por las circunstancias de la salida definitiva, algunas de estas quedaron ocultas en columnas dormidas por el tiempo, guardadas entre muros, que terminó por cubrir la verde y tupida vegetación aquel levantamiento de adoctrinamiento.

Aquellos ancestros llegan a esos terrenos con herramientas en mano a buscar con agrandado anhelo, que llevan en sus pupilas fijas, el lugar que en la memoria oral se dice que existió un templo doctrinero en las sa-

banas de La Lupuna, para escarbar la ilusión de un tesoro codiciado.

Convencidos de haber descubierto el sitio que, sumando décadas, resultó respetado por casi todos, encuentran un espeso matorral que cubre lo que debieron ser las paredes.

En esa cortina de maleza, abren espacios que empiezan a mostrar unos muros atrapados por la maraña verde. Despejan matas, cortan arbustos y limpian ramas, y poco a poco descubren vestigios de la cubierta y la antigua construcción con tapias derrumbadas, una puerta que pudo ser de entrada, y, en ese ambiente, una oscura humedad que guarda la fe de sus ancestros, mientras aquellas miradas permanecen detenidas en los restos de la construcción donde solo quedan pedazos de madera podrida por la lluvia y el sol, con el olor imprescindible de la ausencia de brisa entre la sombra de un inmenso matorral.

Sus ojos persiguen la nave de lo que fue el levantamiento religioso, y tras la huella de alguna imagen u ornamento en el altar, pero solo hallan escombros entre hojarasca y pedazos de maderas raídas.

Ellos tienen la sangre del explorador europeo, a la que suman el sentimiento y garra de los nativos raizales, donde confluyen las generaciones de sus ancestros,

y ahora están tentados a esculcar el pasado entre las ruinas y reburujar ese lugar del que siempre hablaron los abuelos.

Rompen superficies de tierra seca endurecida, rasgan con sus golpes terrones de paredes entre las ruinas de lo que pudo haber sido una sede religiosa. Según ellos, es su momento de explorar y conquistar lo oculto, pero no saben que tienen compañía.

Al excavar, terminaron en un espacio hueco, y justo cuando imaginan encontrar el lugar del entierro que buscan, empieza a caer la tarde, después de un esfuerzo singular, preciso cuando, sin alcanzar su anhelo, tampoco quieren dejar lo que puede aflorar. En tales circunstancias, no desean que se esfume el pretendido tesoro que, según se dice, allí debe reposar desde hace años. Golpea fuerte el uno y, ante el cansancio, sigue el otro. El sudor por el calor de la tarde los baña y el ansia de lograr su propósito los anima. En medio del sol canicular, conscientes de que no pueden dejar el trabajo a medias si están cerca, sacan fuerzas para lograr su propósito. En los trompazos al suelo, hallan una coloración diferente de la tierra bajo una columna que sostiene una parte de la construcción, y ese hecho llama la atención por el color ocre entre los trancazos en los restos de esos muros, mientras que la tarde avanza y las aves regresan a su garcero en un momento en que parecen observarlos para

testificar el misterio y otros pájaros rasgan el aire con sus alas y entonan un concierto fugaz hacia los esteros.

En su intento, derriban paredes y revuelcan el piso en búsqueda del tesoro. Con poca luz pero sin llegar a la oscuridad, con el esfuerzo del último impulso de la herramienta sobre el piso, de pronto escuchan una voz chillona, como de ultratumba, que dice: “¡Eso, eso... caven más abajo!”.

Ahora sí están frente al sonido del espanto, porque oyen también gemidos lastimeros y sollozos ahogados, sin duda provenientes del hueco en excavación, y... ¡ahí fue la estampida!

La noche se les vino encima con la lucha de la esqui-va conquista, que termina con esa extraña voz, mientras que la candela solar en el horizonte ya no les permite ver la casa de Dios, sino su gloria infinita en la manifestación de su presencia con la naciente luz de luna y su manto de estrellas, y, entonces, parten pensativos.

Al día siguiente, madrugan y se dirigen con dos peones de confianza a buscar el tesoro. Continúan el trabajo más seguros con la luz plena de la cúpula celeste. Remueven, hurgan entre muros todo el día y cuando ya tenían perdida la esperanza, encuentran una culebrilla de oro oculta desde hacía mucho tiempo, junto a una pequeña custodia de diseño burdo en oro macizo con un

cerco de piedras de las montañas frescas y verdes que besan el cielo.

La zona causa bastante intriga. Algunos familiares han notado varias veces en la casa del hato el movimiento extraño de mecedoras vacías en los corredores por época de la fiesta religiosa de las ánimas benditas. Después, las sillas se calman, algún pestillo de la puerta suena y una ráfaga fría de aire invade el ambiente, como si fuera el paso de los fantasmas que acompañan ese territorio desde antaño.

Otros dicen haber visto a los lejos frailes y figuras de canónigos transitando en espacios nocturnales con cabalgares cargados, por caminos del hato, que algunos interpretan como parte del aquelarre de espantos y espíritus burlones de la casa vieja.

En las historias de sabana, están casos como el de Antonio, viejo encargado, un hombre fuerte y serio, que una noche deja de pronto la charla con los peones y toma su caballo castaño carechigüire tras el seguimiento de un par de abigeos que en su rucio moro y zaíno negro mujino arrear nuestro ganado, y en la búsqueda se encuentra con un espanto de la sabana. Lo que resulta extraño es que cuando Antonio quiere utilizar su revólver este no funciona, porque se le encasquilla, pero él recupera unos semovientes que arriaban en medio de un pestilente olor a azufre. Más curioso aún es que ya en el hato, a

la luz del día siguiente, al contar su historia, prueba el arma y funciona.

Ahora recuerdo haber escuchado de mis abuelos en varias ocasiones que los caballos resultaban con delicadas y pacientes trenzas, elaboradas en la crin. También de sonidos particulares en la casa vieja, en altas horas de la noche, como unos golpes sordos entre vagas conversaciones, charlas y coros religiosos en salones desiertos, y que al entrar en uno de los cuartos, con una esperma encendida, al llegar a la mitad de ese espacio vacío, se escuchaba con claridad un soplido fuerte sobre la vela, momento de angustia para salir en busca del acceso del asombroso refugio.

Alguna vez me ordenan, junto a uno de mis hermanos, llevarles un trasto en la habitación grande de la casa vieja, un lugar de depósito de herramientas en desuso, objetos y arrume de cosas inservibles desde los abuelos de aquellos tiempos. A pocos pasos de ingresar, sentimos una energía diferente, y ante nuestros ojos infantiles, pendientes de la tenue luz de nuestras velas que iluminan la pieza, de pronto una ráfaga de viento invade el ambiente e infunde pavor cuando la extraña brisa repudia la luz de las espermas, mientras se escuchan gemidos y silbidos lastimeros, luego el coro de voces de un rosario entre nuestra carrera hacia la salida, y al paso un murmullo de lamentos que se conservan entre las paredes

viejas. Era una música de poesía melancólica, en armonía con el cielo, con voces virginales y limpias del timbre de los ángeles. Un cántico de un paraíso de pasado y oración, que genera angustia y miedo con nuestros pasos aterrorizados y el latir de corazones agitados.

Con sobresalto, salimos en volandas, con las velas apagadas y, en la carrera, el viento arrebató nuestros sombreros, que caen igual a unas hojas secas perdidas en la oscura pieza, y ante el frustrado mandato recibimos el consiguiente regaño, ya que ni siquiera fuimos capaces de recoger lo encomendado; en nosotros permanecen grabados esos sonidos como unas perforaciones de comején en la memoria.

Ahora recuerdo otros aspectos relacionados con estas historias, después de que el tío Adán tuvo una especial deferencia. Luego de la muerte de la matrona Catalina, me entregó una caja de madera con su tapa sostenida por un par de círculos de alambre dulce que contenía el fajo de papeles viejos manuscritos por el abuelo Ramón, los mismos que de niño no supe leer, cuando la abuela quiso participarme las bellas historias de su romance con el viejo roble familiar; folios de memoria que el tío me entrega como herencia documental, donde mis inquietas pupilas se detienen para encontrar la historia ancestral de la comunidad religiosa que se estableció en las sabanas de La Lupuna. Eran unos papeles tan páli-

dos con anhelos de luz y amarrados con piolas de cariño, en que el abuelo consignó nuestro pasado, vinculado con unos aventureros europeos. Una visión interesada de don Ramón por reconstruir la historia familiar, entre renglones desgastados que se llevaron las horas reservadas para doña Catalina.

Esos documentos, con la tristeza de la tinta desgastada en el tiempo, guardan notas de amor para su amada y señora Catalina, hablan de ancestros, sucesos escuchados y conocidos, durante su recorrido de vida que fueron plasmados con su pluma y terminaron en el cofre que hoy son mi recuerdo, en los que hallo líneas escritas donde el abuelo Ramón dejó dicho que su papá había escuchado de un peón del hato que aseguraba haber encontrado de noche, en una ruta hacia un San Pascual Bailón, un tenebroso espanto equino sin cabeza y con rostro de perro.

También menciona el viejo, en sus garabatos, de una mujer de singular belleza con cuerpo de palma real, larga, como una negra y fina cabellera hasta sus caderas, rostro hermoso con unos inmensos ojos claros, que llega, igual que otras personas de España, en busca de nuevas opciones de vida. En el territorio de la Nueva Venecia americana, conoce al codiciado hombre Gaspar Pirodri Ovando, nieto de quien fuera gobernador en la isla La Española, se enamoran, unen sus vidas y tiempo des-

pués nacen dos hijas. Lo que ella desconoce es una característica y sello familiar genético de los Pirodri: una mancha entre la entrepierna y el ombligo que llevan las generaciones. Aquellas hijas no la portan como los demás miembros de la estirpe, razón por la cual su marido entra en sospechas, viene el reclamo y ese hecho basta para que ella se delate, y al verse descubierta toma la triste decisión de sacrificar a sus pequeñas; la mujer enloquece y, desde entonces, su espíritu vaga por la llanura cargando su dolor.

Se dice que nunca deja ver la cara con sus lágrimas de vergüenza y arrepentimiento por la muerte de sus hijas en un río, y viaja en busca del perdón de los lazos familiares de su marido. Y, según lo interpreta el abuelo Ramón, es la visitante que frecuenta en las noches de luna, pues su alma recorre las llanuras de La Lupuna con la afrenta de su equivocación mundana.

De niño, recuerdo haber visto en algunas noches una luz a la altura de una persona que camina por la trocha de entrada al hato hasta la talanquera, donde se detiene un buen momento. Allí espera entre nuestro miedo, asombro y desconcierto. Finalmente, continúa su rumbo errante, y en mi memoria que alguno dice: "¡Otra vez de paso La Candileja!".

Escribió don Ramón que escuchó, desde sus ancestros, la historia de una luz viajera por este mar verde,

desde el otro lado del sol, que se observa en noches oscuras cuando permanece en constante movimiento en su recorrido por la llanura. Los padres de sus padres la vieron, igual que sus abuelos, y se desplaza con el viento como una fogata que avanza y con su luz sorprende en los caminos buscando algo que anhela o se le ha perdido; recorre los filos secos de los pastos de sabana agitados con la brisa de la luna, atraviesa cercos, se agita entre los árboles y pasa. Ver girar esa bola de luz que deambula es imaginarla zumbando, como si en el fondo cocinara gritos de silencio y quisiera romper con sus destellos una suma de tristezas y añoranzas guardadas en el alma.

Según los peones que escuché de niño, en la cabañeriza del hatillo, al tenerla cerca se le ven ojos y boca en el cuerpo de un esqueleto, y para alejarla deben decirle groserías o se les viene encima, y es la misma que produce privaciones, entre personas que creen poder resistirla. Se comenta también que ante su apareamiento no se debe rezar, porque es una forma de atraerla.

Noches secas y oscuras con brisa que devoran miedos y silencios con la Bola de Fuego, otra leyenda de caminantes de sabanas veraniegas, donde los menos creyentes atribuyen las apariciones a mitos propios del territorio llanero, que con la oralidad transportan historias que sorprenden, pero resultan ciertas al escuchar-

las de auténticos llaneros, de llaneros viejos, en quienes irradia la luz de verdad en sus palabras.

Un destello de encanto que viaja por el Orinoco, desde cuando Crisóstomo buscó su salida tras la mujer de sus sueños, que era su verdadera locura, pero que su mente enredada no le permitió alcanzar las olas del mar a donde quería llegar, y terminó perdido haciendo caminos en el tiempo con el martirio de que su hermosa falca fue devorada por el río.

Bola de Fuego, un espíritu en llamas del gaviero, que transita por las sabanas del hato y vaga por su infinita pampa, después de que partió de árboles de lupuna, vestido de algas, musgos y frescas flores, fue vencido por su locura de amor cuando creyó ser absorbido por el dragón de los mares de su mundo y lo que encontró fueron los brazos extendidos de un árbol gigante con ropaje de líquenes colgados con mariposas de colores pintando el aire con sus rutas invisibles, y en la oscuridad, las punzadas de alfileres de luciérnagas que danzan al ritmo de la brisa. Un lugar de llamativa fragancia, en el espeso bosque del territorio del jaguar, donde recibió ofrendas y bailes de adoración por parte de los indígenas que entre sombras empezaron a contemplarlo, hasta que, sin saber por qué, él decidió salir de ese altar que fue su morada.

Ese espíritu en llamas viene desde la tierra del jaguar y las mariposas, por la vía del río de la Serpiente,

viaja ahora en otra dimensión, y es en el tiempo que el pago voluntario de Honorio a Crisóstomo por llevarlo en su ruta adquiere un verdadero significado de vida: la brújula representa al hombre en su condición de búsqueda; la aguja indica el norte racional de su existencia; la piedra azul celeste significa la importancia del río de la Serpiente con sus manos fluviales y dedos de colores inigualables como una maravilla de la misma Orinoquía; la otra piedra es del color de la esperanza, reflejo del mar verde lleno de encantos, añoranzas e ilusiones; a estas se suman las figuras de oro, que acompañan las vanidades mundanas.

Las sabanas de La Lupuna, con su criadero de espantos, inventario de fantasmas que aparecen a la hora del crepúsculo para instalarse en determinadas zonas aledañas a las ruinas de lo que pudo ser la construcción de una sede religiosa, pasan muy cerca de la casa vieja y de la vivienda de nuestro hato, levantado con la sangre heredada de la matrona Catalina, que viene de la misma línea ancestral que escuchamos mencionar como “Mamá Gacela”.

Historias y leyendas sembradas durante generaciones en el hato, y recogen el fruto familiar de luchas, sueños y esperanzas, trabajo con ahínco, presencia y pertenencia por un territorio donde la naturaleza hace magia con la expresión de la palabra, porque lo que se cree que

nunca sucede se presenta todavía en el corredor de la casa vieja, bajo la luz del oro triste de la luna, cuando recordamos a nuestros viejos, y entonces vemos siluetas y sombras que pasan rápido por la casona en respuesta a nuestra nostalgia y dibujan ruidos bajo la protección de la piedra de Santiago.

\* \* \*

Entre nubes condensadas de magenta, una hermosa mancha roja besa el cristal del horizonte, que pocos minutos después es devorada por la oscuridad. Todo resulta en una luminosa bóveda pinchada por estrellas, con nubes como espirales congeladas que se desvanecen con la presencia de la sonrisa de la luna.

Más tarde, las raíces, retoños y bretones de la abuela Catalina y el viejo Ramón organizan una fogata en que el fuego silba, cruje y salta en brillantes chispas, al paso que un copo blanco de bordes carbonizados revolotea fuera de las llamas, y el tío Adán lo empuja nuevamente al fuego con el extremo de una rama desnuda. Por momentos, el brillo rojo de la llama parece unas danzarinas con trajes de encajes negros que resplandecen con el resallar de las chispas, y se ahogan sus voces con la brisa de la noche.

La luz de la luna alargaba sombras de los árboles dando la apariencia de monstruos negros e inmóviles, y reunidos todos en el patio de la casa del hatu La Lupuna, frente a la fogata, alguno recordó haber escuchado la historia de la Mancarita.

Con tierna mirada, la abuela Catalina piensa que es la ocasión para que muchas de sus ramas del árbol familiar conozcan la faceta del abuelo como contador de

historias. Y ante la insistencia de esa mujer serena de pelo blanco, tan dulce como los buñuelos degustados aquel día, que ella prepara únicamente para la época de-cembrina, cavila el abuelo Ramón, en esa tierra que le ha dado todo y, en las palabras de su doña, la gran constructora de su línea hogareña.

El abuelo Ramón considera que tiene razón su compañera de existencia, para que escuchen su historia, que ojalá quede impresa en la memoria familiar para ser conocida por otras generaciones.

El viejo Ramón, un ser maravilloso que se preocupa de los demás y nunca de sí mismo, alegre de voz como su canto entre cordial sonrisa, con un fácil encogimiento de hombros que muestra que nada pesa demasiado en su alma, porque nunca censura ni acusa, recibe desde el fondo la luz de una lámpara que, anclada en una columna de la casa, ilumina sus mejillas igual que la barba blanca, mientras él pasa por su rostro, curtido por el sol y la brisa, la mano izquierda salpicada de gotas oscuras en la piel, sus dedos con huellas de trabajo de años en el hato, y deja ver las cuatro falanges, que curiosamente tiene su dedo meñique.

Como es costumbre del llanero, desde que se levanta de mañana a cubrirse la cabeza, ahora se despoja del sombrero su eterno compañero, y, con la mirada horizontal como expresión del carácter recio de su estirpe,

detiene los ojos caramelo en la concurrencia familiar, que encuentra en aquellos hilos de plata una corona de laureles de digno respeto.

Su voz inconfundible de autoridad y sentimiento atrapa las miradas, que termina por irradiar la noche. Entonces, entre la luz de la lámpara de caperuza que ilumina y la fogata que acompaña sorbos de cariño, divaga por los sitios que quiere narrar a su prole y son una ventana de la luz del tiempo.

Se escuchan los suspiros del viento en el árbol donde está la tinaja y susurran con la brisa sus hojas al caer a tierra, como una antesala de la historia que cuenta el abuelo en La Lupuna una noche de verano y cristalino firmamento.

Aquel viejo de sienes blancas, cuello delgado y ojos alegres, con aire de dulzura empieza a mover los labios como cuando se silba, pero sin omitir sonido alguno. Don Ramón se apresta a entregar pedazos de su alma con palabras de verdad, amor y de belleza. Verdad, por la tradición aprendida que va a contar. Amor, por el significado del momento de reunión familiar. Belleza, por el mundo mágico que transmite como huellas de las arenas del tiempo.

Luego, cada sílaba del gigante familiar se escucha entre el respeto de los grandes y admiración de los

chiquillos, y resulta en la expectativa de unos y otros, como si hablara por primera vez, porque pasaron un par de horas antes de volver a reinar el silencio abrupto con su rugido.

El contador de historias atravesó la lejanía de los días y, fumando tabaco para espantar zancudos, revivió en su mente un alarido que se volvió llanto en la distancia, y que lo transportó hacia una misteriosa espesura verde. Pensó en esa dulzura lastimera resonando en sus oídos, cuando conoció aquella historia, que descendió por los tupidos bosques en la ruta que de Boyacá baja hacia los llanos de Casanare, y quedó enredada entre palizadas, para empezar a hablarse de la súplica amorosa y del lamento de una mujer que con lágrimas quiere decir lo que no pueden las palabras.

Pasó por su mente el eco de atemorizantes carcajadas, de una mujer que juega y persigue, anhela y busca, y se esconde entre el viento que atraviesa muros vegetales para no ser detectada, donde bejucos agarran el tronco de árboles vigorosos que agitan sus ramas con las voces de sus hojas y en atrayente sinfonía dan la bienvenida.

Don Ramón, sentado en su mecedora y rodeado de la prole bajo el cielo estrellado y el abrigo fresco de la brisa, comienza a contar la historia en las primeras horas de la noche. Todos están pendientes ante el galopar de sus palabras que hablan de La Mancarita, una mujer

con un color hechizante en sus ojos, y cabellera al viento venida desde los aborígenes por la serranía, y entonces empezó a decir:

“La Mancarita para unos es la creación de mentes asustadizas, y, según otros, una fantasía que convierte en seres reales las más absurdas historias deformadas. Parece un misterio que infunde sorpresa y miedo en el silencio hipnótico que viene de la penumbra húmeda y venenosa de los bosques.

”Es algo que huye, se pierde y vuelve. Se siente por momentos en las pisadas alborotadas de una presencia extraña. Es como una joven y hermosa mujer con tupida cabellera de reflejos metálicos azules, que se iluminan con la luz de la luna, mirada apasionada, senos llenos y delgada cintura sin ombligo, que enamora hombres que lleva, a su manera, hasta perderlos en el pintoresco refugio de su mundo para que no vuelvan a salir. Otros dicen que sus ojos son como los de la culebra cascabel o los de un lagarto inofensivo, pero que a veces se tornan de un azulado y tranquilo gris sin parpadeos.

”Corre como loca por bosques entre el temblor de hojas, ramas tronchadas y quebradas con la mano a la altura de la cara de una persona, gritos tristes de alguien que, sin dejarse ver, crea intranquilidad. Además de la huella de su talón delgado como de un niño, con aguda

forma de dedos prolongados muy abiertos, y el llanto quejumbroso, es todo lo que se conoce de ella.

”Escuché de los más viejos que ella viene de la ceiba, ofrece rojas nueces del mararay, que toma entre sus manos y anda esperando a alguien que hubiera de venir, y que en las noches llora de soledad.

”Según cuentan los que saben, cuando se acerca se perciben voces agradables, algo roncas, y cuando el rocío comienza a fugarse de las hojas, al despertar el día, pasa con los brazos en alto mientras ríe a carcajadas. Algunos dicen que los perros, al detectarla, comienzan a aullar, cuando llega a mamar las vacas que en el corral se mueven de un lado para otro, porque quieren evitarla.

”Transita la verde muralla arbórea impenetrable y espesa, entretejida de árboles gigantes, bejucos espinosos, gruesos troncos y ramas tupidas de hojas largas y delgadas con pelillos que causan irritación cutánea. Atraviesa espacios estrechos donde escasamente se filtra la luz entre el lúgubre sonido de árboles que roza, se para un momento y cierra, para dejar a su paso matas maltratadas. Una rápida estampida rompe el silencio de la brisa y deja oír el sonido parecido a un gruñido que termina siendo risa. Luego, entre la maleza rota, se escucha el ruido de quien huye sobre hojas muertas.

”Los árboles se agitan con el estruendoso vuelo de aves inquietas que parten con pánico y gritos de monos angustiados que alborotan las altas copas, como aviso a los demás para la retirada hacia el tupido verde.

”Entre la inhóspita envoltura vegetal, igual que cuando se tiene la sensación de ser visto por todos los costados de un oscuro paraje, una nueva estampida rompe la maleza y otro sonido extraño con visos de carcajada no permite distinguir qué la produce. Se escucha muy cerca, y de pronto, a la espalda el ligero roce de algo entre las ramas. Un brusco movimiento entre la maleza que rompe y por donde huye velozmente. Tras esto, todo vuelve a su posición inicial, al tiempo que otra risa irrumpe para helar las venas. Y cuando está cercana la penumbra, cada vez más densa, se vuelve a escuchar a lo lejos una sonora risotada que va de lado a lado como una sombra entre la espesura.

”Solo quien conoce de estas historias ciertas sabe lo que significan, y no deja de pensar en las estampidas de aquello que sin verse atemoriza e intriga, ya que el crujir de hojas secas aplastadas por los pies y el murmurar de voces de angustia parecen como rezos cercanos a media voz, que luego se escuchan más fuertes, se extinguen de pronto y terminan por volver a resonar en la distancia, como una tromba de sollozos ahogados. Un silbido agudo, prolongado y triste viene de un lado, pasa al otro,

y al ser escuchado produce un escalofrío que cala hasta los huesos.

”La cortina de bejucos y las ramas de los árboles forma una red tejida durante siglos, sobre la ruta de las avispas negras rayadas de amarillo el rumor en el entramado verde se pierde y no deja oír más el ruido de pisadas. Pero en el telar enmarañado aparece un lugar que recientemente ha sido desgarrado de raíz, y se oye otra vez la carcajada.

”Escuché decir de aquella presencia extraña, por un misterioso sendero de ramas rotas, cuando algo se acerca por la espalda, y al advertirlo, huellas particulares y prolongadas como de niño. Después resultó extraño un débil llanto de mujer entrecortado por sollozos roncós. Luego, el jadeo violento de ramas rotas que crujen como endebles briznas, en un combate sin rugidos ni voces y el rozar de cuerpos contra troncos y maleza. Tras la lucha, nuevamente, silencio.

”Hay puntos en el verde donde los árboles tienen ojos para mirar sin sonreír, mientras las ramas forman infinidad de brazos, que cierran el paso y solo permiten a delgadas serpientes o quien tiene coraza en la piel para abrirse paso. De nuevo, se escucha la carcajada que invita a seguir, y de pronto, entre hojas muertas y barro, la huella honda de los pies, y enredado en espinas un

mechón de pelo negro largo con visos azulados de una cabellera de mujer.

”En lo profundo del monte, en noches silenciosas y plenas de luna, cuando ni las hojas se quejan de la brisa, la Mancarita salta entre el tapete verde y sube por los árboles, trota por caminos que abre y cierra a su paso, y al oír ese canto de muerte hasta las lechuzas la dejan pasar, porque su lloro se extiende desde la montaña brava; su llanto es la voz de la soledad en zancadas por caminos de tierra sin dejarse ver y entre pasos de aire sobre árboles dormidos.

”Algunos especulan con estas historias, pero tratan de engañarse, porque no se acepta como real lo que se vive en los bosques de aserrío, donde hay cosas que no se ven pero se perciben y sienten. ¿Entonces, de dónde viene la Mancarita? Viene de los abuelos, desde los hombres de color cobre amarillo que amasaban el oro con las yemas de los dedos, como blanda cera, desde antes de las cenizas que dejara el fuego por primera vez, cuando la selva madre cubría tierras sin dejar más senderos que los cauces por donde se deslizan los ríos.

”Esta es una leyenda con la impronta de unas extrañas huellas de los pies, que deja culebras aprisionadas y güíos estrangulados a su paso. Una historia que ha trascendido a la luz de las llamas del fogón, que arde en las noches, y rodó hasta llanura.

"Algunos agregan que la Mancarita tiene un solo seno y devora sin comer hombres bizarros. Aparece cada cincuenta años en las entrañas de las selvas llena de gracia y belleza. Cuando comienza a madurar y, antes de envejecer, busca la ceiba eterna como quien abraza a la madre, y se funde en ella hasta desaparecer convertida en savia, allí se transforma en una raíz de hermosa cabeza, con cabello recogido sobre la nuca, donde se puede contar cada una de las suaves hebras. En otra raíz, los brazos con la forma de dedos de las manos, la rodilla redonda como una fruta, por detrás el meandro de la corva con el nacimiento de la ágil pantorrilla. Son raíces que forman la cabeza, curva del cuello y cabellera que le cubre la frente, la representación de una mujer que, triste al no encontrar el varón, se refugia en un árbol, después de reírse sin dejar ver su desnudez cubierta por su cabellera, que extiende sobre los hombros y cubre los pezones.

"En el tramado verde, el silencio asusta y el espíritu se compenetra con un mundo de fantasías donde todo es posible. Se ven cosas extrañas pero bellas, como las raíces de la ceiba que tiene formas del cuerpo de mujer. Allí, en eterna lucha con el viento, cada hoja es una lanza, cada rama, un brazo, y cada tronco, un pecho acorazado que detiene el ataque entre el ruido espantoso de su jadeo que aturde, porque es un mundo de vida y batalla. Árboles, bejucos, hormigas, culebras, cucarrones y animales de pelo que se pueden ver, pero hay otros, bajo las cortezas,

entre hojas podridas, y más abajo otros que, agarrados a los troncos de los árboles, giran el cuerpo, como a las escondidas, y luego otros, de los cuales apenas escuchamos el ruido de su paso o de un vuelo sin dejarse observar casi nunca. Como la mariposa verde de anchas alas que se nutre de azúcares de ciertas savias y que nuestros ojos solo observan una hoja más de manchas grises igual que otras hojas. Así es la Mancarita, que únicamente se deja ver de quien ha de ser suyo.

”La Mancarita, una vieja y desconocida leyenda apenas escarbada, de una mujer con cabellos de hebras azuladas y cuerpo del color de la miel oscura, que conjuga risa y llanto para burlarse de quien quiere verla o le gusta a ella. Una figura femenina que persigue y no encuentra lo que quiere, pero tampoco hace mal a nadie, que parece amigable, ya que convierte en juego y búsqueda las huellas de sus pies a quien la sigue, y a su paso espanta hasta los gigantes gatos marcados de mariposas, que hace bufar y echan zarpadas.

”Con el paso de los años, llega al lugar escondido donde termina el silencio sonoro del murmurar del viento para llegar a una vetusta ceiba que se impone con sus ramas sobre los demás árboles que tímidamente se agitan como tributo de respeto a su soledad herbórea, mientras que arriba de los brazos de la ceiba pasan deshilachadas nubes blancas que dejan entrever el firmamento.

"Es una ceiba alta y gruesa con corteza pulida y línea suave, vientre redondo y torneado con una hendidura abierta a la altura de un humano que parece como frescos labios entreabiertos verticalmente, con un interior de blanca pulpa, húmeda por la savia. La Mancarita nace en lo profundo de la montaña de esa ceiba, y a los cincuenta años regresa para meterse entre ella a renacer hermosa otra vez.

"Al envejecer, desaparece con la estrella que incendia de rojo y amarillo el camino que la lleva hacia la ceiba. Se pierde en la maraña impenetrable que acompaña el viento y la lluvia, y más tarde, cuando la luz ya no es gorda y redonda, sino flaca y jorobada como parte de la ruta del tiempo, continúa su marcha solitaria por pantanos con espinas venenosas y nubes de zancudos, plagas y mariposas amarillas; entre culebras voladoras que no avisan sino cuando agarran; de truenos que suenan igual que la cascabel dispuesta a su arranque de locura, mientras gruesas tayas enroscadas esperan su presa por el angosto sendero de ese lugar donde algunos ojos pueden ver pero donde no todos saben mirar; se va colando de medio lado por los claros que dejan los árboles y bejucos espinosos, y hace un ruido extraño con la boca, igual al de las pavas cuando llaman a sus crías para resguardarlas de la lluvia.

”Entre hormigas rojas y mariposas negras, va en busca de la ceiba madre, redonda desde el piso hasta el nacimiento de las primeras ramas, su cuna y sepultura, porque con las ojeras largas y colgantes, senos caídos, cansada de esperar al elegido que nunca llega para acompañarla, encuentra que nuevamente el tiempo ha pasado y es momento de fundirse en su maternal protectora, para regresar en medio siglo otra vez joven y bella, con senos erguidos y duros, brazos redondos, ojos cristalinos como los de las culebras, entre la niebla de montañas que bajan a Casanare, en espera de quien reúna las calidades que ella detecta a largas distancias, así el elegido ande en el Vichada o el Arauca.

”Y un día se presenta de nuevo con piel más limpia y fresca, sin saber por dónde estaba ni por dónde vino, para despertarse en la búsqueda de lazos del amor y del deseo dormidos a través de los siglos con tarascadas insaciables, como una rápida sombra humana espigada con sus pasos, como una palmera de aceite, y del color de la miel de las abejas bravas, en medio de su soledad y tristeza.

”Quienes han sucumbido a sus encantos terminan perdidos corriendo tras ella, y luego van despacio, callados y mirando a la tierra. Deslumbrados con aquella mirada que arrebató el juicio, mientras intentan salir al verdadero camino de la cordura”.

Después de escucharlo, muchos consideraron las palabras del abuelo como manifestaciones propias de ese medio agreste de fantasías pasajeras. Para otros, fue abrir unas puertas de oro a historias que nunca imaginaron y les permitió conocer la reverencia del pasado a través de unos ojos cansados que brillan con su mirada transparente y el semblante de su corazón viejo. Algunos encontraron en la narración del patriarca familiar un vivo sentimiento de quien nunca ha sido frágil para la mentira.

Los comentarios no dieron espera, luego, risas, chanzas y conversaciones que fueron cesando poco a poco, hasta que al fin no se dijo una palabra más, todos quedaron asombrados, no se oyó una voz, ni un suspiro... Cada cual había acomodado la historia en su memoria y busca, en el espeso ónix negro de las sombras, respuestas a la historia del abuelo Ramón, que, dicho todo, se retiró al aposento, donde ahora los demás en peregrinación quieren dejar sus pensamientos.

Aunque la historia fue menos de lo que don Ramón quería decir, pero mucho más de lo que doña Catalina podía esperar a su pedimento, los más pequeños de camino a las habitaciones observan los bordes oscuros de grandes árboles del ható de La Lupuna, y en sus mentes infantiles se les parece a unos fantasmas en el horizonte de la noche, producto de la imaginación de los pasos de la Mancarita que escucharon con admirable atención del

abuelo, el contador de la historia estampada para siempre en sus recuerdos.

\* \* \*

Del abuelo aprendimos que una idea bien expresada pesa más que los barrotes obtenidos de la ilegalidad y que se puede ser distinguido sin que abunden los bienes de fortuna, ya que el verdadero caudal no es tener más, sino seguir los dictados de la conciencia, que solo el alma ve.

Don Ramón dejó lecciones de amor y vida a la luz de la luna mostrando en sus acciones sed por la verdad, igual que escribía entre suspiros de la brisa de sabana la historia de su gente y orígenes de nuestra identidad. Nos paseaba en su saber de vida y atraía como unos pájaros que revolotean en el follaje, con la sorpresa de encantadoras historias contadas entre los árboles gigantes que protegían la casa vieja, y que nos resultaban, de pequeños, como unos monstruos de larga cabellera.

Como ninguno, nos enseñó el amor, por ese horizonte esmeralda con vientos que silban en el mar verde que mecen las corrientes del aire en diciembre, de cielos estrellados, donde los rostros felices respiran el aire limpio, en las sabanas amarillas y planicies doradas con la brisa veranera, y el mastranto en la mañana, por la llanura de días tristes y lluviosos entre la luz de los relámpagos.

Sus letras son las alas de un ángel, sus palabras, un canto al sentimiento y el corazón, y su memoria, un legado de nuestro porvenir hasta la muerte. Su vocación

innata por la escritura llevó al abuelo Ramón a consignar la impronta de sus rasgos, que fue condensando en papeles, ahora amarillentos, sucesos e historias familiares como una hermosa forma de no dejar apagar la luz de nuestra idiosincrasia en páginas mojadas con su pluma de sentimiento, pertenencia y llaneridad.

Igual que Gauta Pirodri, quien nunca conoció propiamente el río Orinoco, pero viajó en su imaginación aguas arriba, por el territorio del jaguar y la serpiente, el abuelo Ramón exploró las historias de unos aventureros europeos, de los que llevamos sus genes, y nos presenta en sus letras lo que fueron, hicieron y dejaron.

Escarbando entre el fajo de papeles del abuelo, que me entregó el tío Adán, pienso en don Ramón con su inconfundible voz sobre su corcel de relampagueantes pupilas y profundas cavernas nasales, entre los sonidos de ese tintineo característico del freno y la barbada, mientras los cascos delanteros del brioso herían la tierra y con su relincho retaba al viento para iniciar el redoble acompasado por las patas equinas y dejar una estela de polvo en el camino, sobre pastos quebrados que llevan al abuelo por la sabana de sus ancestros.

El abuelo, con las riendas firmes sobre su caballo, va en la ruta de su querencia, al paso de su caballo viaja marcando el tiempo, mientras el viento silba dulcemente en

sus oídos un acorde de sonidos y él mastica pensamientos de amor, trabajo y fantasía, que son su propia poesía.

Y después de las faenas habituales en el hato, lo imagino en sus ratos de ocio, estirado sobre un chinchorro donde sahumá su tabaco con la brisa, con el café certero a la mano y los ojos alargados sobre la lejanía en el desflecado coágulo del muriente ocaso, repasando en el libro de la vida que su final está cerca porque la dolencia que oculta, especialmente a la abuela Catalina, no tiene cura y se aproxima seguramente la hora de viajar a los parajes del cielo, y en agonía silenciosa con la mirada nublada en la melancolía de la luz triste del día tiene urgencia en urdir lo mejor de sus relatos, que ni siquiera sabe si alguien leerá, pero son testimonio de su vida.

Por eso, qué fortuna la que tengo ahora entre mis manos, en estas hojas amarillentas por el tiempo pero rayadas de historias y cargadas de emociones y vivencias. Estos renglones que son su esencia, historias de colorido, porque la sabana es un claro de selva donde hay vida y magia, incógnita por lo irreal pero que siempre produce cavilaciones.

Y palpo en estas hojas viejas la escritura fresca de su vida, donde leo lo siguiente:

“Los espantos necesitan determinadas condiciones para cumplir su misión, que no es precisamente sembrar

terror con alaridos a la medianoche. Muchos no creen en ellos, pero se refunden en el ruido de charnelas y chirrido de herrajes oxidados, pasan con la brisa de puertas entreabiertas en la penumbra de las tardes cuando sus figuras invisibles aparecen en un sitio abandonado. Se establecen en lugares donde en las avanzadas horas de la luna se oyen golpes sordos, conversaciones vagas, retazos de charlas y bullicio de coros que rezan el rosario en piezas desocupadas, y terminan en sollozos ahogados, en construcciones viejas que parecen ser su verdadero territorio.

”En las sabanas infinitas, donde el llanero vive su mundo y rompe la soledad en su medio natural que ha sido su única vivencia, entre menciones de los forasteros que llegan, pasan y se van, hallan explicación de lo que no conoce o quizá comprende mejor lo que percibe. Para unos y otros, resulta un encuentro que, así como enriquece almas peregrinas, igual deja un sabor atrayente a quien viaja por lo extraño, y permite, a través de la palabra, que las generaciones repliquen historias y leyendas de un mundo, que pareciera no tener límites, pero donde trasciende la presencia de ruidos y luces misteriosas.

”Esa simbiosis permite valorar los sonidos entre el aire puro que se respira y las olas del silencio con la brisa. La capacidad del pensamiento que nace de la contemplación en la eclosión del día, cuando se aprecian los mati-

ces del capullo que con rayos solares despierta a la vida, del concierto de aves antes de tomar su ruta de alegría, el palpar del rocío de la madrugada cuando el aroma del mastranto germina, y definitivamente la melodía que se entona en la llanura, cuando pita el toro y relincha el brioso caballo, justo en el momento en que el hombre inicia su jornada entre sorbos de café fresco y el telón azul empieza a dejar ver la cabellera de palmeras acariciadas por la brisa que se riega por la planicie entre surales y verdes pajonales.

”Desde tiempos inmemoriales, los llaneros deleitan sus sentidos con el pintoresco panorama de su mundo, ese cielo de vida que es el horizonte donde deambulan sus pensamientos. Aquel lugar que recoge lo que vive y siente, su ‘todo’, esa palabra impertinente y henchida de orgullo que aparenta no escapársele nada, porque reúne, abraza y recoge la inmensidad que representa lo que ve y tiene, que precisamente es nada y todo a la vez.

”Puedo decir que me embruja el llano. El viejo caporal de guayuco y de pata al suelo. El hombre que luego de tomar el café madrugero revisa sus aperos, ensilla, amarra al soguero, el cacho, lleva curarina y caribe en el zurrón, junto a los medicamentos para curar becerros, y después se coloca el sombrero viejo y en medio de tonadas talonea su caballo y parte hacia esas sabanas infinitas masticando pensamientos. Esos llaneros viejos, personas

que luchan por la vida, por mejor futuro, un ser superior en una región inhóspita que tiene los más hermosos amaneceres, los ríos con vida; el horizonte infinito, como es su propiedad, un hombre que el tiempo lo mide al paso de su caballo y cuando regresa al ható con el sol de los venados a su espalda recibe la mano tierna de la mujer que decidió vivir con él para soñar... Es que así es como entiende las soledades, las afujías y las dudas del llanero, y como en el canto 'El reto de Florentino y el diablo' revive esta estrofa: Qué tenebroso el camino / Que nunca desandarás! / Por negra orilla del mundo / donde suspiros hay / ni vuela la corocora / ni susurra la torcaz / sin alero, ni morichal / sin alante, sin arriba, / sin orilla y sin atrás, / donde olvida patria y nombre / el que ya no puede hablar..., y encuentra sentido, porque el llanero lo tiene todo, pero no tiene nada, como lo expresa su canta. Está aislado, perdido en la inmensidad y sin ser Nietzsche, ni Sartre ni mucho menos Heidegger, filósofa que no lo mortifica, pero expresa su valía como creador de conceptos de vida. Una filosofía del llanero, un ser sensible con su palabra y prosa que vuela lejos, como las grandes bandadas de corocoras, que en las tardes de verano se pierden entre morichales y esteros”.

Así escribía nuestro viejo...

En esta inmensidad, que es el propio cielo, donde tiene todo, que es nada a la vez, contempla y sueña, aca-

ricia con los sentidos y devora con el alma, tanto que después de tararear un estribillo y silbar una dulce melodía que imagina entre cuerdas de bandola encuentra que las patas del caballo en su movimiento humillan el mastranto, lo abre y pisa, estropea y atropella, para dejar su aroma de olor a vida en el aire. El silencio tiene la voz que arrastra la brisa sabanera en la propia soledad de sus pensamientos.

Es cierto que ese hombre que madruga y dedica su vida a faenas que siempre aprendió, se fue acostumbrando a eso, y pasan las horas hasta que resulta como parte de una esquila en el tiempo, convertido en una silueta, junto a un hermoso coágulo de vida, mientras divisa que el atardecer es otra parte de su todo, y se encuentra, al fin del día, con el majestuoso nacimiento de la noche en su soledad, donde el silencio aparece dulce y cauteloso con su sonido que algo le recuerda y de pronto espanta.

Y justamente en el atardecer, que muere al paso de su caballo, que reconoce el camino en busca de su comedero junto al potrero cercano a la casa del hato, piensa en la charla del día anterior cuando habló al viejo caporal de esa dualidad mítica, permeada por los aventureros europeos que penetraron por el Orinoco desde las llanuras venezolanas, donde la Bola de Fuego y el Silbón hacen parte del mundo llanero ancestral, que junto a la

Mancarita eran historias recurrentes en las caballerizas como expresión sensorial del inmenso llano.

Sobre la montura, en un momento en que el silencio lo absorbe todo, tanto que se reconoce la voz de la nada que levemente acaricia el oído, viene a la mente el Silbón, que del Apure pasó el Arauca y arribó a Casanare, con su sonido estridente, fino y espeluznante en medio de la brisa. Un espíritu que llega únicamente si se le permite, avisa si puede entrar o se le invita al lugar, y que cuando, en señal de aceptación, se le remeda, entonces aquella presencia vuelve a replicar con un doble sonido como respuesta sonora, y ante un nuevo llamado busca al anfitrión para silbarle nuevamente, pero esta vez en la parte redondeada de la oreja.

Recuerda aquella vez, siendo joven, cuando en la palizada cerca a la caballeriza escuchó al Silbón y este le respondió de manera similar. Luego el doble sonido del espanto y nuevamente le sigue de igual forma, y de pronto percibe a su espalda un son que le acaricia el oído, que inmediatamente le resulta frío, y le permite entender mejor lo que siempre había escuchado del Silbón. Aquel llamado le produce un miedo helado, le acompaña un profundo terror que lo conduce por el abismo de la palidez y sale en volandas entre miradas extraviadas de los demás, caídas reiteradas, ojos hacia atrás y al piso para recoger su sombrero, así como buscar en la penumbra

un escampadero seguro en casa a ese palpitar desbordado de su pecho de lo que comenzó como un simple juego.

Según la tradición oral, se presenta a la muerte de la tarde y se ubica cerca de las caballerizas cuando en paralizadas los moradores se sientan para repasar el día, el silbón presenta su sonido, que, remendado como una invitación al diálogo, este responde y manifiesta con otro sonido lúgubre, que, reiterado por tercera vez, se manifiesta silbándole al oído de su intérprete.

En los campos de sabana, esta mención es recurrente entre peones y vaqueros en las casas de los grandes hatos que hasta tenían su propio espanto. Es que no había espanto sin historia, tanto que algunos ambiciosos derribaron paredes y levantaron pisos en busca de tesoros, cuya garantía era la manifestación del propio espanto, con su mundo de sonidos gélidos, en la penumbra, que parece ir llevando la presencia con la brisa o que más tarde se presenta como una luz brillante con agilidad en las noches secas y oscuras de viento donde avanza devorando miedos y silencios.

Mientras que el Silbón se invita o llama con el remedo, la Bola de Fuego llega y se acerca a la gente que la observa y luego pasa. Algunos dicen que el Silbón desapareció, pero cierto es que la frontera agrícola, que llaman ahora la civilización, acabó o por lo menos espantó del hato, hacia bien adentro en la selva pintoresca y virgen,

a la Bola de Fuego, que, como en el mandala del tiempo, vuelve a su sitio de origen para morir o quizá volver a nacer entre las pocas comunidades indígenas que aún subsisten, sin saber, quizá, que la presencia europea en la llanura colombo-venezolana fortaleció el mito de sus ancestros cuando vivificó su creencia.

Fueron los aventureros europeos quienes forjaron y estimularon los mitos del Silbón y la Bola de Fuego en las comunidades indígenas, tanto como fue para ellos la piedra de Santiago, que trajeron en su ruta hacia América, y a la que justamente estas últimas dieron significado en el azabache con el corazón de un árbol, y que terminó por constituir, con el paso de las generaciones, una segura protección de fe, prosperidad y bienaventuranza.

El Silbón producía pánico en unos y constituía un reto para otros, pero entre los viejos llaneros también se habla de un ave que en las noches oscuras posa cerca de las viviendas como anuncio de muerte cercana que atemoriza a sus moradores. Sin embargo, las nuevas generaciones no saben la realidad del mundo natural y ancestral, desconocen que el Silbón persiste y llega todavía hasta algunos centros poblados, tampoco distinguen la tristeza del canto de la guacaba, que aún se escucha como revelación de ciertas presencias que algunos viejos alcanzan a identificar y que entre los jóvenes no tiene trascendencia ni causa temor.

Así como el Silbón y la Bola de Fuego penetraron en Casanare y hacen parte de las leyendas de la llanura colombo-venezolana, con el paso de las generaciones, y por vía contraria, surgieron otras leyendas de colonos provenientes de otras regiones. Es el caso de la Mancarita, propia de los grandes aserríos, cuya expansión oral se conoció con las labores de colonización. Un espanto de los tupidos bosques que con los días se fue conociendo a través de los hijos de los aserradores.

La Mancarita adquiere vida con la transmisión oral de colonizadores de otras zonas de influencia por las vías de penetración hacia los Llanos por esos caminos por donde transportan madera y llevan sal para las fincas en botijas como una forma segura de hacerlo. Por las rutas de caporales que trasladan ganados. Por trochas de arrieros con cachivaches, telas y petacas.

La voz de las palabras de los viajeros en las paradas de tiendas, pasos, descansos obligados y posadas sobre la cordillera, en la ruta de las poblaciones nacientes en el piedemonte, donde esos hombres cuentan lo que encuentran, escuchan, imaginan y dicen saber. Esas palabras van rodando y bajan al mismo Llano y allí se van extendiendo para alimentar y hacer parte de otras historias y leyendas. La Mancarita se escucha solo hasta ciertas partes, y aunque es llevada por caminos de agua donde siguen retumbando los quejidos del espanto del

bosque de aserrío y el ladrido de perros que escuchan y persiguen al fantasma, desaparece o se acaba en los grandes ríos.

Pero la Bola de Fuego viene de las andanzas de Crisóstomo. Cuando su historia de amor y de locura se expandió del Orinoco a la llanura colombo-venezolana, con el tiempo se transfiguró para algunos en el Silbón, como elementos de la cultura europea que permeó, respetó y estimuló las creencias de comunidades aborígenes en nuestro territorio. En cambio, la Mancarita entró al Casanare por Boyacá como una historia de los guates, de personas que comentan lo que ven y escuchan hasta lograr una referencia entre arrieros y aserradores, quienes abren caminos y traspasan ríos para llegar a otros sitios donde nuevas personas forman pequeños poblados y asentamientos humanos, hasta que se convierte en una leyenda, más como influencia de la colonización y desarrollo del Llano después de la guerra de los Mil Días, y que las generaciones terminaron por escuchar de caporales, peones y viejos en los hatos.

Tanto la Bola de Fuego como el Silbón son los que llegaron a ser, gracias a esos aventureros europeos, y la Mancarita también, por la palabra de otros hombres que alimentaron historias transmitidas por generaciones. Unos y otros en su mundo, personas que se atrevieron, por rutas de agua y caminos reales, a formar leyendas

sin pisotear a nadie, solo enriquecidas en la voz que se fue conociendo con el eco del tiempo.

Así se forma el “verdadero mito”, donde unas y otras parecen ser igual que briosos caballos en un corral dispuestos a salir a la sabana cuando se abre la talanquera y se desbocan por diferentes caminos hasta encontrarse nuevamente en el hatajo, donde se transmite la misma historia. Que logran la misma inmensidad de la leyenda del amor grande del río de la Serpiente y el mar, cuando aquel, en su afán de llegar, se abre con fuerza en varias bocas hasta que el romance de agua termina fundido entre las olas que aplaude la brisa. Palabras que forman leyendas que son transmitidas por generaciones y escuchamos entre palizadas y caballerizas de antaño.

La Bola de Fuego se transforma de la selva a la sabana, se detiene, acerca y pasa buscando a Esperanza, el amor ausente de Crisóstomo. El Silbón es otra forma de sentir la presencia y anhelo de ese hombre loco, que extraña a su enamorada para que sepa del tormento, igual que en la historia de don Suero de Quiñones en el Camino de Santiago, cuando logró que bandidos, generales y soldados salieran a desafiarlo y ojalá vencerlo, pero su verdadera fama trascendió, porque lo hacía por el amor de una mujer, como él quería que su amada lo supiera.

Aquellos aventureros traspasan la frontera del Orinoco, se extienden por los llanos de Venezuela, cruzan

con el viento el Apure y el vibrador Arauca unas planadas de magia donde la brisa silba entre confines del cielo, llegan al río Casanare en un verde de encantadora y mágica belleza para tocar adelante el Pauto, desde las estribaciones cordilleranas hasta bordear abajo el río Meta. Pero lo hicieron sin arrasar, ni esclavizar; en cambio, dieron razones a las creencias aborígenes, fueron aliados para fomentar riqueza sin sometimiento racial, sin robar ni perseguir el oro, y menos la sangre dorada por el sol. Primó el concepto calvinista y protestante, donde trabajo y riqueza son un nuevo modelo social, para establecer en el tiempo el criterio de la posesión a partir de la actividad ganadera, según el cual “lo mío es hasta donde pasten mis ganados”, que permitió las bases del concepto legal de pertenencia, pero especialmente un enfoque de libertad con el referente de sabana.

Unos aventureros de generaciones establecidas en este mar verde cimentaron una raza alzada de valientes hombres que, con ansias de esperanza y dignidad, apoyaron ideales y valores para la escarpada montaña, rasguñaron el hambre, atravesaron hielos de páramo y labraron el camino de la libertad con el ímpetu de nuestros lanceros en el pantano de Vargas, cuyo sello de anhelos quedó plasmado en la batalla del puente de Boyacá.

El abuelo Ramón, con la fuerza del miedo domesticado, recuerda de regreso camino a su ható esas historias,

y rompe el silencio vago entre las siluetas de la noche, replicando a la nada: “¡Ah, malaya, todo tiempo ido fue mejor!”. Ya que ese mar verde de sabana atrapa las voces de un hermoso coro donde *magia, aprendizaje, revelación, vida, encanto, reciedumbre, decoro y esperanza* encarnan una región que, así como enciende una llama de vivencias ausentes, también desnuda el alma contemplando lo que se ama y tiene. *Mar verde* de poesía sembrada en la piel amada de su horizonte, un cofre de vivencias y secretos donde se deja escuchar, en la voz recia de los días, la génesis de la verdadera llaneridad casanareña y las razones de su identidad.

¡Esta tierra no es lo mismo desde cuando se acabaron los patriarcas, nuestros llaneros viejos!

**Hato La Lupuna,**  
entrada de aguas 2023





UNIVERSIDAD  
La Gran Colombia

CRISÓSTOMO ha sido impreso en papel Earth Pact,  
elaborado 100% con fibra de caña de azúcar,  
libre de químicos y blanqueadores,  
en los talleres de Ediciones Carrera 7ª SAS en julio de 2023.

Con esta edición la Universidad La Gran Colombia contribuye  
a la sostenibilidad del medio ambiente al utilizar materiales  
ecológicos producidos en Colombia.

“Crisóstomo nacimiento de un mito” es más que una novela; es el rescate de los orígenes del verdadero llanero, fruto de las grandes expediciones de aventureros europeos de variadas naciones que llegando a Coro se internaron al continente por el Orinoco, y con el pensamiento formado bajo la tutela de la enciclopedia y de los reformistas calvinistas, creyeron más en desarrollar sus ideas capitalistas con ocupación del territorio, respetando religiones, mitos, costumbres y vidas; y con la unión de dos sangres, conformar la familia bajo el concepto de una sana convivencia, sin perder su cultura de origen y respetando la aborígen.

Don Gustavo Torres Herrera, en esta novela evidencia el sentir del hombre curtido en miles de tempestades, del café cerrero, cantor de tonadas tristes y descendiente de unos antepasados que quisieron llegar a Cusco para aprender de la cultura americana más avanzada; es un grito de protesta y de advertencia que no dejará consumir el respeto a sus valores y creencias. Por ello ese hombre que mira de frente, se aferra a sus mitos mostrando a los nuevos llaneros y a su prole, en noches de luna llena, cómo se mueve allá en la punta de sabana el errante Crisóstomo cabalgando en una bola de fuego buscando a su amor perdido; o explicando que el silbón no desea asustar, que le gusta que lo escuchen y que imitando su pitido, lo inviten a seguir más pa’dentro...!

Gracias Don Gustavo por haberme permitido conocer antes esta publicación que es parte vital de Mar Verde al otro lado del Sol, Una novela escrita con todo el rigor y que huele a Llaneridad y a mucha historia...!

**Héctor Orlando Piragauta Rodríguez**

